GALÁN

ALSTON ANDERSON



TRADUCCIÓN DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN

Table of Contents

EL AUTOR
EL TRADUCTOR
PRÓLOGO
PARTIDA DE DAMAS
LAS DOCENAS
SIGNIFICANDO
UN DELICADO AMOR
UN GRITO
GRANDE
SUZIE Q.
EL VIEJO MAYPECK
DÍAS DE INTERNADO EN
CAROLINA DEL NORTE
PIÉNSATELO
PLATO ESPECIAL DEL DÍA
CAMARADA
LA DANZA DE
LOS INFIELES
TALISMÁN
EL QUE AMA

EL AUTOR

Alston Anderson nació en Panamá en 1924. De padres jamaicanos, se fue a vivir a Carolina del Norte. Después de servir en el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, Anderson estudió en la Universidad de Carolina del Norte, en la Universidad de Columbia y en la Universidad de la Sorbona, donde se especializó en filosofía alemana. Moviéndose en los círculos de expatriados coincidió con James Baldwin en Yaddo, estuvo en Mallorca con Robert Graves y entrevistó a Terry Southern para *The Paris Review*. En 1959 publicó el libro de relatos GALÁN, que lo llevó a ser seleccionado entre los mejores escritores afroamericanos del momento. Sin embargo, cuando en 1965 publicó su única novela, *All God's Children*, no fue bien acogida ni por la crítica ni por los lectores. Después de una serie de rupturas personales y profesionales, en los años setenta Anderson desapareció del foco público y no se supo nada de él hasta su muerte en 2008 en el Hospital Bellevue de Nueva York.

EL TRADUCTOR

Enrique Maldonado Roldán se licenció en Traducción e Interpretación y Filología Hispánica en la Universidad de Granada. Después de un largo periplo por China, hace más de una década que concentra su actividad en la traducción literaria. En estos años ha traducido decenas de obras de autores como Iris Murdoch, Cory Doctorow, Edgar Rice Burroughs, Jon Savage, Matthew Desmond, Rudyard Kipling, Robert L. Stevenson, Thornton Wilder y Washington Irving. Desde hace años también imparte clases de traducción literaria para profesionales en la escuela de escritura Billar de Letras, donde lleva a la reflexión del aula su experiencia y sus ganas de jugar al gran juego de la literatura. Y es que disfruta especialmente con proyectos de gran ambición y riesgo. Así, por ejemplo, encontramos las más de mil doscientas páginas de flujo de conciencia de *Patos, Newburyport*, la monumental novela de Lucy Ellmann. El juego con la norma estandarizada y las posibilidades de retorcerla para dar voz a comunidades concretas es otro de sus placeres profesionales; ello se ve en el especial empeño que puso en traducir la creatividad desbordada de la neozelandesa Keri Hulme en *El mar alrededor*; en la forma en que trasladó los usos del hampa de Chicago en *Pimp*, del inigualable Iceberg Slim, y en traer al español la particular lengua de los primeros antillanos que llegaron a Inglaterra en *Solos en Londres*, de Sam Selvon.

Este atrevido GALÁN, del gran Alston Anderson, es su primera traducción para Trotalibros Editorial.

GALÁN

Primera edición: mayo de 2025
Título original: *Lover Man*
© 1959, Alston Anderson
All rights reserved
La editorial se reserva los derechos correspondientes al autor.
© de la traducción: Enrique Maldonado Roldán
© de esta edición:
Trotalibros Editorial
C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª
AD500 Andorra la Vella, Andorra
hola@trotalibros.com
www.trotalibros.com
ISBN: 978-99920-76-92-7
Depósito legal: AND.41-2025
Maquetación y diseño interior: Klapp
Corrección: Marisa Muñoz
Diseño de la colección y cubierta: Klapp
Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ALSTON ANDERSON
GALÁN

HISTORIAS DE NEGROS Y BLANCOS

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE
ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN

PITEAS · 36



PRÓLOGO

Significando
A propósito de la traducción

Yo cavilo lo que dicen, macho, pero no puedo seguir ese ritmo.
¿Y tú, macho?

Nacido en Panamá de padres jamaicanos en 1924, cuando en Nueva York se gestaba la revolución cultural del Renacimiento de Harlem, Alston Anderson se trasladó a Carolina del Norte siendo adolescente. Llegaría a estudiar Filosofía alemana en la Sorbona parisina y, tal y como hiciera su coetáneo y gran figura de la literatura afroamericana James Baldwin, pasó un tiempo en Mallorca, en un ambiente literario en el que también participaba Robert Graves, quien prologaría la primera edición de GALÁN (*Lover Man*, 1959), publicada en Reino Unido antes que en Estados Unidos.

El primer título de Anderson fue recibido con entusiasmo. No sería suficiente, no obstante, para afianzar su carrera. Tras años de espera y dificultades con las adicciones, en 1965 se publicó su única novela, *All God's Children*, cuya recepción fue pobre. Desapareció entonces de la escena cultural y su pista se perdió. Murió en Manhattan en 2008 como un perfecto desconocido. Nadie reclamó el cadáver.

Al investigar la olvidada figura de Alston Anderson, lo primero que encontramos es que la crítica del momento alabó su «oído» para las voces negras. Es cierto, en la colección de relatos interrelacionados que componen *Lover Man* destaca la multiplicidad de voces del continuo lingüístico que la filología ha denominado «inglés afroamericano» o «inglés negro». Niños, madres, jóvenes, adictos, delincuentes menores…, cada cual se expresa con diferentes matices en una lengua que el lector no afroamericano de mediados del siglo XX solo reconocía parcialmente.

El denominado inglés afroamericano es una realidad difícil de asir. Como sucede con toda lengua viva, como sucede con todo río, es uno y múltiple,

es una fotografía borrosa, pues el objeto retratado está en perpetuo movimiento. La lingüística lo define como un continuo que viene influido por las diferencias educativas y culturales de sus hablantes, por los contextos comunicativos y también por la geografía. Nadie se baña dos veces en la misma habla.

Entre las características que definen el inglés afroamericano encontramos variaciones en el plano gramatical, en el plano fonético y, por supuesto, en el plano léxico. Pero no pretendemos agotarlos antes de empezar. Nos limitaremos a decir que la población afroamericana tiene usos dialectales propios, que Alston Anderson los refleja con maestría y que una edición en español ha de tener todo esto en cuenta.

Para trasladar un texto como este —teniendo en cuenta que el inglés afroamericano presenta, aunque ajenas a la norma establecida, sus propias reglas y usos— podríamos traducirlo perfectamente a un español normativo. Esta aproximación a la traducción, tan acertada en muchos casos, nos parece inadecuada en este, pues consideramos que limitaría la experiencia lectora de quienes conozcan a Alston Anderson por GALÁN y no por *Lover Man*.

Partimos, no hay ni que decirlo, de un respeto y una admiración que nos hace temblar la pluma, pero, tantos años después de su publicación original, una traducción timorata nos parecería injusta. En ningún momento hemos estado tentados, no obstante, de desencadenar de nuevo las risas que hoy provoca el doblaje racista, con acento caribeño, de la Mami de *Lo que el viento se llevó* (en su versión española; Hispanoamérica tuvo, como no podía ser de otra manera, una sensibilidad diferente). La adopción de una variedad concreta peninsular también podría resultar risible y, sin duda, ofensiva: los traductores meridionales somos muy sensibles a la persistente representación de las clases sociales más bajas con acentos andaluces.

> Sonaba como irritado por que yo no entendiera todo lo que decía.

Vivimos tiempos de sensibilidades exacerbadas, dirán algunos. Otros considerarán que, sencillamente, por fin es inadmisible el insulto gratuito. Sea como sea, toda decisión a la hora de traducir un texto como este supone un riesgo. El primero, desde nuestra perspectiva, es el de desnudar de

identidad a un texto claramente marcado por ella. Anderson no pretendía asimilar a la población negra dentro de la blanca a través de textos concebidos para educar a las masas afroamericanas; tampoco, es evidente, ridiculizar a su comunidad. La suya es una apuesta por mostrar la identidad negra en todos sus planos sociales: desde el joven que se educa y es capaz de comunicarse en contextos muy diferentes, hasta el adicto al jazz y otros opiáceos que utiliza la jerga de Harlem, pasando por la madre que se desgañita implorando ayuda en casa. Traducir eliminando la identidad negra que Anderson subraya daría lugar a un texto más legible, pero también nos tememos que haríamos como algunos detergentes, que prometen lavar más blanco.

Dice el poeta Robert Frost que poesía es eso que la traducción pierde. No podemos estar más en desacuerdo. Lo que se pierde en la traducción es lo que no se interpreta, lo que no se compensa, en definitiva: lo que no se traduce. Nuestro objetivo, ya lo habrán intuido, ha sido el juego, intentar reproducir la riqueza del texto original con estrategias, no lo negaremos, acaso lúdicas. Así, replicando lo que sucede en el inglés afroamericano, aparecen dobles negaciones que la economía del lenguaje castiga, desaparecen vocales para crear un texto fluido, más oral, y brotan, aquí y allá, innovaciones léxicas. A veces estas innovaciones serán traducciones más o menos directas de un original rico, diverso y genial en algunas de sus expresiones. Otras veces la creatividad habrá brotado del ejercicio poliédrico que es la traducción.

> Parecía disgustado de verdad. Había oído lo que había dicho, claro que sí, pero no había tenido tiempo para figurarme qué quería decir. Luego lo pillé.

La creatividad es parte esencial de toda lengua, pero sobre todo de aquellas variedades, de aquellas hablas que, por estar situadas en los márgenes (ya sea de la norma o de la propia sociedad), amplían los límites de lo posible. Sucede en todas las lenguas y con todos los grupos sociales: los niños inventan palabras, la lengua de la cárcel tiene sus códigos propios, pero también el habla concreta que compartimos con nuestros vecinos, y no con otros compatriotas más alejados, transmite nuestra idiosincrasia, habla de cosas que solo nosotros somos. Para los lectores blancos de 1959 no se trató

de una lectura al uso, GALÁN habla de realidades ajenas a ellos, desconocidas en gran medida. ¿Que a veces ciertas expresiones suscitan extrañeza? De eso precisamente se trata.

Uno de los objetivos de las jergas (también del lenguaje del derecho o la medicina) es dificultar la comprensión. En la plantación de algodón, por ejemplo, los esclavos tenían cosas que decirse que el amo blanco era mejor que no supiera. Aunque también el diseño urbano abona las variedades lingüísticas: el gueto está tan lejos del centro de la ciudad en todos los términos concebibles (salvo irónicamente, en muchas ocasiones, en distancia física) que es inevitable que las hablas sean otras. Y qué decir de la revolución cultural que supone el jazz. En la década de 1930 aparece el que tal vez sea el primer lexicógrafo afroamericano: Cab Calloway. Lo suyo no era la lexicografía, no, lo suyo era la voz: Calloway es uno de los vocalistas más aclamados de la historia del jazz. Sin embargo, también produjo un brevísimo diccionario para traducir a la lengua normativa los usos léxicos del Renacimiento de Harlem, especialmente del jazz. El *Hepster Dictionary* incluye apenas dos centenares de términos, pero habla de una cultura que aspira a expresarse con voz propia. En uno de los relatos más reconocidos de este libro encontrarán a un *hepster* (sí, los primeros hípsters eran negros) en las calles de Nueva York. Y todas las páginas tienen banda sonora: Jimmie Lunceford, Count Basie, Erskine Hawkins, Sister Rosetta Tharpe, Lester Young, Chu Berry… El mejor jazz de la primera mitad del siglo XX empapa estas páginas, dedicadas al saxofonista Marshall Allen. Y la lengua suena a jazz: sincopada, veloz, siempre improvisada, con la creatividad por bandera.

Un lenguaje propio crea cultura, asienta la identidad, nos distancia del enemigo (real o imaginado) y nos fortalece como comunidad. Un lenguaje propio es capaz también de apropiarse del insulto ajeno. Sucede en todas las lenguas, tal vez solo sea una táctica de resistencia, pero hacer nuestro el insulto que nos dirigen desactiva la capacidad de herir de las palabras usadas como sables. Todas las minorías lo saben y no será este texto la excepción.

Un lenguaje propio crea cultura, pero, aún antes, brota de ella. La literatura que se concibe a sí misma como afroamericana marca distancias con la literatura que podríamos llamar «blanca». Sus estrategias discursivas optan por la diferenciación cultural, no por la asimilación en la cultura

dominante. Y aquí también la creatividad es fundamental. Aunque luego sea la mayoría la que se apropie de las creaciones de la minoría. Los relatos de Alston Anderson llevan al papel tradiciones afroamericanas que, en su desarrollo, han sido esenciales para la cultura occidental actual. Los personajes que a punto están de empezar a hablar en una lengua propia juegan a las «docenas» y llevan a cabo el ejercicio de creatividad lingüística que denominaron *signify*. Aquí, con la improvisación del jazz de fondo, encontramos uno de los antecedentes del rap que llena hoy estadios en todo el mundo. En los hombres aburridos que matan el tiempo compitiendo por ver quién cuenta la mentira más grande, el embuste más elaborado, están los cimientos de una cultura que autores como Alston Anderson contribuyeron a cimentar.

—¿Qué harías si te pillaran con una mujer blanca en Georgia, hijo?
—Morir.

Pero hay mucho más que mero juego lingüístico y «oído» para la lengua de la calle en este puñado de páginas. Como todo buen libro, cuenta mucho más de lo que cuenta. Y cuenta todo aquello que no se cuenta. No olviden, lectores, que estas páginas se publicaron por primera vez en 1959, cuando la segregación racial ni siquiera había sido ilegalizada en Estados Unidos. Sintonicen su sensibilidad con la época, con la pobreza de estrenar los primeros zapatos al llegar a la escuela, con los bocadillos de zarigüeya y con la amenaza constante que supone para los desfavorecidos una sociedad racista hasta el tuétano, donde morir linchado no es una posibilidad remota. Verán que Alston Anderson dibuja con apenas unas palabras una realidad tan omnipresente que ni siquiera es necesario profundizar en detalles. Sintonicen también con las posibilidades de lo no normativo, de la cultura de los no integrados, de la diversidad afectiva, de quien siempre se sabe el otro. Verán que Alston Anderson cuenta mucho más de lo que cuenta.

Y no solo es que su maestría como narrador lleve el alcance de las escasas páginas de cada relato más allá de lo que su concisión sugiere, también se abstiene, de forma muy sabia, de darle mascado el cuento al

lector. En uno de los relatos menos festivos de GALÁN, el narrador entra en la casa de una abortera. En una imagen brillante, encuentra el resumen de lo que ha de ser esta profesión: los tres monos que se tapan respectivamente los ojos, los oídos y la boca; no ven, no oyen y no cuentan. Súmenle un cuarto: Alston Anderson no juzga, se limita a describir, a narrar, deja que sus personajes se expresen tal y como son. De hecho, los relatos no tienen nada de «educativos» ni de defensa a ultranza de la comunidad negra, más bien de reflejo de una cotidianidad, con sus luces y sus sombras, y de una cultura propia, no solo lingüística, sino también (o sobre todo) musical, en un conjunto de historias que circulan entre la realidad y el embuste, entre la jactancia y la narrativa compartida, entre la competición de ingenio y la memoria de la cotidianidad urbana, un libro que tal vez solo pretenda «significar».

Si la traducción cumple los objetivos que nos hemos planteado, GALÁN se les quedará corto, aunque tal vez noten que el libro pesa más conforme avanzan las páginas. Disfrútenlo. Déjense llevar por el jazz escrito de Alston Anderson. Pasen y lean.

Enrique Maldonado Roldán

GALÁN

Para Marshall, con agradecimiento

PARTIDA DE DAMAS

—¿James? James, ¿estás ahí fuera? Ay, Señor, a ver dónde andará el negro este ahora. ¿James?

—Estoy aquí —dijo mi padre.

—Ya testás entrando antes que te arreen las sienes. ¿Te has traído el maíz como te dije?

—Sí, me traído el maíz.

—¿Y el pan? Me juego cualquier cosa del mundo a que se te ha olvidado el pan. ¿Te has traído el pan, James?

—Sí, me traído el pan.

Mi padre recogió el maíz y el pan y entró en la casa. Estábamos jugando a las damas, él estaba sentado en un banco en el porche de delante, el tablero de las damas en una silla y yo de cuclillas en el suelo al otro lado. Lo oí soltar el maíz en la mesa de la cocina con un golpetazo; después se oyó el frufrú de la bolsa de papel cuando mi madre sacó el pan. Miré el tablero y pensé: Si muevo esa pieza ahí, va a tener que comérsela y luego yo puedo adelantar esa y conseguirme una dama. Oí que mi padre volvía al porche. Cuando llegó a la puerta, mi madre dijo:

—¿James?

Mi padre se paró.

—Sí, Mary-Jane.

—¿Has cortado la leña como te pedí?

—Anoche corté una poca, Mary-Jane.

—Esa no es suficiente ni para saludar y lo sabes. Ya testás saliendo ahí fuera y cortándome un poco de leña.

Mi padre salió al porche y se quedó mirando el tablero de las damas desde arriba. Siempre se le movían los músculos de la quijada cuando pensaba en algo, y en ese momento se movían. Se agachó sobre el tablero y puso las manos en las rodillas, pero no se sentó. Miró las piezas, pensó la situación y luego movió. Me comió tres de una tacada: clan, clan, clan.

—¡Maldita sea! —dije, y empecé a rascarme la cabeza.

—Esa no labías visto, ¿o qué?

—No, señor, vaya si no.

Moví y él respondió a mi movimiento. Entonces salió mi madre al porche con los brazos en jarras.

—¿Me vas a decir que puedes plantarte aquí a jugar a las damas con este crío cuando yo te pedido que hagas algo? Eres el hombre más vago que visto nunca, te lo juro por Dios questá en el cielo. —Entró de vuelta a la sala de estar—. Le pido a este hombre que me haga unas cosas y hace como si no le hubiera dicho ni bla. Después questado trabajando y esclavizada en esta casa todo el día, me figuro yo que lo mínimo… ¡lo mínimo! que podías hacer es tener un poco de consideración por todo lo que tengo que aguantar. —Estaba ya en la cocina, hablando todavía más alto—. Ese otro hijo nigolpe que tienes anda por ahí arriba en los billares apostando y esa paranada de hija tuya, esa zorra, anda por el Norte puteando. —Empezó a llorar—. Quel Señor me tenga pena, a ver ¿qué?, es que no sé qué hecho para merecer esto. Si tuviera que hacer otra vez todo, me casaría con un blanco. ¿Que no te lo crees? Un negro no vale na-da de na-da en la tierra del Señor, como que tengo fen Dios te lo digo.

—Te toca —dijo mi padre.

Se sentó en el banco. Los músculos de la quijada seguían en movimiento, pero no tenía ninguna expresión en la cara.

Moví una pieza de la última línea.

—Mira ver esta —me dijo y me señaló una pieza que había dejado desprotegida.

Le di las gracias y volví atrás la que había movido. Cubrí la ficha que mi padre me había señalado. Estaba moviendo cuando mi madre salió al porche otra vez.

—James, ¿vas hacer lo que te pedido?

—Mary-Jane, voy hacerlo en cuanto termine aquí. Déjame vivir.

—¿Otra vez mestás gritando, negraco? Te dicho un millón de veces que no me grites nunca, ¡nunca! Soy una dama, una dama, ¿mescuchas? Cuanto antes te lo metas en el cabezón ese que tienes, más mejor para todos. Ya testás saliendo al patio y me cortas la leña como te pedido.

Mi padre levantó la vista. No quiero decir que la «levantara hacia ella», solo que «la levantó». Porque hasta sentado como estaba, mi padre era casi tan alto como mi madre de pie. Lo oía reírse para dentro. Movió la cabeza de un lado a otro y se puso de pie como muy despacio de verdad. Bajó al patio y fue a la parte de atrás de la casa. Mi madre se entró, podía oírla afanándose en la cocina. Estaba golpeando cosas aquí y allí y murmurando para sí: «nigolpe, paranada… trabajo como una esclava todo el día...». Luego oí a mi padre cortando la leña. Siempre tarareaba la misma canción cuando cortaba la leña, y movía el hacha siguiendo el ritmo: Tammm tammm tammm tammm ¡CHAC! Tammm tammm tammm tammm ¡CHAC!

Cuando terminó, dio la vuelta a la casa con una brazada de leña. Yo bajé corriendo del porche y le quité una poca y entramos en la casa juntos. Mi madre estaba avivando el fuego de la cocina, que estaba llena de humo. Soltamos la madera en el suelo, al lado de la cocina, y salimos al porche a terminar la partida de damas. Me ganó.

Cuando mi hermano llegó a casa esa tarde, estábamos en la mesa. Mi madre repartía la cena. De la fuente salía mucho vapor y a cada rato torcía el gesto y retiraba la cabeza. Yo tenía los ojos puestos en un buen pedazo de tocino que estaba plantado justo encima de las verduras. Cuando mi madre me sirvió, movió el cucharón por todas partes, pero no me lo dio a mí. Thomas, mi hermano, se sentó sin ni siquiera saludar. En cuanto tuvo el plato delante empezó a comer.

—¿Es que no vas a bendecir la mesa? —dijo mi madre—. Te portas como si te hubieran criado en una porqueriza.

Mi hermano dejó de comer y la miró. Soltó el cuchillo y el tenedor y dijo:

—Padre misericordioso, las gracias te damos…

—¡Para! —saltó mi madre—. ¿Es que no ves que no he terminado de servir todavía? James, ¿cuándo vas a enseñarles un poco deducación a estos niños?

—¿Hoy en qué has estado? —preguntó mi padre a Thomas.

—Hestado endonde la señorita Florence.

—Eres un mentiroso —dijo mi madre—. Has estado en los billares esos todo el día, ahí es donde has estado.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó mi padre.

—Una estantería.

—Bendice la mesa, James —dijo mi madre.

—¿Te paga? —preguntó mi padre.

—James, he dicho que bendigas la mesa.

—Me paga cinco dólares —dijo mi hermano.

—¿Solo cinco?

—James… —dijo mi madre—, ¿has oído lo que te dicho?

—Padre misericordioso quen los cielos estás, las gracias te damos por estos alimentos que vamos a recibir por la gracia de Jesucristo, amén —dijo mi padre—. ¿Solo cinco?

—¿Me vas a decir queres el diácono de la iglesia y que bendices así la mesa? —dijo mi madre—. Baja el pie desa silla, Aaron.

—No valía más deso —dijo mi hermano.

—¿Cuánto mide? —preguntó mi padre.

—Metro y medio por metro y ochenta.

—Aaron, te dicho que bajes el pie desa silla —dijo mi madre. Cuando bajé el pie de la silla, preguntó—: James, ¿cuándo vas a comprarle a este niño unos zapatos?

—No está mal —dijo mi padre.

—Cabezacordero tampoco no tiene zapatos —intervine.

—Ahora mismo no necesita ningunos —dijo mi padre.

—Tú te callas —me soltó mi madre—. ¿Que no necesita ningunos? ¿Me vas a decir que vas a dejar queste niño empiece la escuela en septiembre sin zapatos?

—Entonces tendrá —dijo mi padre.

—Cabezacordero no tiene…

—¡Chis!

«Si me llego hacer una dama, le pego una paliza».

—Sí —dijo mi madre—. Eso ya me lo sé yo. Va tener zapatos igualito que yo he tenido mi regalo de aniversario este año.

—Mary-Jane, ¿otra vez? ¿Otra vez vas a sacar eso?

—Lo voy a sacar todas las veces que me dé la gana. Lo voy a sacar hasta que aprendas que tienes algunas desponsablidades en este mundo que no son la Biblia y el whisky de maíz.

—Ay, Señor del alma mía —dijo mi padre.

—Pásame la sal —dijo mi hermano.

«Lo mismo la próxima vez me hago tres damas».

—Más te vale que le busques unos zapatos a este niño bien pronto, eso es lo que te digo —siguió mi madre.

—Pásame la sal —dijo mi hermano.

—A mí no me gritas, chaval —dijo mi madre.

—¿Es que no puedes dejar a nadien paz? —dijo mi padre.

—¡Pásame la sal! —dijo mi hermano en voz alta de verdad.

Yo estiré una mano mucho, alcancé la taza donde estaba la sal y se la di.

—James, ¿es que te vas a quedar ahí sentado y vas a dejar quel niño me grite así? ¿Qué pasa? ¿Que te da miedo ahora ques tan grande como tú? ¿Es eso? Thomas, levántate y lávate las manos antes decharle sal a los alimentos de Dios con esos dedos asquerosos. ¿Es eso? ¿Te da miedo tu propio hijo?

Mi padre suspiró y no dijo nada. Mi hermano siguió echando sal a la comida con los dedos.

—Thomas, ¿es que noyes lo que te digo? Que te levantes y te laves las manos antes que te arreen las sienes.

—Seee, señora —dijo Thomas—, y esa será la última vez que le arrees a nadie, te lo juro.

—Calla, Tom —dijo mi padre como muy bajito de verdad.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo tu propio hijo?

—Cabezacordero es mucho más grande que yo —dije—, pero a mí no me da miedo.

—¡Chis! —dijo mi padre, pero parecía que estaba a punto de echarse a reír.

—¿Te sabes cómo ha quedado el béisbol? —preguntó mi hermano.

—Ganaron los Yankees —respondí.

—¿Es que solo sabéis hablar deso? —dijo mi madre.

—No estoy pensando en los Yankees —dijo Thomas—. ¿Los Dodgers qué?

—Perdieron —dije—. Los Cardinals les ganaron seis dos. —Mi hermano arrugó el gesto—. Solo los nefastos animan a otros nefastos, es lo que hay.

Fue a pegarme, me agaché y me eché a reír.

—Ni se te ocurra pegarle a este niño —dijo mi madre.

—Ay, Dios, Mary-Jane, ¿es que no puedes dejar a nadien paz? Solo están jugando —dijo mi padre.

—James, hoy ya te dicho una vez que no me grites —dijo mi madre—. Es lo único que has hecho desdel día que te casaste conmigo, veinticuatro años se cumplieron el tres de junio.

—El cuatro de junio —dijo mi padre.

—Lo único que haces es gritar, gritar y gritar. —Mi madre empezó a llorar—. Y lo único que hago yo en esta casa dejada de la mano de Dios es trabajar, trabajar y trabajar. Y no solo tengo la casa que limpiar y comida que preparar y toda vuestra ropa para lavar, tengo la ropa de otra gente también. Dios sabrá qué hecho yo nunca para merecer esto. Y tú por ahí de paseo con esas chicas jóvenes. ¡No te creas que no lo sé, James Jessup! —Empezó a secarse los ojos con el mandil, pero seguía llorando—. Los hombres no sirven en este mundo más que para darles a las mujeres hijos y problemas.

Mi padre se levantó de la mesa y entró al dormitorio. Mi hermano se levantó y salió al porche. Lo oí mover el banco para poder poner los pies encima, como hacía siempre. Mi madre empezó a recoger la mesa. Con aquella luz, su cara parecía de un morado oscuro y tenía los ojos rojos.

—No llores, mamá —le dije.

No respondió nada. Me levanté y la ayudé con los platos, luego salí y me fui a la cama.

«Si llego hacerme la dama, le doy una paliza».

A la mañana siguiente, cuando me levanté, mi hermano se había ido ya. No sabía qué me había despertado, luego lo oí. Era mi madre, que gritaba:

—¿James? Señor ten piedad. ¿James? ¿James? Dios bendito de mi alma. ¿James? ¿James?...

LAS DOCENAS[1]

Un día Cabezacordero y yo fuimos andando por el bosque a un arroyo. El sol brillaba a través de los pinos y a veces me cubría la sombra y luego estaba otra vez al sol como muy rápido. Otras veces miraba la nuca de Cabezacordero y era igual que si estuviera pasando por una de esas persianas venecianas cuando dentro está oscuro y la luz entra por las tiras. Cabezacordero era dos años mayor que yo, pero era pequeño y ancho y alguien dijo una vez que tenía una cabeza como una chuleta de cordero. Así que lo llamábamos Cabezacordero, pero su nombre de verdad era James Washington.

Cuando llegamos al arroyo, estaba oscuro. No de verdad, no estaba oscuro de verdad. Lo que digo es que el sol estaba tapado por una nube y parecía que podía llover un poco más tarde. Pero como era la única nube en el cielo, a ninguno de los dos se nos ocurrió volver a casa ni nada. Solo parecía que la nube estaba allí, como un mal tugurio. Me hacía sentir como muy raro. Cuando nos sentamos en la orilla vimos un trozo de paja que flotaba encima del agua turbia como si fuera nieve. Ahora que lo pienso, eso también parece como que era un mal tugurio también.

—Esa paja de ahí sí que parecía una barca, ¿o qué? —dijo Cabezacordero, que cuando respondí que sí, siguió—: Un hombre me dijo una vez que la gente senterraban antes en estas cosas.

—¿¡En una barca!?

—Ajá.

—No puedes enterrar en ninguna barca a nadie —dije.

—No decía que los enterraran, idiota. Solo digo que cuando alguien moría ponían el cuerpo en una barca y lo dejaban flotar por el río abajo. Venga, dame un gusano.

Saqué un gusano de la lata que llevaba y se lo di. La paja había seguido flotando por la corriente un buen trecho y la vi bajar como la nieve contra la orilla del otro lado. Se paró. Cuando Cabezacordero puso el gusano en el anzuelo vi que se ponía rojo de verdad en la punta, pero no se retorcía. Cabezacordero se levantó para tener más distancia y tiró el sedal todo lo lejos que pudo. Luego se sentó otra vez.

—Pon la lata por entre los dos, así llego —dijo.

Puse la lata entre los dos y cuando la puse noté el borde afilado en el dedo gordo. No pescamos nada ninguno de los dos en mucho tiempo.

—Macho, macho, macho, vaya si me gustaría probar un poco —dijo Cabezacordero.

Siempre estaba hablando de probar un poco. Miré a la otra orilla a ver de quién estaba hablando esta vez, pero no había nadie. En verdad tampoco no habíamos visto ni un alma en para dos horas ya.

—¿Un poco de qué?

—Tú ya sabes de questoy hablando —dijo, y se echó a reír—. Ummm, ummm, ummm.

—¿Un poco de qué?

Escupió en el arroyo y los dos vimos las burbujas flotar con la corriente y desaparecer. El sol salió justo entonces y con la luz de repente la piel de Cabezacordero parecía una chocolatina de Nestlé.

—Coooonchas —dijo—. De todas formas, tú no te ibas a enterar de nada. Eres un crío, por muy alto y seco que seas.

—¿Un poco de qué?

—De Maybelle.

Maybelle era mi madre de juegos.[2] Tenía diecisiete años y cuando andaba podías ver su cuerpo moviéndose de un lado para otro debajo del vestido, como cuando mueves el arroz en el colador. Todo el mundo decía que Maybelle tenía un pelo bonito de verdad, igual que una hawaiana. Cabezacordero sabía de sobras que no me gustaba que hablara así de Maybelle.

—¡Claro que sí, macho! —dijo—. Te has buscado la madre de juegos más mejor de la ciudad, vaya si sí.

—Porras —dije—, tu madre tampoco no está mal.

Cabezacordero me empujó fuerte de verdad y dijo:

—¡Cuidadito, negraco! Ya te dicho que yo no juego a las docenas.

—Pues deja de hablar de mi madre de juegos —le dije.

—No es lo mismo, idiota.

—¿Que no por qué?

—¿Mestás diciendo que quieres a Maybelle igual que a tu propia madre?

—No, me supongo que no.

—Pues ya está. No es lo mismo.

Cabezacordero estaba todavía enfadado. Me daba pena haberlo metido en las docenas, pero había hablado de mi madre de juegos, ¿o qué? Cabezacordero nunca jugaba a las docenas con nadie, ni siquiera ni conmigo, su mejor amigo. No hablamos en un buen rato después de aquello. Cada cierto tiempo levantaba su caña para que el sedal saliera del agua, con el anzuelo mojado y brillante y el gusano rojo en la punta; luego lo metía en el agua otra vez como muy a tirones. Estaba cabreado, vaya si sí; y yo estaba cabreado conmigo por haberlo arrastrado a las docenas.

—Porras —dije, y le di una patada al agua.

Después de un rato, Cabezacordero dijo:

—Es una pavita buena de todas formas, aunque sea tu madre de juegos. —Me miró y se echó a reír.

—Porras —dije yo.

Y luego me reí también y todo estaba ya bien.

Solíamos ir a pescar todos los domingos, Cabezacordero y yo. Retaco se venía con nosotros antes, pero decía que se había hecho muy mayor para ir a pescar, así que jugaba en los billares y a veces a los dados detrás de los billares. Retaco es mi hermano mayor. Es el que mejor baila en toda la ciudad. Cuando se pone a bailar todo el mundo se para y se pone al derredor a mirar. Casi siempre hacen palmas al ritmo de la música y a veces alguien dice: «¡Oooh, uaaah! Pero mira…, ¡mira cómo le da ese negraco!». Entonces a las diez o las diez y media se viene a buscarme y me dice: «Mira ver, Peque, ¿es que no es hora ya que te duermas un rato?». Y me voy a casa y me escribo una carta para Maybelle y se la cuelo al lunes siguiente en la escuela. A veces me copio parte de un poema de un libro y se lo pongo, pero nunca se da cuenta. Cuando se acaba la escuela está fuera con algunas otras chicas y cuando paso dice: «Oye, Peque, qué carta más bonita». Y se vuelve con sus amigas, con el pelo que cae negro por la

espalda y dice: «Eses mi nuevo hijo de juegos». Y la miro a los ojos y los dos sabemos.

La nube estaba ya lejos en la distancia y el sol se había puesto caliente de verdad. Cabezacordero se levantó y se metió un poco en el arroyo y empezó a limpiarse un pie con el otro. Tenía las plantas de los pies más amarillas que yo porque era más negro. Le dije que se volviera a la orilla porque lo mismo bajaba un mocasín indio o algo, pero me dijo: «Coooonchas», y se quedó allí de pie igual.

—¿Vas al baile desta noche?

—Me supongo que no —le dije.

—¿Cómo que no…? ¿Porque Maybelle no va estar?

—Me supongo que porque no tengo ganas.

—Ay, negraco, sabes questás mintiendo.

—Lo mismo sí, lo mismo no.

Se dio la vuelta entonces y me miró. Se estaba cabreando otra vez, y yo también.

—Te figuras queres muy despabilado, ¿o qué? —me dijo.

—Lo mismo sí, lo mismo no. Pero yo sí que sé quién es despabilada de verdad.

Soltó la caña y salió salpicando agua del arroyo y lo siguiente que supe es que me tenía sujeto contra la orilla y tenía la cara pegada a la mía.

—Flacucho negro hijo de perra —me dijo—. ¿Quién es despabilada? ¿Quién? Dímelo, y así te termino de romper el puto cuello. ¿Quién es despabilada?

Le olía el aliento a tocino y a berza, y notaba sus uñas en mis hombros.

—No hablaba de tu madre —dije—. Suéltame, Cabezacordero.

Se alejó y me dio un bofetón fuerte. Estaba a punto de echarme a llorar, pero me lo guardé. Me dijo una palabrota fea de verdad y le dije:

—No hablaba de tu madre, Cabezacordero, palabra del Señor que no.

—Entonces, ¿de quién?

—De Maybelle, Cabezacordero, hablaba de Maybelle.

—Mentira negra.

—Que no, Cabezacordero. Te lo juro por Dios que no.

Sabía de sobras que Cabezacordero sabía que estaba mintiendo, y por la expresión que tenía en la cara, yo sabía que él sabía que yo lo sabía. Me soltó de todas maneras; por lo menos me soltó los hombros, pero estaba

todavía encima de mí. Veía que los músculos se le ponían duros en la boca, como si estuviera apretando y soltando los dientes. Su aliento también me llegaba fuerte. Como estaba tumbado me di cuenta de cosas suyas que no había visto antes, como por ejemplo que tenía un lunar en el lado derecho del cuello y por ejemplo que sus ojos no eran negros como me pensaba, sino marrones oscuros.

—No te miento, Cabezacordero —dije—. Que Dios me corte la mano derecha si es que sí.

Se levantó entonces y volvió a meterse en el arroyo. Tenía la parte de atrás de la camiseta rota. Me quedé allí sentado, en la orilla, viéndolo darle patadas al agua y soltar palabrotas. Tenía los brazos en jarras. Me quedé allí frotándome para que se me pasara el dolor de la cara, como muy atontado, intentando pensar si tenía la camiseta rota todo el tiempo y no me había dado cuenta yo o si se le rompió cuando me saltó encima.

De pronto Cabezacordero dijo:

—¡Maldito sea el zapato de la señorita Blue! ¡Mi caña! ¡Mi caña!

Yo no tenía ni idea de lo lejos que podría haber flotado la caña para entonces, pero tampoco no me importaba. Estaba pensando en que mi mejor amigo me había pegado, y entonces me di cuenta de que estaba llorando.

—Chuletacordero, cabrón —dije, y me sequé las lágrimas.

En un ratito ya no estaba cabreado. Me puse a pensar en el baile de por la noche y en lo que le diría a Cabezacordero cuando volviera: «Me supongo que voy a ir al baile al final, Cabezacordero». «¿Seguro?». «Sí, me supongo que sí». Entonces él tomaría su caña y yo la mía y nos iríamos a casa. «Y no te voy a meter en las docenas más, Cabezacordero. Te lo juro por mi nombre que no». «Ok, Peque», me diría, y me estregaría la cabeza como le gustaba a él.

Me imaginaba también el baile, lleno de negracos, más apretados que los pelos del brazo. Me imaginaba a mi hermano bailando y a la gente dando palmas, saltando al ritmo de Jimmie Lunceford. Luego me imaginé en el centro de la gente —mi hermano no, yo— y oía a la gente que decían: «Vamos, Peque, ¡vamos!», cuando bailaba con Maybelle, con sus tetitas saltando arriba y abajo y el pelo volando.

Entonces lo oí. Parecía que se había ido lejos lejos porque casi no podía oírlo: «¡Peeequeee!...».

Dejé la caña apoyada y di un brinco. No sabía qué era lo que quería Cabezacordero, pero por cómo sonaba su voz sabía que era urgente de verdad. No me gustaba ir andando por el agua —y sigue sin gustarme— porque me gusta saber siempre dónde estoy pisando. Busqué por la orilla un camino, pero no había. Salté al agua y empecé a salpicar agua río abajo.

—Maldito idiota —dije en voz alta—. Le dije que se quedara en la orilla, se lo dije.

Para entonces pensaba que sabía qué era: una serpiente.

—Maldito idiota —dije otra vez salpicando agua.

Entonces me tropecé y me paré quieto, como un soldado cuando le da una bala.

—Ay, Dios —dije—. Ay, Dios mío.

Porque entonces me acordé. No las habíamos visto nunca, ninguno de los dos, pero hasta la última persona de la ciudad nos lo había dicho. El viejo Maypeck nos lo contó primero. Cuando empecé a correr otra vez, con el corazón latiendo como un bombo, tenía la imagen del viejo Maypeck en su porche de delante contándonoslo, allí de pie con ese traje negro que se ponía todos los días del Señor con una camisa blanca de cuello duro y el pañuelo rojo de lunares y el bastón de ratán. Arenas movedizas.

—¡Peeequeee!…

—¡Ya voy!

Mi voz no parecía la mía en ese grito. Empecé a correr otra vez y me parecía que a cada paso que daba el barro del fondo del arroyo se ponía más blando y más blando y pensé: Lo mismo no son arenas movedizas al final. Lo mismo le ha picado una serpiente; y si es una serpiente, lo mejor que se puede hacer rápido es…, pero tengo agujeros en las muelas y entonces los dos nos vamos a morir y se acabó. Son arenas movedizas, eso es lo que es. Sabes de sobras que son arenas movedizas. ¡Idiota!, mira que le dije que se quedara en la orilla. Una cuerda, eso es lo que necesito. No son arenas movedizas, es una serpiente. Una cuerda buena y larga como la de tender la ropa de mi madre. Busca algo que pueda agarrarse, idiota. Busca…

—¡Peeequeee!…

Entonces lo vi. Había una curva muy cerrada en el arroyo y cuando la hice, lo vi. Eran arenas movedizas, vaya si sí. Cabezacordero estaba metido casi como hasta la cintura. Vi que intentaba salir, con la caña amarilla en el

barro a menos de medio metro. Me acordé de lo que nos había dicho el viejo Maypeck de intentar salir de las arenas movedizas, así que le grité:

—¡No te muevas, James!

Me sorprendió entonces que era la primera vez que lo había llamado por su nombre de verdad.

—¡No te muevas!

Salté del arroyo a la orilla y por un minuto se me quedó la cabeza más en blanco que la pizarra de las ocho. Entonces agarré la rama de un pino pequeño y ya mientras la retorcía sabía que no sería lo bastante larga ni de lejos. La arranqué de todas formas, a la vez con todas las esperanzas y todas las desesperanzas. Cuando volví a un sitio del arroyo donde podía ver a Cabezacordero, no parecía sustado ni nada. Miraba al derredor como un niño pequeño que se ha enredado en una bola de hilo suelto y que quiere saber cómo se ha metido en ese lío para empezar. Entonces me vio. Se estiró para atrapar la rama que yo le acercaba, aunque estábamos todavía separados por unos buenos cinco metros y la rama no podía medir más de un metro, lo juro. Me acerqué más y más a él, estirando la rama tan lejos como podía. El barro iba ya por encima de su cintura. Me dio la sensación de que me hundía, o pensé que me podía pasar, así que di un salto paratrás y entonces me caí. Di un salto muerto de miedo y volví a gatas río arriba y a la orilla. Estaba temblando. Vi una rama en un pino alto que pensé que podía llegar a él si era capaz de arrancarla, así que trepé al árbol bien rápido y me puse a retorcer la rama con todas mis fuerzas. Se rompió. Le di vueltas y vueltas hasta que se soltó, entonces salté directo al suelo con la rama y corrí al arroyo. Cabezacordero estaba ya hasta los sobacos y desde donde yo estaba podía verle los ojos. Nunca se me olvidarán esos ojos abiertos y locos. Pero no decía ni bla; solo intentaba atrapar la rama. Yo fui a centímetro a centímetro hacia él, con cuidado de no llegar tan lejos como la vez de antes. Acercaba la rama con las dos manos —era bien pesada— y la atrapó. Empecé a tirar, moviéndome paratrás, paratrás… entonces las agujas del pino se le escurrieron y cayó de boca. Acerqué la rama otra vez, rezando con todo el corazón. Estaba ya hasta la barbilla. Atrapó la punta de la rama, pero la perdió otra vez. Y luego ya estaba debajo, debajo, con las manos todavía buscando la rama.

Desde ese día ya no juego nunca a las docenas, y siempre que oigo que alguien está jugando, me salgo.

SIGNIFICANDO

Las mujeres son la cosa más impredecible sobre la faz desta tierra de Dios. Mira la señorita Florence, por ejemplo. Nos habíamos conocido para ocho meses ya, y sin embargo ahí estábamos: yo con una taza de té haciendo equilibrios en las rodillas como si fuera un señorito inglés, ella sentada en el sofá con la espalda tan recta que si solo le ves la parte de arriba te figuras que va encima de un caballo.

—¿Te apetece un poco más de té?

Dije que no, gracias. Lo que necesitaba, entonces y después, era una copa. Pero, espera, que te lo cuento.

Como te digo, nos había llevado un buen montón de tiempo llegar a la etapa del té. Y eso que su casa estaba menos de dos manzanas de donde vivo yo. Sí, sí, era de las raras, vaya si sí. Maestra escuela. Se viene de Filadelfia. Una mujer alta, esbelta, con pechos pequeños pero como con caderas grandes, treinta y uno treinta y dos años en ese momento. Casi todo soltero de la ciudad había intentado pegarse a ella. Pero ella guardaba sus distancias. Y, papi, ya te digo yo queso viene ahí ahí con un milagro, porque los hombres de mi ciudad no son lobos, Jackson, ¡estos son hombres lobo!, muertos de hambre por las mujeres. Me daba risa verlos intentarlo. Primero fuel señor Thomas Love: nanay. Luego James Turner: no, señor. Cuando vieron que los solteros no llegaban a nada, los casados probaron sus cartas: no, no, no. Incluso al viejo Maypeck le brillaban los ojillos y le dio por dejarse caer por allí con flores como muy sin querer: deso nada, Bob.

La diferencia dellos conmigo era que yo sí me había planeado una campaña. Soy listo, claro que sí. Pero las cosas no salieron como me pensé que iban a salir, vaya si no.

Como yo me lo había pensado, la trataría igualito quella me trataba mí. Con la diferencia de que yo le haría saber desdel ya questaba interesado, pero de una forma que no se diera cuenta por lo menos hasta mucho después de haber soltado mis pequeñas pistas. Papi, esto es un arte, un arte. No puedes ponerlo en marcha con ninguna mujer guapa, eso sí, porque una mujer guapa sabe questás interesado mucho antes hasta de que la veas. Yo llamo a la técnica que usé con la señorita Florence: «Acercamiento táctico circospecto número uno para mujeres feas». Pero que no es fea, ques lo que digo. No es ninguna Lena Horne,[3] pero tampoco no es fea. Aunque por la forma que se portaba, bien podría ser, así que decidí utilizar la número uno.

Un día estaba yo en la puerta de la barbería con algunos de los chicos. Llega la señorita Florence, que vuelve a casa de la escuela, y empiezan todos a significar:[4]

—Ummm, ¡puf! ¡Pero qué día tenemos hoy!

—Sí, Señor del cielo, así es.

—Mi madre, ¡qué día más requisito!

—¿¡Cómo va, señorita Florence!?

—En-cantado de saludarla.

—¡Ay, Señor, en la calle dormía yo te-ren-ta días y te-ren-ta noches por un día como este!

—Ya os estáis chitando de significar —dije—. Aquí hay una dama, toda una señorita, y nos voy a permitir que signifiquéis así con ella.

Lo dije con un tono de voz que no fue alto, pero yo sabía que lo había oído. La siguiente vez que la vi tenía una buena sonrisita para mí, pero yo hice como que no había pasado nada.

Eso fue como dos semanas después que llegara. Después deso, la veía en la calle y hablábamos, pero no más.

Bueno, como yo soy carpintero de profesión, así es como entré la primera vez endonde la señorita Florence. Decía que quería que le hicieran una librería y alguien le había dicho que yo podía ir hacérsela. Vivía en una casa pequeña que le alquilaba Inez Turner. No más que una sala destar, dormitorio, cocina y baño tenía, pero lo tenía bien arreglado de verdad. Dios sabrá para qué quería otra librería. Ya tenía dos. Como sea, me puse a

montarle otra en la sala destar un sábado por la tarde. Yo sabía de sobras que no era el momento de intentar nada, así que no tenía intenciones ni nada. Pero me doy cuenta de que no podía parar quieta. No paraba de moverse por labitación, colocando cosas que ya estaban colocadas, levantando esto y moviendo lo otro. Una vez levanté los ojos de mis haceres y ahí estaba, justo a mi lado. Me puse a lo mío y no dije ni bla.

—Creo que está perfecta —dijo.

Me levanté.

—Me alegra que te guste.

—¿Lees mucho?

—¿Que si leo?

Estaba bien pegada entonces y me di cuenta de que sus ojos eran bonitos de verdad. Tenía pecas en la cara, pero no las veías hasta que no testabas bien cerca. Una naricilla bonita tenía también, y no llevaba mucho pintalabios. Me percaté de todo esto mientras intentaba figurarme adónde iba con la historia esta de la lectura y qué le iba decir. No me creo que le importara un plomo si yo leía o no, me figuraba que solo hacía tiempo, algo así. Pero: error. Cuando le dije que no, que no leía, empezó a soltarme un caligatías de la educación y la edificación de la raza o algo así. Me salí de allí corriendo.

Ahí fue cuando decidí dejar la número uno. A tomar viento, ¿mentiendes? Me despisto y esta mujer me habría llevado a la iglesia o nos habríamos casado y nos habríamos ido a vivir a Filadelfia. ¿Y quién demonios quiere vivir en Filadelfia? O casarse, ya que te pones. Así que, como te decía, a tomar viento. Podía tirarse por un barranco y llevarse la edificación de la raza de paso.

Pero con todo y con eso me iba gustando la mujer. No de una forma especial ni nada deso, pero me gustaba. Me parecía que nos veíamos mucho más en la calle después de la historia esa de la librería, y alguna cosita tenía siempre que decirme. Pero yo seguía con la distancia. Así que cuando me invitó a lo del té, me figuré que iría más gente.

Error otra vez.

Tenía su pequeña vitrola, una desas de cuerda, y después que termináramos con el hecho de quen Filadelfia no hace tanto calor como en Alabama, empezó a darle cuerda. Le dije que layudaba, pero dijo que no.

—¿Qué te gustaría escuchar?

—A Count Basie —dije.

No tenía nada suyo. Pero sí algo de Beethoven.

—¿Es que no tienes buena música? —dije un rato después.

—¡¿Cómo?! ¡Esta es la mejor música que hay!

—Puede ser así, pero a mí desde luego que no me da nada.

Ahí le di. Empezó a contarme todo de Booker T. Washington y que había nacido esclavo y que cuando ya era mayor había tomado el té con la reina Victoria de Inglaterra.[5] Me puse a intentar figurarme qué tenía todo eso que ver con los violines esos questaban rascando, y entonces me vino como muy de pronto questa mujer tiene que pensar ques la reina Victoria. Y me dije por dentro, medio escuchándola y medio no: «Pero si se piensa ques la reina Victoria, ¿yo?, ¿quién demonios se piensa que soy yo?».

Tú ya sabes cómo es cuando una mujer se pone hablar: blablabla reina Victoria blablá. Blablabla Booker T. Washington blablá. Y allí estaba yo sentado, escuchando y haciendo que sí. La música se paró entonces y ella se levantó para cambiar el disco. Sin parar de hablar.

—¿Eres virgen? —dije.

Ahí se calló. Se dio la vuelta y me miró con los ojos abiertos de verdad.

—¿Qué acabas de decir?

—Te dicho que si eres virgen.

El grifo de la cocina perdía un poco de agua. Fue y lo cerró, y yo lo único que oía era mi cinturón de cuero, que crujía cada vez que respiraba. Entonces dijo desde la cocina:

—Sí. Sí que soy. Pero ¿cómo te pones y me preguntas eso?

Solo que no lo dijo así sactamente. Hablaba bien de verdad.

—Nada, se me ha ocurrido.

Me levanté y me quité la chaqueta, y cuando volvió a la sala destar, ahí estaba yo sentado en mangas de camisa.

—Bueno, señor… —La señorita Florence me llamó por mi nombre—, creo que será mejor que te vayas ya.

—No estaba pensando yo en irme ahora mismo. Decho, mencantaría tomar un poco más de té.

—No, creo que será mejor que te vayas.

—Ya te dicho que no me voy a ningún sitio. ¿Me pones más té o tengo que ir yo por él?

—Ya voy yo —dijo—. Pero después me temo que tienes que marcharte.

—Vamos a no pensar en eso ahora.

Cuando trajo el té, dije:

—Me parece que me lo voy a tomar aquí.

Me levanté de la silla y me fui al sofá. Me dio la taza y vi que le temblaba la mano un poco. Ella fue y tomó su taza y su platillo y se sentó en la silla.

—¿Qué te ha llevado a preguntar eso?

—Lo pareces.

—¿Lo parezco?

—Seee. Y también te portas así.

—¡Pero eso es imposible!

—Nada es imposible. Vente y te sientas aquí conmigo.

—No.

—¿Tengo que levantarme y traerte?

—Pero no es… ¡no es verdad del todo!

—¿El qué no es verdad? Vente por aquí.

—Eres imposible.

—Todo el mundo es imposible. Vente.

—¡Me niego en redondo!

Cuando ya estaba sentada mi lado, como con espacio entre los dos para una sombrerera de buen tamaño, dije:

—Venga, cuéntamelo.

Una historia de llorar de verdad. Había estado prometida con un negraco de Filadelfia toda la guerra; él estaba en el ejército y ella lo había esperado como muy fiel; y tres años más después de la guerra. Estaban esperando, decía, que saliera de la escuela de Medicina para casarse. El tipo terminó. Con su título y todo. Después: sorpresa, el negraco se larga Europa con una nenita blanca de la Universidad de Pensilvania.

Me dio pena. De verdad que sí. Decho, me dio tanta pena quel resultado del asunto fue questábamos de la mano y quesa sombrerera hubiera tenido que ser enanísima para caber entre los dos. Le pregunté qué quería decir con la historia esa de que «no es verdad del todo», pero no fue clara. Lo único que decía era que «la relación no fue consumida», quisiera lo que quisiera decir con eso.

Creo que sabes cómo se siente un hombre cuando está en una situación como esa. Estás sentado bien cerca de una mujer guapa y se pone a contarte que un hombre se ha portado mal. Empiezas a tenerle pena. Pero como está tan tan buena empiezas a ponerte fuerte también. Y luego te vas sintiendo mal por haberte puesto fuerte. Y después de un rato ya no te sientes mal. ¡Solo te sientes fuerte!

—Seee —le dije—. Es duro de verdad.

—Desde luego que lo fue. Pero la vida sigue.

—Vamos que si sigue. ¿Quieres escuchar un poco de música?

—Creía que no te gustaba.

—No me gusta; pero como a ti sí, podemos escucharla.

—De acuerdo.

Empecé a darle cuerda la vitrola.

—No —dijo—, mejor vamos a escuchar la radio.

—¿La radio?

—Sí.

No sabía que tenía radio. Entró en el dormitorio y sacó una pequeña radio y la enchufó en la sala destar. Cuando se volvió a sentar intenté darle un beso.

—No —dijo ella.

Cuando la besé tenía los labios apretados de verdad. Pero para cuando se acabó el resumen de noticias de la semana ya no estaban apretados.

Después, en mi casa ya con una copa en condiciones, empecé a pensar. Por Dios y por su nombre, ¿qué hace que un hombre se porte así? Yo no tenía ninguna intención de casarme con la mujer. Decho, ni siquiera no quería verla más de dos o tres veces por semana, y por puro egoísmo.

—¿Vendrás mañana? —me preguntó cuando me iba.

—Vamos que si sí.

—¿Prometido?

—Y que me muera si no, cariño.

—Eres un hombre tan tan lindo. Siempre me gustaste.

No dije nada.

—¿Crees que me querrás, aunque sea solo un poquito?

—Sabes que sí, cariño.

—De acuerdo —dijo ella—. ¡Adiós, encanto!

—Adiós, adiós.

—¡Que duermas bien!

—Haré lo que pueda —le dije.

Sabía lo que iba pasar, claro: los negracos se pondrían a significar y yo me cabrearía. Me pondría esquivar a la señorita Florence y ella sería la que se cabrearía entonces.

Me quité la ropa y me puse otra copa —una larga—, me la bebí, apagué la luz y me metí en la cama y me tapé con la colcha por encima de la cabeza, apretada —apretada de verdad—, y me quedé dormido.

UN DELICADO AMOR[6]

Fue comiéndome el bocadillo, allí sentada mirando por la ventanilla, cuando me fijé en él. Tú ya sabes cómo es cuando vas sentada en un tren con alguien que va en el asiento de enfrente: los dos miráis por la ventanilla y vuestros dos reflejos pueden verse el uno al otro, eso parece, así que puedes mirar a los ojos a la otra persona a través del cristal de la ventanilla.

Me había subido al tren en Birmingham, donde había ido a ver a mi padre el fin de semana. Fue él el que me hizo el bocadillo y me lo dio, porque sabe que la zarigüeya es mi carne favorita. No le hice mucho caso al hombre cuando me senté porque no tengo la costumbre de ir por ahí mirando a hombres desconocidos. Pero luego, comiéndome el bocadillo y mirándolo por la ventanilla, parecía tan guapo que hizo como que me pellizcara algo por dentro. «¿Mary-Jane Jessup?», me dije yo, «que mira que ya eres una mujer casada y grandecita. No te vayas por ahí pensando como queres libre, soltera y con veintiún años».

El hombre dejó de mirar por la ventanilla en ese momento y a la vez yo bajé la vista a mi bocadillo a toda prisa y le di un buen bocado, como si no hubiera pasado nada. Notaba que me miraba a la cara, después a las piernas. Sabía que tenía los labios un pelín grasientos del bocadillo, y pensé que ojalá hubiera esperado a llegar a casa para comérmelo. El hombre miró a otro lado como muy tranquilo y empezó a buscar algo en el bolsillo. Levanté la vista del bocadillo y nuestros ojos se encontraron un breve instante. Había encontrado lo que buscaba en el bolsillo (era un mechero Zippo) y lo empezó a desmontar. Yo me dediqué a observarlo por la ventanilla. Sacó una latita de otro bolsillo, la abrió y apretó para que cayeran unas cuantas gotas de líquido en el algodón de dentro del mechero.

Por la ventanilla yo veía el campo, todo de tierra roja y de árboles asalvajados, al mismo tiempo que lo veía encenderse un cigarrillo y volver a guardarse el mechero y el líquido en los bolsillos. Luego se puso otra vez a mirar por la ventanilla —o lo mismo lo que hacía era mirarse en la ventanilla— y cuando pasamos por un edificio de ladrillos que parecía una escuela le pude ver los ojos: grandes, marrones y con forma de pera.

Su cara no tenía expresión de ningún tipo; nada de nada. Cada cierto tiempo le brillaban los ojos, como si hubiera visto algo pasar que le hubiera interesado; pero eso era todo. «Porras», me dije. «Este hombre ni siquiera no está pensando en mí. Vamos, ¡puede que ni siquiera no mestá mirando a la cara!». Así que me recosté y cerré los ojos. Pero cada vez que los abría, me veía mirándolo justo a los suyos. Como sea, me quedé dormida. O casi dormida, me parece a mí ahora.

—¿Va muy lejos?

—¿Mestá hablando a mí?

—Claro que lestoy hablando a usted. No hay nadie más sentado con nosotros, ¿o qué?

—No se me haga el despabilado, caballero —le dije—. Yo no me hablo con gente que no me han presentado como está mandado. Soy una dama.

Se echó a reír. Bien presumida que era su risa también. Yo, a mi pesar, no estaba enfadada.

—¿Va muy lejos? —volvió a decir.

—Me apeo en Talladega.[7]

—Eso no está muy lejos de aquí.

—Lo bastante.

—¿Vive usted en Talladega o tiene allí a la familia?

—Vivo en un pueblo de las afueras —dije, y luego, mirándolo de lleno en esos ojos grandes y marrones que tenía, añadí—: con mi marido.

Su expresión no cambió más que lo que habría cambiado la de una estatua.

—¿Lleva tiempo casada?

—Diez años.

—¿Diez años?

—Ajá.

—No lo parece, vaya si no. Tiene usted pinta de no llevar casada más de cuatro años. Cinco como mucho. ¿Seguro que no me miente?

—¿Y qué motivos tengo para mentirle?

—Se me ocurren diez. ¿Seguro que lleva casada tanto tiempo?

—Sí, señor. Diez años este mes.

—¿Hijos?

—Tengo dos chicos, y uno dellos ya es mayor. Pero es que no veo qué tiene todo esto que ver con usted.

—Quizás nada, quizás mucho —dijo. Se recostó, cerró los ojos y suspiró —. Jo, jo, jo —dijo.

Yo me quedé allí mirándolo y pensando qué demonios se traía entre manos; él y su «jo, jo, jo».

—Yo sigo hasta Carolina del Norte, a Charlotte —dijo después de un rato.

—¿Ah, sí?

—Vaya si sí.

—Y a ver, ¿qué tiene Charlotte que ver conmigo?

No respondió. Venía un tren en la otra dirección. Apenas oía el silbato, muy a lo lejos, como el llanto de una abuela negra que te llama para que vuelvas a casa. Luego, de repente, ahí estaba, encima de nosotros, y cuando pasó a toda prisa a nuestro lado sonó como el estallido de una bolsa de papel inflada. El hombre dio un brinco y retiró un poco la cabeza de la ventanilla, y nuestros ojos se encontraron una vez más.

—¿A qué hora llegamos a Talladega?

—¿Llegamos? ¿A qué hora llegamos a Talladega?

—Vale. ¿A qué hora llega el tren a Talladega?

—No lo sé bien del todo. Como a las siete, me supongo. ¿Por qué?

—¿Vendrán a buscarla?

Yo sabía que no vendría nadie, pero me acordé justo entonces de que tenía una colada por hacer para la señora Ryan y ya iba un día tarde. Pero no le importaría, ¿o qué? Sí, quizás sí. Podía empezar a llevarle la ropa a Jane Freeman. No, no haría eso. Yo soy la lavandera mejor de la ciudad.

—No —dije—. No vendrá buscarme nadie, pero tengo que irme a casa.

—No hay un «tengo» tan fuerte, ¿o qué?

—Lo mismo para usted no, pero para mí vaya si sí.

—Estaba pensando en bajarmen Talladega y…

—No.

—Y tomar el tren siguiente. Y estaba pensando si le gustaría tomarse una copa conmigo.

—No.

—¿Qué me dice de un café?

—No. Ya le dicho que tengo que irme a casa.

—Un café no hace ningún mal, ¿o qué? Después de todo, solo se vive una vez…

—Ya le dicho… bueno, vale. Pero solo un café.

Nos bajamos juntos del tren en Talladega. No se bajó nadie más con nosotros, así que fuimos por el andén juntos; él llevaba las dos maletas, la mía en una mano y la suya en la otra. Era un hombre bien fuerte, claro que sí, como había pensado. Dejamos las maletas en la consigna de la sala de espera y bajamos por la calle a un sitio pequeño que me sé y que se llama Miller's Bar. Nos sentamos en un apartado de atrás y me contó todo de él, dónde había nacido, quién lo crio y todo. Pero yo no estaba escuchando. Lo estaba mirando a los ojos: grandes y marrones y con forma de pera.

—¿Se figura que podríamos…?

—No.

—¿No podría llegar el tren una hora o dos tarde? No lo va comprobar nadie, ¿o qué?

—Ya le dicho cinco veces que tengo que irme a casa. Además, decía que solo un café, ¿o qué?

Le sonreí y se echó a reír. Tenía una boca bonita.

Ya en el taxi, me noté su mano en el hombro y luego en la nuca.

—Dios me perdone —dije cuando me acurrucaba contra él—. Por favor, Dios, perdóname.

Cuando abrí los ojos, me vi mirando por la ventanilla a tres tanques de agua levantados sobre vigas a mucha altura. Sabía de sobras que los conocía, pero de alguna manera no fui capaz de ubicarlos nada más verlos. Vi entonces lo que me había despertado. La puerta del vagón estaba abierta y

los raíles montaban mucho escándalo. Justo entonces el revisor metió la cabeza por la puerta y dijo:

—¡Talladega! ¡Próxima estación: Talladega!

Abrí el bolso, me empolvé un poco, me pinté los labios y me peiné. El hombre estaba dormido; o por lo menos los ojos los tenía cerrados. Cuando terminé de maquillarme, cerré el bolso, me levanté y empecé a bajar mis cosas de la rejilla. Abrió entonces los ojos, me miró desde abajo y dijo:

—¿Puedo ayudarla?

—Muchas gracias —dije.

Cuando se levantó, vi que no era tan alto como pensaba; y su voz tenía un tono un poco más agudo de lo que me había figurado. Cuando el tren llegó a la estación, me dijo:

—Salga usted primero.

Se hizo con mis dos bolsas y me las entregó una detrás de la otra en el andén.

—Muchísimas gracias —dije.

—No ha sido nada —dijo.

Crucé el andén, luego fui a la estación de autobuses y me fui a casa con mi marido.

UN GRITO

Llevaba la chaqueta colgada de un hombro y notaba la costura cada vez más caliente en la espalda. Estaba más bien cansado y me suponía que la chica también. Habíamos andado más de ocho kilómetros. Cuando llegamos a un árbol de buen tamaño, dije:

—Vamos a sentarnos.

Nos salimos del camino y desplegué la chaqueta para que ella se sentara encima. Empezó a llorar. La levanté un poco de la chaqueta para poder llegar al bolsillo en el que tenía el tabaco. Cuando alcancé el paquete que había visto, solo quedaba un cigarrillo. Lo encendí y se lo di. Lo tomó, pero no se lo fumó. Se quedó ahí, sosteniéndolo con una mano y secándose los ojos con la otra. Según veía el humo deslizarse hacia arriba, me dio por pensar en aquella vez que estuvimos en un club nocturno de Memphis —habíamos ido a pasar el fin de semana y a ver a Erskine Hawkins y su Orquesta— y ella sostenía un cigarrillo igual que ahora, de esa forma tan desatenta que tiene, que parece que se le va a caer. Ese fue un fin de semana a lo grande. Ahí fue cuando pasó.

—La señora Turner dijo que no duele mucho.

Ya cuando lo decía, sabía que no era lo que tocaba decir; y mucho después de haberlo dicho, incluso después que nos hubiéramos levantado y hubiéramos empezado a andar otra vez, podía oírme: «La señora Turner dijo que no duele mucho».

La chica no respondió. Me quedé allí sentado, envidiando ese cigarrillo… deseando que le diera una calada y me lo devolviera y tratando de pensar en algo agradable que decir. Mientras tanto mantenía una conversación mental con ella.

«Sabes que te quiero, ¿verdad, Maybelle?».

«Sí, sí», diría ella. «Lo sé».

«Sabes que si hubiera forma posible de salir desta, no te permitiría seguir adelante, ¿verdad?».

«Lo sé, James», diría ella. «Lo sé».

En lugar de eso, dije en voz bien alta:

—Ya no nos queda mucho para llegar.

Seguía llorando. Le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mí.

—Chis —le dije, y le di un beso en la sien. Tenía el pelo mojado y olía lágrimas y a sudor—. Sss, venga ya —insistí—. No hay necesidad de ponerse así.

Me sentía como si fuera su padre.

De repente, con esa forma tan curiosa que tienen las mujeres de pasar de un estado de ánimo a otro como si la cabeza les funcionara con unas cuerdas invisibles, dejó de llorar.

—Vamos, James —dijo—. Lo mejor es que nos pongamos en marcha.

Nos levantamos y, después de sacudir la chaqueta, nos echamos otra vez al camino.

Íbamos a un sitio llamado Kapalachee. Es tan pequeño que ni siquiera no aparece en los mapas del condado, por no hablar de los mapas de Alabama o de Estados Unidos. Lo primero que te encuentras en el camino que tomamos es un gran magnolio. Justo a su lado hay una casa blanca de madera con columnas griegas y, un poco más abajo, nada más pasar un almacén de comestibles con un cartel de neón de Pepsi-Cola, está el barrio negro. Cuando llegamos al magnolio, dije:

—¿Quieres descansar un poco?

—Ya estamos casi, ¿o qué?

—Sí, sí.

—Pues vamos.

La chica no tenía más que diecinueve años, pero entonces me parecía que yo era su hijo.

Había imaginado la casa a la que íbamos. Pertenece a una mujer conocida como señora Thomas. La señora Turner nos había dicho que era la casa más grande de esa parte del pueblo. Me figuré que tendría una sala de estar

amplia con muchos muebles bonitos y los suelos pulidos. Me figuré que tendría un cartel, uno bonito con flecos, que diría «Hogar, dulce hogar» o «Dios bendiga esta casa».

Acerté en todo menos en los suelos. Había una alfombra grande en la sala de estar y muchas otras pequeñas de tela con las que no paraba de tropezarme. Había un montón de chismecitos por todas partes, en la chimenea y en las mesas: elefantes y jirafas y avestruces de cristal y cosas así, y en la mesa central un equipo de tres monos, los que se ven en todas partes: no oigo, no veo, no cuento.

También me había equivocado con la señora Thomas. Siempre había imaginado que las mujeres que hacen este tipo de trabajo serían grandes y gordas y con pinta de malvadas. Pero la señora Thomas no era grande, no estaba gorda ni tenía pinta de malvada. Era una mujer de treinta y muchos años, diría yo, más bien delgada y con una cara agradable. Parecía, de hecho, justo el tipo de persona que esperarías ver paseando el bebé de otra mujer por la calle un domingo por la tarde. Cuando le dijimos que nos enviaba la señora Turner empezó a portarse como si fuéramos viejos amigos. Después de charlar un poco, dijo:

—Bueno, me supongo que lo mejor será empezar.

Me levanté y le pagué lo que la señora Turner me había dicho que pagara, y después de contar el dinero, la chica y ella se levantaron.

—Puede quedarse aquí si quiere —me dijo— o puede salir a dar un paseo. Cualquiera de las dos me parecen bien.

—Gracias —dije—. Creo que iré a dar una vuelta.

—Muy bien. Nos vemos en una media hora.

—¿Una media hora?

—Ummm… que sean cuarenta y cinco minutos.

Salí. Quería decirle algo a la chica, pero ¿qué le iba a decir? ¿Buena suerte? Lo más puñetero de la vida es que (eso me parecía entonces) nunca hay nada que decir cuando se trata de la vida y la muerte. Así que simplemente me fui.

Bajé por la calle intentando con todas mis fuerzas no pensar en nada. Pero no funcionó. Empecé a imaginarme lo que estaba pasando en casa de la señora Thomas. Luego, cuando pasaba al lado de un puñado de niños que

jugaban, hasta podía oír a la chica gritar. Me alejé y traté de pensar en algo diferente, pero tampoco no funcionó. Todavía oía a la pobre chica gritando, gritando de dolor, y a la señora Thomas diciendo: «¡Chis! ¡Ya! ¡No vamos a tardar mucho!».

Entré en una tienda y me compré una botella de vino. Todavía podía oír el grito y estaba casi volviéndome loco. Tenía ganas de romper el tapón de la botella y beberme el vino allí mismo. Salí de la tienda y busqué un árbol a la sombra, y cuando encontré uno, me senté debajo y abrí la botella. El vino estaba dulce y el gorgoteo que hacía al beber ahogó el grito un poco. Pensé en rezar por la chica, pero me figuré que sería poco religioso rezar y beber, así que no lo hice. Empecé a pensar qué habría sido el bebé, un niño o una niña, y a quién se habría parecido más, a la chica o a mí. Después del tercer trago de vino o así empecé a pensar si habría llegado a ser siquiera niño o niña.

—Dios me perdone —dije en voz alta, y di un trago bien largo.

Empecé a pensar en las mujeres: en las dos allí de pie, en la sala de estar, la chica y la señora Thomas. No me supongo que se me vaya a olvidar nunca la cara de la chica, allí esperando: solo esperando, sin ninguna expresión en la cara, como los pasajeros de un tren. Y la señora Thomas con esa cara medio avariciosa y medio sabia, como si supiera algo secreto pero estuviera dispuesta a sacarte hasta la última gota de vida antes de contártelo. Empecé a pensar en el hecho de que las mujeres nunca parecen hablar de nada importante, por lo menos cuando yo estoy cerca. Son siempre pamelas, el novio del año pasado, ir a la iglesia, la vuelta de la iglesia… cualquier cosa menos cosas de ser mujer. Los hombres pueden sentarse y hablar horas y horas de cualquier cosa del mundo, pero las mujeres no. Me supongo que lo que pasa es que ellas dan vida, y una de las cosas de la vida es que nunca habla de sí misma: solo es. Por lo menos eso era lo que estaba yo pensando mientras me bebía el vino.

Cuando me levanté estaba medio borracho y completamente triste. Volví a casa de la señora Thomas y toqué el timbre. Nadie respondió. Volví a llamar y esperé. Sin respuesta. Qué porche delantero más bonito, pensé. Una casa bonita de verdad. Si no fuera por esos monos, la chica y yo podríamos vivir aquí bien de verdad. Habría sido niña, seguro. Fea y arrugada al principio, como la mayoría de los bebés, y luego guapa una vez

que sale del hospital. Seguían sin abrir. Volví a tocar el timbre, mucho tiempo y con fuerza. La señora Thomas abrió la puerta.

—Hola —dijo. Sonreía.

—¿Cómo está?

Me miró como si hubiera preguntado algo escandaloso.

—¡Está bien!

—¿Puedo verla?

—Claro. Pase. Está en labitación de ahí.

Me la señaló.

Cuando entré en la habitación, la chica estaba tumbada en la cama completamente desnuda. Había pensado que parecería agotada, cansada, pero no. Si le hubieran visto la cara jurarían que acababa de volver de una fiesta. No sentí sorpresa ni alivio, ni tristeza ni felicidad ni nada. Solo me quedé allí apoyado en la puerta y mirándola. Nunca había estado más guapa, lo juro; una piel marrón preciosa, como una tostada poco hecha, el pelo negro cayendo por los hombros. Me acerqué, le di un beso y me odié por el deseo que sentí.

—¿Cómo ha ido? ¿Te ha dolido mucho?

—No ha estado mal.

—Eso está bien —dije—. Eso está muy bien.

—¿Dónde has ido?

—Me dado un paseo.

—Ya lo sé, pero ¿dónde?

—Nada, por ahí. ¿Cómo tencuentras, Maybelle?

—Mencuentro bien.

—¿Puedes andar?

—¡Pues claro que puedo andar!

—Entonces, vámonos.

—Ahora mismo no puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—La señora Thomas me dijo que tengo questar media hora tumbada.

—¿Y entonces estarás ya bien?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Todavía no se ha terminado.

—Que no se ha terminado… todavía…

—No. Tarda… James Jessup, vamos a no hablar desto. Por favor, vamos a no hablar desto. Dime por dónde has andado.

—Nada, por aquí, Maybelle. Ya te dicho questado dando un paseo por aquí. ¿Cómo es que todavía no se ha terminado?

—James Jessup, cuéntame lo que has visto —dijo. Tiró de mi cabeza y me puso la cara en la almohada, al lado de la suya, y podía oír su pelo como si fueran truenos en mis orejas—. Cuéntamelo todo.

—He visto un viejo blanco —dije, hablando con la almohada y sin pensar en lo que decía, solo hablando— con un abrigo marrón. Me ha parecido más bien raro porque no había visto nunca nadie con un abrigo en verano. He visto un niño patizambo haciendo rodar un aro por la calle con un palo, y justo antes que llegara mí, el aro ha empezado a temblar y ha caído como una moneda cuando deja de dar vueltas. He visto una nube que parecía un caballo y luego he visto rosas y personas y casas y cuando he vuelto a mirar la nube, ya no parecía un caballo, parecía una mujer con el pelo despeinado. Me sentado debajo de un árbol y había un corazón enorme tallado en la corteza con una flecha que lo atravesaba y las iniciales V. H. y A. R. ¿Cómo tencuentras, Maybelle?

—Cuéntame más.

—¿Cómo es que todavía no se ha terminado?

—Lleva horas. Un día. Cuéntame más, James.

—¡Horas! ¡Un día!…

—Sí.

—Dios santo —dije. Me levanté de la almohada.

—No deberías decir eso —dijo la chica—. Me has dicho montones de veces que no lo diga.

—Calla.

—No me digas que me calle. Eres el diácono de la iglesia, ¿o qué? Tendrías que…

—¡Chis!

—Deberías saberlo más que nadie. Y además estás casado. Deberías de verdad saberlo mejor que nadie, James Jessup. Tú que tienes un hijo ya mayor, casi de mi edad. Tú que tienes edad para ser mi padre, James. Dime. Lo sabes todo, ¿o qué? Entonces, ¿por qué no me respondes a esto? ¿Eh?

¿Es que no tienes nada que decir? ¿Tú queres el que tienel mensaje de Dios y se lo das a la gente todos y cada uno de los domingos? —Soltó un gruñido y se echó a reír—. Tú sí que me diste un mensaje, vaya si sí. Sí, señor. He recibido tu mensaje.

No respondí nada. Estaba tumbado bocarriba ya, mirando al techo con la chica tan joven y desnuda y tostada a mi lado. Cuando se calmó le dije:

—¿Tenemos questar aquí todo ese tiempo?

—No, podemos irnos en un rato. Pasará mañana.

—¿Va estar ahí la señora Thomas?

—No. Ya hecho todo lo que tenía que hacer.

—¿Estás segura?

—Seguro, estoy segura. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Tengo questar tumbada siete minutos más.

Cruzó las piernas y suspiró. Volví a odiarme otra vez por desearla con tantas ganas.

Había un autobús que iba de Kapalachee adonde vivíamos y que salía a las seis y media todas las tardes. Nos subimos. Por el camino no pasó nada. Nos sentamos en el asiento de atrás y la chica durmió con la cabeza en mi hombro la mayor parte del camino. Cuando nos acercábamos a casa empecé a pensar en las personas que nos podríamos encontrar y en qué pensarían y dirían. La chica debió de haber pensado lo mismo porque, justo antes de que el autobús se parara, dijo:

—Me supongo que lo mejor es irme a casa sola.

No dije nada porque no era momento de discutir. Cuando nos bajamos del autobús la tomé del brazo y puse rumbo a mi casa.

—James, me supongo que mejor me voy a casa.

—Te voy a llevar a mi casa.

—Ya sabes lo que la gente van a decir, James: «No hace ni un mes que no está su mujer y ahí va él correteando con esa chica. Y es el diácono de…».

—Chis —dije—. Cada cual tiene su propia vida que vivir. Si empiezas a preocuparte por lo que la gente piensan y dicen, acabarás en un rincón con un paraguas encima de la cabeza. Vamos.

—Mi padre te matará si alguna vez sentera.

—No estoy pensando en tu padre. No solo soy mayor quél, también más grande.

Cuando llegamos a mi casa, eché las cortinas y encendí las luces. La chica se sentó en la cama. Me quité la chaqueta y fui a la alacena a ver cuánto alcohol tenía, porque suponía que la chica podía necesitarlo. Había una botella casi llena de Old Mr. Boston, y me alegré. Serví una copita y se la entregué. Luego me serví yo una copa y dije: «Salud», pero ya se había bebido la suya.

—La señora Thomas decía que tengo que andar mucho.

—¿Andar? ¿Y eso?

—Dice que lo hace más fácil.

Pensé por un momento (a pesar de lo que le había dicho, en realidad no me entusiasmaba la idea de que alguien nos viera juntos), luego dije:

—¿Y qué te parece si bailamos?

—¡Seee! —dijo.

Debimos de estar bailando más de una hora: yo guiaba y ella me seguía, abrazados y cálidos, con todos los pecados del mundo entero dando vueltas y más vueltas en mi cabeza.

—Espera un momento —dijo.

Dejamos de bailar.

—¿Qué pasa?

—Nada. Espera un momento.

Se llevó una mano a la frente y se sentó en la cama. Me senté a su lado, le retiré la mano y puse la mía donde ella la tenía. La frente estaba caliente, pero no podía decir si tenía fiebre o no. Se llevó una mano al estómago y torció el gesto. No era un gesto de dolor de verdad, sino el tipo de gesto que hace una mujer siempre que ve algo que no le gusta.

—Me supongo que lo mejor será llamar al doctor Hall.

—No seas estúpido, James.

—¿Duele mucho de verdad?

—Ummm.

—Cuando hayas descansado un rato creo que tendríamos que bailar un poco más.

—No me apetece.

—Te lo hará más fácil. La señora Thomas debe de saber de questá hablando, así que tendrías que…

—Ya te dicho que no me apetece. Déjame sola, James. Por favor, déjame sola.

Se tumbó y se giró sobre el lado derecho, de frente a mí, con la mano descansando sobre el estómago. Me levanté y empecé a buscar una colcha o una manta que echarle por encima, pero cambié de idea. Estaba sudando. Quité el disco de la máquina y puse a Earl Hines tocando *Second Balcony Jump*. Lo puse bien alto.

—Venga —dije—. Vamos a saltar con el padre Hines.[8]

La tomé de la mano y empecé a tirar de ella.

—No, James.

—Venga.

—No, no.

—Vamos, cariño. La trompeta es «Little» Benny Harris. Es tu favorito, ¿o qué?

Empecé a chasquear los dedos al ritmo de la música con una mano mientras tiraba de ella con la otra. La chica soltó algo que era medio risa y medio grito y se levantó. La sostuve contra mí y empezamos a movernos en un ritmo de *two-step*. Cuando empezó el solo de trompeta me puse a soplarle al oído:

Tidit tidit tadaa,
tiiit-ti dididit.

—¿Vas mejor?

—Ummm. Un poco.

Le di un beso en la mejilla y la apreté contra mí. Un rato después noté sus uñas clavadas en mi espalda y por un breve instante oí el grito otra vez, como me pasó en Kapalachee. Me separé un poco.

Cuando se acabó el disco, no puse otro, sino que serví dos copas y le di la más grande a ella. Se la bebió como si fuera un medicamento y se volvió a tumbar en la cama. Estaba guapa, ahí tumbada. Mirándola desde arriba pensé: «Qué demonios, eso será mejor que andar o que bailar, ¿o qué?», y rápidamente me insulté de la forma más rastrera que se me ocurrió. En voz alta dije:

—Creo que ya es hora de que duermas un poco.

Debían de ser sobre las cinco de la mañana cuando me desperté. El sol estaba apenas saliendo y a través de las cortinas la suave luz hacía que la

habitación pareciera las habitaciones de los sueños. Las medias de la chica estaban sobre el brazo de un sillón con el respaldo de mimbre, al lado de la ventana. Al mirarlas me imaginé, por un momento, que estábamos otra vez en la habitación del hotel de Memphis. Cuando nos levantáramos iríamos al mismo restaurante que fuimos el día antes y nos tomaríamos un gran cuenco de habichuelas rojas con arroz. Luego tal vez iríamos al cine y veríamos una de dibujos animados y las Noticias de la Warner Brothers, con esa cámara que se gira para mirarte de lleno a los ojos: THE END. Más tarde iríamos a un club nocturno, ese en el que la mujer canta casi tan bien como Sister Rosetta Tharpe. Nos achisparíamos y lo pasaríamos de primera, con ella sosteniendo su cigarrillo como si estuviera a punto de soltarlo.

Me apoyé en un codo y la miré. Quise besarla, pero me daba miedo despertarla. Se despertó igualmente: gimiendo. Podía ver por la forma en la que caía la sábana sobre su cuerpo que tenía la mano otra vez en el estómago, solo que esta vez estaba más baja que la noche anterior. Suspiraba y el aliento le olía a recién levantada.

—¿Cómo va la cosa, Maybelle?

—No muy bien.

—¿No demasiado bien?

—No muy bien.

—¿Te traigo algo?

—Ummm, no.

—¿Un vaso de leche?

—No, no.

—¿Una naranja?

—No.

—¿Puedo hacer algo, lo que sea, por ti?

—Sí, puedes hacer algo por mí. Llévame a Chicago. Ahora mismo. A Chicago, a San Francisco, a Los Ángeles, a cualquier sitio. Pero ahora. Ya.

Se encogió como muy de pronto, con las rodillas pegadas a los pechos. El pelo hizo un ruido al moverse contra la almohada como el de un cepillo para la ropa. Lloraba. En ese momento quise poder sufrir lo que ella estaba sufriendo: poder hacer eso por ella, o si no por ella, con ella. Pero no lo dije. Un hombre no puede decirle algo así a una mujer y no sonar como un

maldito imbécil, eso me pareció. Así que me quedé allí tumbado rodeándola con un brazo y mirando el techo. Poco después se relajó y apoyó la cabeza en mi pecho.

—Cuéntame algo divertido —dijo.

—¿Como qué?

—Como lo que sea. Pero que sea divertido.

—Vale —dije—. Te hablaré de *Rápido Sam*.

No recordaba la historia al pie de la letra, pero hice lo que pude:

¿Has oído la historia de Sam?
¿Rápido Sam, de Birmingham?
Asesino fuen su tiempo.
Siemprecho un pincel llegaba,
en los hombros traje nuevo,
zapatos azul y negro:
como el buen vino brillaban.
Un par de dados sacaba:
«¿Alguien juega?, ¿quién se atreve?».

Los dados pronto tiraba
con toda la chavalada,
día y noche, nadie duerme.
Pero Sam desaparece.
Buscan y todos maldicen.
Pero Sam no aparece.
Tan rápido corre a veces,
no hay Jesse Owens que lo pesque.

Cuando llegué a «corre a veces», la chica empezó a reírse y a golpearme el pecho. Aunque en verdad descubrí que no se reía. Hacía el tipo de ruido que hacen los niños a veces y tienes que esperar un rato para saber si se ríen o si lloran. Así que no terminé *Rápido Sam.* Me quedé ahí tumbado y dejé que me golpeara el pecho un rato, y cuando se puso muy violenta, le agarré las manos.

Estuvimos allí tumbados una hora o dos. Ella daba vueltas y vueltas en la cama y me decía que no había necesidad de llamar al doctor Hall porque tampoco no había nada que pudiera hacer. Luego me levanté y preparé el desayuno. Me figuré que querría tomárselo en la cama, pero dijo que no. Se levantó, se puso algo de ropa y se sentó a la mesa. Comió con ganas, y me

alegró. Ya no tenía la mano en el estómago. De hecho, si nos hubieran visto entonces, habrían pensado que no pasaba nada de nada.

Después de desayunar se quitó la ropa y volvió a meterse en la cama. Intenté que bailara, o por lo menos que paseara por la habitación un poco, pero no quería ni oír hablar de eso. Poco después se quedó dormida.

Me puse a limpiar la casa, pero me daba miedo despertarla, así que paré. Me senté en una silla un rato, pero no podía soportar estar sin hacer nada, así que me levanté y empecé a limpiar otra vez, como muy suave de verdad. Cuando la casa estuvo limpia, lavé los platos y me senté otra vez. La chica gruñía, la miré, pero seguía durmiendo. Me levanté, saqué los zapatos y los abrillanté. Los metí debajo de la cama y me senté otra vez. Luego los saqué otra vez y los pulí hasta que casi se podía ver la cara de Dios. Me acerqué a la ventana y miré por las cortinas. No había nada que ver más que la casa del otro lado de la calle, y ya la había visto ocho millones de veces. Le hacía falta una capa de pintura; le llevaba haciendo falta para dos años ya. Me apetecía salir y pintarla. Pintaría el porche delantero primero, igual que la parte de delante del cuerpo es lo primero que lavas, luego haría los laterales y la parte de atrás. Arreglaría las escaleras traseras, donde están esos dos escalones sueltos, y luego los pintaría también. Quizás incluso quitaría las malas hierbas del jardín de atrás y plantaría algunas berzas y nabos y cosas. Estaba ocupado plantando cuando la chica se despertó.

—¿James?

—¿Eh?

—Pensaba que te habías ido. ¿Qué hora es?

—Casi las tres. ¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. No siento nada de nada. Nada. —Estuvo un rato callada y luego dijo—: He tenido el sueño más loco del mundo. ¿Me oías reírme?

—No.

—Soñaba questaba en un barco con un hombre. Un velero; pero no sabía si eras tú el hombre o era otra persona. Como sea, ahí estábamos y el hombre remaba y me contaba un chiste. Ahora no me acuerdo de cuál era, pero era tan divertido que los dos nos echábamos a reír y el barco volcaba y ahí estábamos, en el agua, dejándonos la quijada de tanto reírnos. ¿No me has oído reírme, James?

—No, no te oído, Maybelle.

—Ahí es cuando me despertado y te buscado en la cama y no estabas. No te vas a ninguna parte, ¿verdad, James?

—No me voy a ningún sitio, cariño.

—¿Si te vas me llevarás contigo?

—Claro que sí.

—¿Qué hora es, James?

—Poco más de las tres.

—¿Poco más de qué?

—De las tres. ¿No quieres una manzana o algo?

—Ojalá fueran más de las tres de mañana. O de la semana que viene.

—¿No quieres una manzana?

—No. No vas a irte, ¿verdad, James?

—Sabes que no haría eso, Maybelle.

—¿Estás seguro?

—Sabes que no haría nada como eso.

—Entonces, ¿por questás tan lejos?

Me acerqué a la cama y me senté a su lado. Luego me incliné y la tomé en mis brazos.

—James —decía—. James, James, James.

Lloraba y me clavaba las uñas en la espalda.

Al derredor de las cinco estaba sentado en un sillón leyendo las tiras cómicas. La chica no lloraba ni gruñía ni nada, y tampoco no estaba dormida. Se levantó, como muy normal de verdad, y fue al baño. Estuvo unos veinte minutos, me supongo, hasta que salió, todavía completamente desnuda, y encendió el tocadiscos. Cuando el disco empezó, se puso a bailar sola; no de forma salvaje ni nada, solo bailaba. Me pareció que era buena cosa, por lo que había dicho la señora Thomas, así que me senté allí y me quedé mirándola: movía las caderas y chasqueaba los dedos y estaba tan guapa que podría haberle rezado.

—¿Te sientes bien?

—Vaya si me siento bien —dijo—. Estoy normal.

—Ya iba tocando.

—Seee.

—Te parece quel doctor Hall podría…

—No hace falta ningún médico. Se acabó.

—Se acabó…

—Seee.

—Ay, Dios mío —dije.

—Te dicho que no digas eso —respondió, y se echó a reír.

Subió el volumen del tocadiscos, todavía riéndose, y se puso a bailar como muy salvaje de verdad, dando patadas por todas partes y diciendo al ritmo de la música: «¡Eh, venga!», «¡Seee!». Cuando se cansó, se tiró en la cama y me miró. Sonreía. Me levanté y quité el disco, luego me senté a su lado. La chica respiraba deprisa.

—Me alegro de que se haya terminado —dije, me agaché y la besé.

Veía los diminutos pliegues marrones de las pupilas. La besé otra vez, muy suave.

—James —dijo—. James, no. Ay, James, cariño, por favor… ¡no, por favor! Ay, James —decía, clavándome las uñas en la espalda.

GRANDE

Hasta los cuervos parecían notar que algo pasaba. El primero que vimos voló directo por la calle Davis abajo, tan bajo que casi podías tocarlo. Los pocos que lo vimos nos miramos, pero no dijo nadie ni bla. Al derredor de las tres de la tarde del día siguiente hubo otro, bien arriba y negro contra el cielo azul.

Era un agobio como esa sensación de pesadez que tienes en la ciudad justo antes que llegue un tornado. Nadie se meneaba mucho y los que sí que nos movíamos no nos hacíamos mucho nicaso unos a otros. Algunos sabíamos qué era lo que pasaba, eso sí, porque lo habíamos visto bajarse del tren: Grande estaba de vuelta en la ciudad.

No os voy a decir cuál era su nombre de verdad porque me da miedo que ese individuo vuelva y me corte los días sobre esta tierra verde de Dios, pero os contaré cómo terminó con ese apodo.

Pasó así. Llegó la primera vez a la ciudad en julio de 1941. Al principio no sabíamos ninguno de dónde había salido ni cuánto tiempo pensaba estar ni nada. Pronto averiguamos esto, eso sí: venía de San Luis Este, y hasta el último ser vivo de Estados Unidos sabe que la gente de San Luis Este son las peores del país.[9]

No era una persona grande, tampoco no era eso, quiero decir. Como metro setenta medía, y si pesaba más de cincuenta y cinco kilos, Abraham Lincoln era indio de pura raza. Pero ya os digo yo que al lado de ese negro escuálido una serpiente de cascabel parecía un angelito. Tenía ojos pequeños y guiñados y la complexión del papel de lija negro que ya se ha gastado. Este chico parecía tan malo que cada vez que tus ojos se

encontraban con los suyos lo que querías era ponerte de rodillas y decir: «Padre nuestro questás en el cielo, ten piedad de la humanidad, ¡de toda la humanidad!». Quiero decir que era un miembro malo de la humanidad.

No llevaba en la ciudad ni dos semanas, esa primera vez, cuando ya había causado un montón de problemas. Le dio por venir por la barbería todas las tardes al derredor de las cinco, siempre mejor vestido que el sombrero de Dick, con un traje marrón de rayas anchas con una chaqueta cruzada y los pantalones que pasaban de sesenta centímetros en las rodillas a treinta y cinco en los bajos. Presumía de un sombrero de fieltro de ala ancha, una cadena de oro y un par de zapatos de punta cuadrada, de los que se levantan en los dedos. Andábamos allí sentados largando embustes y pasando el rato y de repente ahí estaba y no lo había visto venir nadie. Era ese tipo de individuo.

Una tarde estábamos todos allí sentados por la barbería como siempre (nadie se cortaba el pelo) y yo estaba largando una de las mías.

—¿Por qué no te chitas, James Turner? —decía el viejo Maypeck—. Ya nos has contado el mismo embuste dieciocho mil veces.

—Tú sí que te sabes uno que no hemos oído, me supongo —dije.

El viejo Maypeck me ignoró de mala manera y se volvió a Mojonegro.

—Venga, Mojonegro —dijo—. Cuéntanos uno.

Estábamos todos medio locos con Mojonegro, porque contaba los embustes más gordos que hayáis oído nunca. Así que Mojonegro empezó a contar el suyo —algo de un mosquito del tamaño y el color de un ruiseñor, si no me recuerdo mal— y en mitad de la historia oímos una voz, una voz con autorización de verdad, que decía:

—Déjalo.

Nos dimos todos la vuelta y ahí estaba: Grande.

—Coooño —dijo Mojonegro.

No estábamos preocupados ninguno ni nada, menos todavía Mojonegro, porque era el más grande de los dos con diferencia. Así que Mojonegro siguió con la bola. Grande se plantó en medio de la barbería.

—¿Has oído lo que dicho, chaval? He dicho que lo dejes —dijo con una sonrisa.

—¿Tú… tú qué demonios de tipo de individuo eres, macho? —respondió Mojonegro.

—Eso a ti no te importa —dijo Grande—. Cuando digo que lo dejes es que lo dejes, y ya está.

—Coooño —dijo Mojonegro—. Mejor va ser que te vayas largando, negraco, antes que te pase algo.

—¿Has oído lo que dicho, chaval?

—Oye, negro… —empezó a decir Mojonegro, pero nunca terminó.

Grande había sacado la navaja y ¡ras, ras, ras! Mojonegro cayó y empezaron a salir negracos sin parar por la puerta de atrás. Y ahí estaba Grande de espaldas a la entrada, con la navaja lista, masticando chicle y sonriendo como un mono de hojalata. Cuando se fue y apañamos a Mojonegro lo mejor que pudimos, el viejo Maypeck dijo:

—Eses un negro chico, pero esa navaja que tiene vaya si lo hace un negro GRANDE.

Desde entonces lo llamamos Grande.

En los primeros tres o cuatro días, esa segunda vez que Grande llegó a la ciudad, no pasó gran cosa. Parecía que la guerra lo había cambiado o algo así, porque por la forma en la que se portaba, no parecía que estuviera a sus viejos haceres. Estaba hasta parlanchín. No venía por la barbería, pero le dio por ir a un pequeño café llamado El avispero, de la calle Robert E. Lee.[10] Llegaba así al derredor de las nueve con los ojos brillantes de verdad, como si hubiera estado fumando hierba y decía:

—Soy el señor Riddick de Chappaquiddick. Soy tan largo que no puedo dejarlo.

Parecía que le gustaba decir aquello, porque lo repetía una y otra vez, y cada vez que lo hacía daba un trago de aguardiente de un vaso de papel de esos en los que venden la Coca-Cola. Parecía que había aprendido un montón en la guerra. Hasta se sabía *El mono que significa*, y se quedaba allí al lado de la gramola y lo recitaba de un tirón con esa voz aguda y amariconada que tenía:

> Decía el mono al león
> en el bosque un día:
> «Un hijo de su fruta MALO
> por ahí delante venía».[11]

Lo decía todo del principio al final, recitándolo más rápido que un viajante de tabaco. Pero nadie quería tener nada que ver con él.

Por un tiempo pareció que no pasaría nada de nada. Mojonegro estaba en la ciudad y había jurado que se cobraría la remancha, pero había visto a Grande tres o cuatro veces y siempre se habían saludado como viejos amigos.

—¿Cómo vas, Grande?

—Más que bien, chaval, ¿cómo estás tú?

—Solo bien, gracias.

Y seguían andando. Todos respiramos más tranquilos.

Un buen día, estábamos un montón en la puerta de la barbería tomando el aire. Pasó una mujer guapa y nos pusimos todos a significar de ella. Cuando se fue, entramos y nos sentamos.

—Bueno —dijo Mojonegro—, me parece que me voy a cortar el pelo.

Nos echamos todos a reír, aunque habíamos oído a Mojonegro decirlo mil veces. Tenía una cabeza como una sandía, casi con el mismo pelo. Tenía tantas cicatrices en la cara que parecía un cruce de trenes. Se sentó en uno de los sillones y el barbero lo cubrió con esa tela blanca que tienen todos y le llenó la cara de espuma para afeitarlo.

Y de repente, ahí estaba Grande, sonriendo.

Se quedó aquello tan mudo que si hubiera un río de melaza habría sonado como una catarata. Dos o tres personas se acordaron como muy de pronto que tenían cosas que hacer y se fueron bien rapidito. Mojonegro estaba echado muy atrás en el sillón del barbero con la cara llena de espuma y los ojos cerrados. Grande se quedó allí en la puerta dándole vueltas a la cadena de oro y sonriendo. Luego —ya sabéis cómo lo hacen los barberos, cierran las tijeras y no cortan más que el aire limpio y fresco antes de ponerse con tu pelo— las tijeras resonaron en el sillón de al lado de Mojonegro. El barbero se puso a afeitarlo y se oía la navaja raspar casi tan alto como un tablón contra el cemento seco. Todo ese tiempo Grande estuvo allí, sonriendo y dándole vueltas a la cadena de oro. Cuando el barbero terminó con Mojonegro, el Cabezasandía se levantó y se quitó la tela blanca que tenía encima. Se puso delante del espejo y se tocó la barbilla. Entonces vio a Grande.

Sonrío. Así se quedaron los dos, sonriéndose el uno al otro por el espejo. Un poco después Mojonegro dijo:

—Vaya, qué sorpresa. Mira quién ha venido por aquí. ¿Cómo vas, Grande?

—Todavía no me comen las moscas —dijo Grande—. ¿Tú, qué?

—Eh… sobreviviré, me supongo.

—Vaya si me alegro de oírlo.

—¿Cuánto te debo, amigo? —preguntó Mojonegro al barbero.

—Son setenta y cinco centavos.

Se me olvidó deciros que Grande había cambiado su forma de vestir. Parece que cuando estuvo en el extranjero en la guerra le dio por ponerse ropa más moderna, porque le dio por ponerse unas camisas preciosas de seda roja. Resulta que me acuerdo porque ninguno de nosotros lo vimos soltar la cadena y sacar la navaja, así de rápido era; ahí estaba de pronto, malvada, hermosa y brillante contra la camisa roja.

Pensándolo después, eso sí, me figuro que tuvo que sacarla cuando Mojonegro se metió la mano en el bolsillo de atrás para buscar el dinero y pagar al barbero; o más bien hizo como que era eso lo que hacía. Pero Grande acertaba. Mojonegro había sacado la navaja.

La gente salieron pisándose por la puerta de atrás tan rápido que te habrías pensado que habían visto una parición. ¡ZUM!… y ya no quedaba nadie menos el viejo Maypeck, estos dos y yo. Estaban los dos con las navajas listas, a la distancia justa para que el otro no los alcanzara, tensos como gatos. Sonriendo.

—Haz algo, James Turner —dijo el viejo Maypeck—. No te quedes ahí temblando como un cachorro recién nacido. ¡Haz algo! ¡Algo!

—No deberíais hacer esto —dije.

—Chis. —Mojonegro me mandó callar.

Empezaron a dar vueltas el uno al otro, los dos fintando y moviendo los pies como boxeadores. «¡Aaap!», decía Grande cuando Mojonegro le fintaba. «¡Aaap!». Con esa sonrisa de dientes de latón. Cuando empezaron a pelear de verdad tuvieron una de las conversaciones más amistosas que he oído en toda mi vida entera.

—¿Cómo van las cosas en San Luis Este, Grande?

¡Ras!

—Las cosas van de rosas.

¡Ras, ras!

—Ya está bien —dijo el viejo Maypeck—. ¡Dejadlo!

—Tú a lo tuyo, viejo —dijo Grande—. ¿Cómo está tu madre, Mojonegro, está bien?

¡Ras!

—Está más sana que nunca, gracias.

¡Ras, ras, ras!

En ese momento pararon, igual que si alguien les hubiera hecho algún tipo de señal.

—Bueno, me supongo que también podríamos acabarlo ya —dijo Grande.

—Sí, me supongo que sí —dijo Mojonegro.

Se plantaron en mitad de la barbería y se rebanaron el uno al otro hasta hacerse pedacitos. Con una sonrisa.

Grande cayó primero. Dejó caer los brazos y se desplomó como un saco de sal. Mojonegro se apoyó en el mostrador de los perfumes, justo delante del segundo sillón. Al derredor de este momento la gente (que habían estado mirando todo el rato por la mosquitera de la puerta de atrás) empezaron a entrar en la barbería.

—¿Estás bien, Mojonegro?

—Que alguien llame al doctor Hall.

—No hace falta ningún médico. Ese de ahí es un negro muerto.

—No estoy pensando en Grande. Busca un médico para Mojonegro.

Entonces cayó Mojonegro. Con una sonrisa.

Cuando llegó la policía solo echaron un vistazo a los dos allí tirados en el suelo, sin ninguna expresión en la cara, y se montaron otra vez en el coche y se fueron. Después de un rato apareció una ambulancia y se los llevó.

Entonces nos fuimos todos a casa.

SUZIE Q.

Parece que me lo sabía desdel ya, como que podía ver la historia entera cuando la vi por primera vez, y no había nada que hacer. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Te has visto alguna vez metido en una buena bribonada y te has dicho: «Justo esto era lo que pensaba que iba pasar»? ¿Sabes de lo que testoy hablando? Escucha esta:

Llevaba comiendo en ese restaurante para dos años, a la misma hora todos los días de Dios. Entro, me quito la chaqueta y me lavo las manos en uno desos grifos despita que tienen pegados a la pared y me siento. Ya no tenía ni que pedir. Me veían llegar y empezaban a preparar esto y lo otro, y cuando me sentaba, ahí estaba. A un hombre le gusta eso, ¿sabes lo que te digo?

A ver, que yo soy un hombre paratrás. No soy el tipo de individuo que se pone a largar de toda la historia política de los Estados Unidos cada vez que ve un desconocido. Conocía de cara la mayoría de la gente que comían en este sitio, pero si me vienes y me preguntas: «¿Conoces a este y al otro?», te digo: «No», aunque haya estado tragando arroz a su lado desde que Pluto era un cachorro. Así questa mujer llega ese día y me dice:

—¿Conoce a James Turner?

Me di la vuelta y la miré.

—No —le digo—, no recuerdo tener el placer de haber conocido a ese caballero.

Le pasé los ojos bien rápido una vez y me pareció allí mismo que quien fuera ese Turner se había pescado algo bueno bueno.

—¿Viene aquí mucho? —me dice.

—Seee —le digo—. Todos los días, menos los domingos.

Lo vi todo enterito justo entonces, bribón, te juro que sí. Algo me decía: «Retaco… ¿tú sabes lo questás haciendo? ¡Vigila, bribón! ¡¡¡Vigila!!!». Pero como un imbécil, no le hice mucho nicaso a la voz y, en vez de darme la vuelta y ocuparme de mis cosas, seguí mirándola.

—Alto y la cara picada de pecas.

—¿Alto y la cara picada de pecas?

—Ajá.

Seee, me dije. Conozco a ese negraco. Tiene la cabeza como un nabo. Trabaja en una fábrica de ladrillos.

—Naaa —le digo—. No me recuerdo el placer de haber conocido al caballero. Pero si aparece alguien con esa prescripción, estarén cantado de…

—Es muy amable por su parte. Me llamo Suzie Q.[12] Dígale que lo estoy buscando.

—Desde luego que lo haré. Sin lugar a dudas, señorita Suzie —le digo y como que me levanto del taburete y me toco la gorra.

—Gracias —me dice, y sale por la puerta.

Y conforme salía por esa puerta, papi, el corazoncito se mechó andar con ella. Esa mujer no estaba bien hecha, papi, estaba fa-bri-ca-da. Una desas suaves y contundentes que pesan al derredor de sesenta kilos y de metro setenta de pura gloria. Una desas morenas doradas con las pestañas largas que dan palmas cuando hablan. Una desas mujeres que hacen que hasta la última criatura con más de cinco años retuerza el cuello cuando pasan a tu lado. Venga, deja que te cuente.

Esa tarde vuelvo a mi faena. Pero mucho trabajo no iba poder hacer, bribón, porque llevaba ese cuerpazo en la cabeza. Parecía como que cada vez que intentaba levantar algo es que no podía, macho, no podía, ¿sabes lo que te digo? Así que voy al jefe y le digo:

—Mira ver, jefe, questa tarde no puedo hacer mucho porque no mencuentro bien.

—Buenor —me dice, ya sabes cómo hablan los blancos—, buenor, me supongor que ter puedes tomar el resto de la tarde librer, Retaco.

Así que me la tomo. Era una desas tardes pesadas con los árboles que se menean y la lían allí arriba, en el cielo, y los negros y los blancos van a sus haceres con relajación. Como te dicho, desdel ya me parecía que sabía todo lo que iba pasar, así que cuando veo a Suzie Q. taconeando calle abajo, el menos sorprendido soy yo, ¿mentiendes? Miré para otro lado y me porté bien tranquilo, porque sé por experiencia que la forma mejor de perder a una mujer es que sepa questás interesado. A las mujeres les gustan los amigos, lamis-tad. Muchos hombres no saben eso. Así que cuando se pone a mi altura, me vuelvo como si no la reconozco.

—¡Hola! —dice—. ¿No es usted el que…?

—¿Me disculpas?

—¿No es con el que hablado en el restaurante?

—¡Ah! —digo—. Ay, seee. ¿Lo ha encontrado?

—No —me dice—. Dios sabrá dónde se ha metido ese negro.

—Ajá —digo—. Una pena. Pero si puedo ser de utilidad, estarén cantado.

—Es muy amable por su parte, pero no creo que haya nada que pueda usted hacer.

—Ajá —digo—. No quiero ser dentrometido ni nada, pero ¿qué le pasa?

—No se trata de ser dentrometido —me dice, y me sacude las pestañas preciosas esas que tiene—. Es solo que…

—¿Va corriendo algún sitio?

—Es solo que hoy es mi día libre y es la única vez que consigo verlo, ¡y este negraco paranada ni aparece!

—Ajá —digo—. ¿Va corriendo algún sitio?

Parecía un poco indecidida, así que dije bien rápido:

—No quiero dentrometerme ni nada, pero me parece a mí que usted y yo estamos en el mismo banco. Yo tengo el día libre hoy sin nada más que tiempo en las manos y se me ha ocurrido que lo mismo podríamos…

—Ay, yo no puedo hacer nada deso —me dice—. ¿¡Qué tipo de chica se piensa que soy!?

—No me parece questá viendo lo que le digo. Yo casi nunca tengo un día libre, así que sé cómo es. Estaba pensado que lo mismo usted y yo podíamos darnos un paseo por algún sitio, ir a ver una película o algo. Pero sería todo nocente, no sé si ve lo que le digo.

—Bueno… —dice—. No sé.

—Podemos andar por el río y ver los barcos que pasan o lo mismo podemos darnos un paseo a Kapalachee. Pero sería nocente, ¿ve lo que digo?

—Bueno… si es nocente…

—De mí se puede fiar, señorita Suzie —le digo, y la tomo del brazo.

Cuando la toqué tenía la piel tan dulce que me dieron ganas de dar un bocinazo allí mismo, pero como te digo, tienes que ir suave con las mujeres. Así que mencendí un flaquito y echamos andar por la manzana.

Le dije mi nombre y le dije dónde trabajo y cuánto tiempo llevo trabajando allí para que viera que soy una persona respetable y buena. Le hablé de mi habitación (la mencioné como muy sin querer) y le dije que vivo solo y me cocino yo y eso. Así es como tienes que trabajar con las mujeres. Tienes que ganarte su sodilaridad. Así que luego la dejé sentada en uno desos cafés pequeños que hay donde yo vivo y subí las escaleras y me lavé bien de verdad. ¿Y sabes, Jack, que todo el rato sabía que las cosas no iban a salir bien? ¿Te crees que te la cuelo? ¡Lo sabía, macho! Pero estaba pensando en ese cuerpo, Jack, qué cuerpo, no lestaba prestando caso a esa vocecilla que no dejaba de decirme: «Retaco… ¡Ahora vigila! ¡¡¡Vigila!!!». Me visto y salgo a la calle de vueltal café.

—Hace buen día, ¿no?

—Es uno de los días más bonitos que visto en toda mi vida entera —digo —. ¿Ha estado por estos barrios antes?

—Vengo de Biloxi, de Misisipi —me dice—. La gente con la que trabajo se vinieron aquí, así que me vine con ellos.

—Ajá —digo, paseamos como muy despacio—. ¿Le gusta esto?

—Es como quecho de menos a mi familia —dice—. James Turner es la primera persona que conozco aquí, y no lo he visto en una semana.

—Ajá —digo.

Hablaba con esa forma de hablar suave de verdad de las mujeres que se te cuela en la sangre y no te deja dormir por la noche.

—¿Qué quiere hacer? —le digo—. ¿Quiere ir a ver una película o quiere dar un paseo?

—¿Qué ponen?

—Un pimpampum —digo. Luego me controlé y dije—: Quiero decir una del Hueste.

—¿Del Hueste?

—Seee. ¿Te gustan las del Hueste? Hoy ponen sección doble.

—Me da igual —dice.

—Ok —digo—. Vamos.

Nos sentamos muy arriba en la última fila de galería, bien bien lejos del montón de negracos, que se portaban como si no les hubieran enseñado modales en casa.

Antes de seguir, mira que te pregunto una cosa: ¿te has sentado alguna vez al lado de una mujer guapa y cada vez que cruza las piernas oyes un frufrú y un frafrá debajo de su ropa? Bueno, si te ha pasado sabes de lo que testoy hablando. Porque te digo yo, galán, quentre los blancos pegándose de tiros en la pantalla y los negracos montando la de Dios en la galería y Suzie Q. haciendo frufrú y frafrá cada vez que cruzaba esa belleza de piernas, ¡me creía que no salía vivo, bribón! Digo, que un hombre aguanta lo que aguanta, ¿mentiendes? Todo tiene un límite, to-do, ¿me cavilas lo que te digo? Y para poner las cosas todavía peor, una vez la señorita Q. cruzó esas piernas y el muslo se chocó con el mío y yo no sabía si mirar o quedarme ciego. Yo ya venía exagerado cuando entré al sitio este del demonio, ¿mentiendes? Pero por la gracia de Dios todopoderoso y por mi propia fuerza me quedé tranquilo. Vaya, me digo a mí mismo, Retaco, sí que te has buscado deberes para llevarte a casa.

Pffff. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡No lo sabía, macho! Pero mira que te cuento.

Después de la peli nos vamos fuera.

—Mira ver —le digo—, no quiero ser personal ni nada, pero si quiere subir a mi casa un rato…

—¡Nnnaaa! —me dice—. Se ha equivocado conmigo, caballero. No va haber ningún día así. Si eses el tipo de mujer que quiere, mejor se va y busca en otro sitio. Hasta luego.

Y se pone andar. La seguí, pero no muy rápido. Cuando estaba su altura, digo:

—Mira ver —digo—. Mira ver, señorita Suzie, es usted la que se ha equivocado conmigo. Yo no soy como los otros negros estos de por aquí que se timarían a cualquiera, desde una cascabel a un oso… Yo soy un hombre decente, trabajador, señorita Suzie, y soy pletamente consciente de que tiene usted un aprieto de antes con este señor James Turner, así que nada más lejos que intercederme por entre ustedes ni nada, ¿mentiende lo

que digo? Así que no se me ofenda por lo que dicho porquera nocente, no sé si mentiende.

—Bueno… —dice y mueve las pestañas—, me supongo questá bien. Pero un ratito solo, un ratito.

Así que subimos a mi casa.

Te ahorro los preliminares, galán. Tú sabes cómo son los combates grandes. Primero de todo hay que firmar los contratos y medir los pesos y las alturas, y las cinturas y los pechos tienen que publicarsen los periódicos locales, en los nacionales, en los extranjeros y Dios sabrá dónde más, luego, cuando todas las peleítas de antes se han acabado, en la noche del combate de verdad, los pesos pesados se meten en el *ring*.

El plato fuerte del programa empezó a las nueve y media. Abrí con un gancho y fallé. Seguí con una derecha y una izquierda y dos derechas rápidas, y cuando bajó la guardia, finta y recto, finta y recto, finta y finta y finta y recto hasta que ¡BUAH, macho!… Cuando sonó la campana del final del primer asalto estaba ya decidido a retirarme al rincón y relajarme tres minutos, pero antes que te diera tiempo a decir Sugar Ray Robinson,[13] ¡din din!, había empezado el segundo *round*. Te digo yo, galán, questa mujer sabe pelear, vaya si sabe.

Y, macho, ese fuel principio del final. Lo primero que perdí fuel trabajo. A Suzie Q. le dio por presentarsen mi trabajo a horas raras como, por ejemplo, las tres y media o las cuatro de la tarde. Se había olvidado algo en mi casa, decía: un abanico, un par de pendientes o un kit de costura… cualquier cosa. Yo le decía:

—Aquí tienes la llave, cariño. Acércate y lo recoges.

Y ella decía:

—¿No te puedes venir conmigo? —Y empezaba batir esas pestañas preciosas.

Así que me iba casa con ella. Bueno, tú ya sabes cuánto tiempo aguanta esto el señor Charlie, macho. En una semana estaba despedido.

Lo segundo que perdí fue peso. En un mes había bajado de setenta kilos a ¡cincuenta!, macho. Me quedé tan raquítico y tan mal que parecía una escoba con patas. Antes de desayunar, después de desayunar, antes de almorzar, en el almuerzo… y lo que te digo, ¡esas comidas tampoco no eran de liarla! Cuando perdí la faena, le dio por traerme platitos y cositas de la

cocina de la señora Charlie, ¿me cavilas? Escucha, escucha. Se suponía que tenía que sobre-vivir con esos muslitos de pollo y esos pedacitos de tarta de limón y de pastelitos que me llevaba… tú ya sabes lo que comel señor Charlie. ¿A ti eso no te mata? Yo necesitaba berzas, macho, y gallinejas y jamones y arroz con habichuelas, ¿mentiendes lo que testoy contando? ¡Ostras y huevos, macho!… no esos platitos que me traía ella…

Lo mismo no te lo crees, pero mucho antes deso empecé a buscar a James Turner. Busqué a ese negro con la cara picada de pecas por toda la ciudad. Le pregunté a los camareros, a los cafeteros, a los puteros, a los barrenderos…, macho, es que busqué a ese negro en todas partes, ¿y sabes lo que descubrí? Ese hombre no solo se había ido de la ciudad, Jack, ¡se había largado del ESTADO! ¡Suzie Q. a punto estuvo dechar a este gorrión del país, macho!

Así que tuve que dejarlo. No quería, papi, créeme, pero tenía que dejarlo, tenía que hacerlo. Y luego… cavila este toque final, macho… Una vez que lo dejé, como es natural no tenía ni pan ni nada y tampoco no podía encontrarme faena, así que me dio por ir levantando cositas que no eran mías. Hasta el último animal sabe cómo termina una historia como esta: ¡Pam! A picar piedra, Jackson. Seis meses y un día.

No he vuelto a ser el mismo. La vida es perra, ¿o qué? Cuando me dejaron libre meché a las vías. Y todavía me ando en eso, papi. Subido a los trenes.[14] Era demasiado. Es quera demasiado.

EL VIEJO MAYPECK

«Lo único malo del viejo Maypeck», me dijo un día mi padre, «es que cuando se pone a hablar es que no hay forma de que pare». Otra vez me dijo, cuando le pregunté algo sobre él: «Ese negro está más loco que un perro patizambo cazando mapaches. No se te ocurra hacerle caso a todo lo que te diga, Aaron. Está loco».

Pasó mucho tiempo antes de que tuviera ocasión de comprobar si mi padre tenía razón o no, porque el viejo no tenía mucho que decirnos a nosotros, a los jóvenes. Además, no le gustaba que mi padre hubiera dejado a mi madre. Siempre que me veía por la calle después de aquello, o bien miraba para otro lado o hacía un gesto con la cabeza como muy brusco y seguía andando.

Aquella mañana, cuando salí a comprar cosas en la tienda para mi padre, no esperaba que al pasar por su casa dijera mucho más que buenos días (si llegaba a tanto). La casa está justo en el borde de la ciudad, plantada en la pista de tierra que lleva a Kapalachee. Es una casa bonita de dos plantas que uno de sus hijos construyó para él. Tiene dos hijos que trabajan en el sector inmobiliario, y me han dicho que él era el que tenía el negocio antes que ellos. Si pasas por la casa lo bastante temprano, lo verás en el patio de delante barriendo con una escoba de artemisa. Cuando he pasado, lo he visto limpiando, justo lo que pensaba que estaría haciendo, así que le he dado los buenos días.

—Te has levantado bien temprano, ¿o qué, Peque?

—Sí, señor.

—¿Has tomado café?

—No, señor.

—Entra y tómate uno.

Me sorprendió que me invitara, y lo primero en lo que pensé fue en lo que me había dicho mi padre. Se me ocurrió que podía inventarme alguna excusa, pero era demasiado tarde. Él ya estaba dentro de la casa.

No había mucho que se pudiera contar del viejo Maypeck. Algunos decían que tenía setenta y cinco años, otros defendían que estaba más cerca de los noventa, y mucha gente decían que tenía cien años. Algunos contaban que su padre era un blanco, otros que era indio, y mucha gente aseguraban que mentía con todo aquello.

Hasta que tuve unos doce años pensaba que solo tenía un traje. Creía también que el pañuelo rojo que llevaba en verano, con lluvia o en invierno, era el único que tenía. Pero mi padre me dijo que el viejo tenía un montón de ropa, toda del mismo tipo: trajes negros, zapatos negros, calcetines negros, camisas blancas de cuello duro y pañuelos rojos de lunares. Tenía un panamá del color del huevo también, pero solo se lo ponía en verano.

Pensaba también, cuando entraba en la casa, que el bastón de ratán que siempre llevaba era el único que tenía. Pero cuando entré por la puerta vi una hilera entera colgando, blancos y limpios, en una bastonera. Dentro de la casa se estaba bien y fresco y no se olía otra cosa que el café haciéndose, no como en la mayoría de las casas en las que había estado. Había una esterilla grande de paja en el suelo y no se veía ninguna silla, solo un sofá largo y bajo contra una pared encalada y una mesa de caoba delante. Encima del sofá había un retrato en la pared —quiero decir una pintura— de un blanco viejo con los ojos del azul del mar y el pelo blanco puro. Era lo único que había que fuera decoración en la habitación.

Para ser un viejo, se movía bien rápido. Cuando empezó a sacar las tazas de café y las cosas le ofrecí ayuda, pero dijo que no. Puso una lata de café y tazas y platillos en la mesa, luego entró en la cocina y sacó un plato grande de galletas calientes, mantequilla y panceta (más tarde me enteré de que tenía una mujer que le preparaba las comidas todos los días). Ninguno dijimos una palabra en un rato. Cuando empezó a hablar fue tan como de repente que di un brinco. Pero escuché bien de verdad.

—Toda esta tierra es mía. Toda. Y aquí, toda esta ciudad entera está construida en mi tierra. Es mía porque la Señora me la legó cuando se

murió. Esas tiendas de alto copete de la calle Willard que tú y yo no podemos ni pisar están construidas en mi tierra. La oficina de correos está donde solía estar la casa grande, y si miras bien de cerca todavía se ven los cimientos cuando vuelves la esquina de la calle Davis. Yo nací en esa casa, y viví en ella con el Señor y la Señora. Blanco era mi padre… es él, el de ahí, el questá en la pared. Y mi madre, una mujer negra que se llamaba Janey. Mi padre se llamaba John Maynard Peck y era primo hermano de mi amo, quera Thomas Peck. Los negros empezaron a llamarme Maypeck en los días de la reconstrucción,[15] pero yo firmo mi nombre George Maynard Peck. Hubo mucha escandalización conmigo, que no voy hablar della, pero esta es mi tierra.

»No me da ninguna pena que me hayan quitado mi tierra. Así es como los criaron. A los blancos pobres los criaron para pensar que son mucho más mejores que los negros, y a los negros les contaron en los días de la reconstrucción que son tan buenos como la escoria blanca que tienen al lado. Así que lo que tienes ahora es un montón descoria blanca pobre intentando lo imposible para ser tan buenos o mejores que un puñado de negros sustados. Ahí está el punto escrucial de todos los haceres. Pero no dejes que tengañen, hijo. Los blancos buenos ya se han ido casi todos. Te puedo contar los blancos buenos del estado con los dedos de una mano y sin sacar el pulgar. Esas tiendas grandes y los Cadillac y los bancos y las cosas que tienen en la otra parte de la ciudad no mengañan na-da de na-da. Yo he conocido a sus padres y a sus abuelos y a sus bisabuelos, y no eran más quescoria blanca pobre. La Guerra Grande fue la causa. Cuando se terminó, la mayoría de los blancos buenos liberaron a sus negros y se fueron. O no más que se quedaron aquí y se murieron de a uno a uno. Se han ido, hijo. Se han ido.

»Esos fueron tiempos terribles, en la Guerra Grande. La carretera grande pasaba justo al lado de la casa del Señor, y veías a los soldados federados pasar bien rápido con sus caballos. Luego, más tarde, los veías arrastrándose de vuelta con pinta de cansados y con sangre y hechos polvo algo terrible. Yo casi no dormía en esos días. Cuando el Señor se va luchar, me dice: “George”, me dice. “Quiero que guardes este sitio como si fuera tu propia tierra, tu propia casa”. Así que montaba guardia delante de la casa grande casi todas las noches con un fusil de chispa.

»¡Pero no siempre fue así, hijo! Ay, no, ¡no siempre fue así! ¡Antes desta estupidez que llevó a la Guerra Grande, los negros endondel señor Peck lo pasábamos en grande! Había matanzas de cerdos y desbullábamos el maíz y se hacía sirope… ¡y en todas ellas lo pasábamos en grande! El Señor nos daba un par de cubas de whisky y bailábamos el *cakewalk*, la giga y el Sammy Brown. ¡Ja! ¿Deso no sabes nada, o qué? Esos bailes que hacéis ahora los jóvenes no aguantan una torcha de pino contra una buena giga. Las mujeres se vestían con sus galas, y nosotros, los verracos jóvenes, hacíamos lo mejor que sabíamos para ganarnos unos a otros sobre los tablones. Sí, señor, esos eran buenos tiempos.

»Pero la Guerra Grande cambió todo eso. A los soldados federados les dio por pasar por la casa grande y la Señora y la Señorita y una de las mujeres negras… ya no me acuerdo de cuál era… les arreglaban las vendas lo mejor que podían y los negros de la casa les dábamos de comer. Entonces a los yanquis les dio también por pasar y la Señora nos hacía que les diéramos de comer también, pero ella lloraba todo el rato. Los yanquis no estropearon nuestra casa como hicieron con otras porque la Señora era buena con ellos. Muchas veces destrozaban un sitio de verdad y sechaban a correr con el maíz y los caballos y soltaban a los negros.

»Me acuerdo de un día en particular. Un puñado de soldados yanquis vinieron y traían a unos negros con el uniforme yanqui que hacían el trabajo pesado. Estaban acampados al lado de un arroyo… el mismo arroyo en el que se ahogó Cabezacordero hace unos años… y otro negro que se llamaba Cyrus y yo les llevábamos las provisiones en ollas grandes negras. Y si no me recuerdo mal, llevaban con nosotros tres o cuatro días por entonces. Bueno, señor, pues Cyrus y yo vamos bajando la colina para llegar a ellos ese día con esta olla colgada en una vara entre los dos. Cuando estamos como a cincuenta o sesenta metros dellos un obús se prende, pafiiiuuu, en mitad de todos ellos y los negros y los yanquis, los jefes y los equipos salen cada uno para un lado. Cyrus soltó su lado de la vara y sechó a correr como una liebre. Yo también estaba sustado, pero la historia pasó tan rápido que no sabía para donde tirar. Yo era un buen verraco para veintidós años entonces, pero ahora me parece quesa fue la primera vez que pensén toda mi vida. El Señor solía decir: “Tú haces el trabajo y yo pienso”. Jaaaja. Dejé mi lado de la vara y pensé: ¿para qué andan estos blancos matándose unos a otros? ¿Qué hace que un hombre se porte así? No encontrado la

respuesta para eso todavía, hijo. Cogí la vara y la olla y me puse andar de vuelta la casa grande, porque se me ocurrió que mi sitio estaba con la Señora. Esos yanquis y los negros de allí abajo estaban ya en la gloria.

»La maldad empezó en los días de la reconstrucción. El Klux se dedicó a matar y a dar palizas a los negros y la mayoría teníamos más miedo que siete viejas. Los yanquis empezaron actuar también, metiéndoles locuras a los negros en la cabeza. Paraban un negro y decían: "¿Cómo te llamas?". El negro daba solo su nombre, casi siempre, porque un montón no tenían apellido. Así que le preguntaban al negro el apellido de su amo y le decían quese también era su apellido. Y por encima de todo decían: "Que no te llame nadie negraco. Tú eres de color». Pero para mí hoy un negraco sigue siendo un negraco. Esos puñeteros yanquis se pueden ir al infierno.

»Un montón de negros no estaban satisfacidos con sus apellidos. Les dio por ponerse nombres largos. Conocí a un negraco entonces que como se llamaba él era Conscrucious Thaddemoseus Frobinnigus Jones. Un verraco grande y negro era, casi de alto como yo, y yo mido metro noventa. Era un "hombre de color". Si lo llamabas negraco te perseguía el culo con un hacha. Se daba como que sabía todo porque había estado en el juzgado escuchando a los abogados yanquis pelearse. Ganó las elecciones y no encontrabas un negraco más creído de aquí a la Mancomunidad de Virginia. Le preguntabas algo, por ejemplo, le preguntabas: "Señor Frobinnigus, ¿qué significa la palabra 'juicio'?". Echaba los hombros paratrás y decía: "Esa es la animosidad de los elementos presurados de propiciosidad por la tragedia irrigatoria del plexo".

»Desde luego quera una tragedia. ¡Una gran tragedia! Aquí teníamos a un montón de negracos que no te sabían decir la diferencia entre un emplazamiento y un emplastamiento elegidos por encima de los pocos blancos inteligentes que quedaban en el estado. He oído que te mandan a estudiar al norte.

—¿Cómo?

—Digo que oído que te mandan a estudiar al norte.

—Sí, señor. Carolina del Norte.

—Al Señorito lo mataron en Carolina del Norte. A mi padre lo mataron en Bull Run.[16] Come, hijo. Toma más galletas.

—Gracias, señor.

—¿Cómo va el café?

—¿Cómo?

—¿Qué pasa, hijo? ¿Testás quedando sordo? Toma más café.

—Mi padre dice que no me tome más de una taza cada día —respondí.

El viejo ni siquiera no me miró. Cuando me sirvió otra taza, siguió:

—El Señor volvió de la guerra con una pinta bien pobre. Había perdido diez kilos por lo menos y tenía la piel bien amarillenta. Había tenido la fiebre. Ni un negro de aquí no hubo que no se alegrara de verlo de vuelta salvo, porque a todos nos gustaba mucho el Señor. Un día reunió a todos los negros delante de la casa grande… había una caracola de mar quel capataz solía tocar… y nos dice: "Hoy sois tan libres como soy yo. Esta es la ley de la tierra. Sois libres de quedaros aquí y trabajar por un sueldo, o sois libres de ir adonde queráis. Vosotros elegís. Hacéis lo que pensáis mejor y que Dios os bendiga a todos". Luego se metió en la casa con lágrimas bajando por las mejillas.

»Los negros no sabían lo quel Señor decía. Algunos pensaban que se había vuelto loco del todo. Todos se pusieron a susurrarse unos a otros y luego los negros del campo volvieron andando al campo como siempre hacían y los negros de la casa empezaron a gritar y dar voces. Esa noche tuvieron una reunión solo dellos. De las ciento catorce personas quel Señor tenía, ochenta y cuatro eligieron quedarse y trabajar para él, con o sin salario. Los demás se fueron al Norte. Mi madre negra y mis dos hermanastros se fueron al Norte y ya no he visto ni oído una palabra dellos. Pero hasta hoy yo sé distinguir un negro del campo de un negro de la casa. Los negros del campo andan como si no tienen una preocupación en el mundo, y los negros de la casa están nerviosos y son como muy remilgados, casi como un blanco. Tú eres un negro de la casa. Come, hijo.

»No dejes que nadie te meta tonterías de problemas raciales en la cabeza en el Norte, si no serás igual que Conscrucious. Lo primero que tienes que saber del problema racial es que no hay problema racial. La gente no son como las vacas o los caballos que los puedes criar y poner etiquetas. Y la gente no son como las vacas o los caballos que tampoco no los puedes tener. Ningún hombre puede ser dueño de otro, hijo. Puede pensar ques dueño del otro, puede figurárselo, pero no puede ser su dueño. Pregúntale a cualquier blanco vivo lo ques la libertad y lo primero que hará será sentarse

y escribir un libro. Come hijo, que tengo cosas que hacer —dijo el viejo, que dejó de hablar igual de rápido que había empezado.

Cuando me iba, me dijo:

—El 14 de julio de 1940 tendré ciento un años, así que no me queda mucho en esta tierra de Dios. Es toda tuya, hijo. Es toda tuya.

Cuando llegué a casa, mi padre me preguntó:

—¿Dónde has estado todo este rato, Aaron?

—Endondel viejo Maypeck.

—¿No te dicho quese viejo está loco?

—Sí, señor —dije—. Vaya si sí que me lo has dicho.

DÍAS DE INTERNADO EN CAROLINA DEL NORTE

I. Mi llegada a la academia Tillson y la bienvenida de mis compañeros y de amorcito

Era la primera vez en toda mi vida que un blanco me llevaba en coche a algún sitio, y era raro. Hacía calor en el coche. Las ventanillas estaban subidas y una película de humo de tabaco cubría los cristales. Paramos en una intersección por la que cruzaba una hilera de camiones de larga distancia que parecía no tener fin. Miré el espejo retrovisor y los ojos del taxista se encontraron con los míos. Tenía la piel del color de una rosa apagada y sus ojos no mostraban expresión alguna, solo eran grises, planos y miraban fijamente. Nos quedamos así, los dos, mirándonos a los ojos con el motor parado. Luego, con una voz tan plana como su mirada, el taxista dijo:

—Puedes bajar la ventanilla si quieres. Hace más fresco así, pero entra el polvo.

Bajé la ventanilla y entró el polvo.

Había una gasolinera al otro lado de la calle y un viejo negro vestido con un peto estaba sentado en el bordillo jugando con un perro mestizo. Me había bajado del tren unos minutos antes y había recorrido un andén de gravilla que conducía a la pista de tierra en la que estábamos. Mi maleta pesaba. Cuando salí al camino, vi al taxista al lado de su coche, con un pie en el guardabarros delantero. Busqué un taxi con un conductor de color, pero no había ninguno a la vista. Me eché a andar por el camino de tierra, cargado con la maleta, y cuando estaba a la altura del taxista, me dijo:

—¿Dónde vas, chico?

—Quiero ir a la Academia Tillson.

—¿Quieres decir a la Susan Weber?

—No —respondí—. A la Academia Tillson.

—Sube.

Me subí. Observando al negro con el perro, poco después, pensé si el taxista sabría adónde iba y si no habría sido un error subirme al coche. El corazón empezó a latirme un poco más rápido.

Pasó el último de los camiones. El taxista arrancó como muy de repente y cuando pasamos por la gasolinera a punto estuvo de atropellar al perro. El viejo negro gritó: «¡Eh!», y se retiró de un salto. El corazón me latía todavía más rápido. Salimos del camino de tierra a una carretera pavimentada y luego atravesamos un arco con pilares de ladrillo a cada lado. En uno de los pilares estaban talladas en cemento las palabras: ACADEMIA SUSAN WEBER TILLSON. El corazón se me relajó. El taxista paró delante de un edificio de ladrillo, alargado y con dos plantas. En el césped que estaba delante del edificio había chicos entrenando con equipaciones de fútbol americano naranjas y negras. Cuando vieron el taxi, dejaron la pelota y se quedaron mirándome mientras me bajaba. Pagué al conductor y, cuando me di la vuelta para recoger la maleta, vi que estaban alineados a lo largo del camino de piedras que conducía de la calle a los escalones de entrada a la residencia. Empezó a latirme el corazón otra vez a toda prisa. Me hice con la maleta y empecé a recorrer el camino.

—¿Es la…? Quiero decir: ¿es esta la Academia Tillson? —dije, nervioso y sintiéndome estúpido al mismo tiempo.

—No —respondió alguien—. Esto es Princeton.

—¿De dónde vienes, negro?

—Soy de Nueva York —dije.

A alguien le dio la risa tonta.

—¿Y como de dónden Nueva York, chico?

—De la calle 127.

—Este negro es de Arkansas —dijo alguien—. A un negro de Arkansas se le distingue por cómo se le mueven las orejas cuando miente. ¿No veis que a este negraco se le mueven las orejas?

Todos asintieron.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Aaron Jessup —dije.

—¿Tu madre se apellida Jessup?

—No empecéis hacerle las docenas al chico —dijo alguien.

—A la madre de Aaron no le gustaba estudiar —dijo otro chico—, pero cuando llegó a Tillson ¡lo que más le gustaba eran los sobresalientes!

Se echaron a reír todos.

—¿Cómo te llama tu madre, chico?

—En mi casa me llaman Peque.

—Mira este negro que dice «mi casa». Si este negraco es de Nueva York, yo soy el presidente de Perú. Dinos de qué sitio vienes, negraco, venga ya.

—De Nueva York —dije.

—Vamos a verte los dientes —propuso alguien—. La única forma de saber de dóndes un negro es mirarle los dientes. Enseña los dientes, hijo.

Les enseñé los dientes.

—¡Ayyyaaa! ¡Pero mirad que dientes más blancos y bonitos! Solo los negros de Georgia tienen los dientes así, nadie más. ¿Cuántos años tienes, chico?

—Quince.

—Quince años y más sano que un mapachen primavera. Vamos a vender a este hijo de perra.

—¿Cuánto te parece que nos darían, chico?

—No lo sé.

—Este negraco vale por lo menos trescientos dólares —dijo alguien.

—¿¡Trescientos dólares!? Este negro sacaría por lo menos mil, ¡por lo menos! ¿Qué harías si te pillaran con una mujer blanca en Georgia, hijo?

—Morir —dije.

Todos se rieron con ganas de verdad, luego poco a poco fueron volviendo al césped y empezaron a pasarse la pelota.

Cuando entré en la residencia, vi que había una puerta justo a la derecha de la entrada con un cartel que decía: OFICINA. Llamé. Una mujer abrió la puerta y dijo:

—Ay, usted debe de ser el señor Jessup. Entre.

Entré.

—¿Fue el señor Jefferson a recogerlo a la estación?

—No, señora.

—¿No fue?

—No, señora.

Era una mujer de piel clara, un poco más mayor y un mucho más gorda que mi madre. Tenía los tobillos muy gruesos y cuando caminaba parecía un pato. En el centro de la habitación había muchísimos papeles encima de un gran escritorio, y mientras rebuscaba entre ellos, me dijo:

—Le avisé de que teníamos un chico que llegaba en el tren de la tarde. Se le ha debido de olvidar.

Tenía una voz bonita y agradable.

Seguía rebuscando entre los papeles, así que eché un vistazo por la oficina. Había fotografías en las paredes de chicos y chicas con togas de graduación. Debajo de las fotografías, en pulcras letras blancas: Clase de 1936, Clase de 1929, Clase de 1937, y así.

—Soy la señora Washington, por cierto, y soy la supervisora —dijo la mujer, que rápidamente añadió—: Ah, aquí está. Tengo aquí una carta de su padre.

—Sí, señora —dije—. La escribí yo.

Me miró bien rápido, por encima de las gafas, y los dos supimos que no debía haber dicho aquello. Nervioso, yo cambiaba el peso de un pie al otro y la podía ver pensando en algo con lo que reemplazar lo que había pensado decirme.

—Este es un instituto presbiteriano —dijo después de un tiempo— y las normas son bastante estrictas. La hora de estudio es de siete a diez y a nadie se le permite estar fuera de la habitación en ese periodo. Las luces se apagan a las once. —Se calló, como si estuviera pensando, y prosiguió—: Tuvimos que mandar a unos cuantos chicos a casa el año pasado por pasarse de graciosos y montarla. Seguro que usted no quiere que le pase eso, ¿verdad?

—¡Ay, no, señora!

—Muy bien. Aquí tiene la llave de su habitación.

Di las gracias, tomé la llave y salí. El número en latón que aparecía en el llavero era el 210, así que me dirigí a la segunda planta. El edificio era antiguo y las escaleras de madera estaban desgastadas en el centro. Pero

estaba limpio y no hacía tanto calor como fuera. Pasillo adelante, ya en la segunda planta, oí a dos chicos que se reían. Solté la maleta delante de la puerta de la habitación 210 y metí la llave en la cerradura. Cuando empezaba a girar la llave, la puerta se abrió como muy de pronto y un chico más o menos de mi edad sacó la cabeza:

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Vivo aquí —dije.

—Ah. —El chico abrió la puerta—. ¿Tú vas a ser mi amorcito?

—¿Tu qué?

—Mi amorcito. Aquí no decimos compañero, decimos «mi amorcito» o «mi señora». Venga, entra.

Recogí la maleta y entré. La habitación era apenas algo más grande que la que yo tenía en casa. Había una litera en un lado y, enfrente, un largo escritorio con una silla en cada extremo. Y había un pequeño sillón debajo de una lámpara en la esquina que estaba más cerca de la ventana.

—Me llamo John Davis —dijo el chico—, pero todo el mundo me llama «Geechie».[17]

Le dije mi nombre y mi apodo y me dijo:

—No te preocupes ahora por deshacer la maleta. Pon tus cosas en el rincón. Eres de Nueva York, ¿eh?

—Seee —dije—. ¿Cómo lo sabes?

—Te oído hablando con los chicos abajo.

—Ah.

—¿Conoces a Bert McCleoud?

—No.

—¿Qué cama quieres? A mí me gusta la de abajo. ¿Squirt Thompson?

—¿Qué?

—¿Conoces a Squirt Thompson?

—No.

—¿A Jimmy Clark?

Todavía tenía la llave en la mano y todas aquellas preguntas me estaban confundiendo. Dejé la llave y pregunté:

—¿Quién es Jimmy Clark?

—Son todos de Nueva York —dijo Geechie.

—¿Quiénes?

—Bert McCleoud, Squirt Thompson y Jimmy Clark.

—Ah.

—Yo soy de Rock Hill —dijo Geechie—. ¿Has oído hablar de Rock Hill?

—¿Rock Hill, en Carolina del Sur?

—¡Seee![18]

—Claro que oído hablar de Rock Hill.

—Mucha gente de Nueva York no han oído hablar de Rock Hill. ¿Quieres la cama de abajo? Lo echamos a suertes.

—No hay mucha diferencia —le dije—. Quédatela si quieres.

—Gracias.

Nos caímos bien, era una buena sensación. Dejé el equipaje en un rincón como me había dicho Geechie que hiciera mucho antes. Mientras lo hacía, me dio por pensar que quizás no sería capaz de responder a todas las preguntas que me pudieran hacer los chicos de Nueva York, así que, todavía de espaldas a Geechie, dije:

—No soy de Nueva York ni nada. Soy de Alabama.

—¿Sí, estás seguro? —dijo Geechie.

No parecía sorprendido ni nada, así que me volví y lo miré. Estaba hurgándose las uñas.

—Eso no es nada —dijo sin mirarme—. Cuando yo llegué a Tillson, era de Nueva Jersey, de Newark.

Nos echamos los dos a reír.

—¿Tienes hermanos y hermanas?

—Tengo un hermano y una hermana —dije—. Mi hermana es la que viven Nueva York.

—¿Eres el pequeño?

—Seee. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos y hermanas?

—Tengo dos hermanas.

—¿Y madre?

—Hijo de perra… —dijo Geechie, y volvimos a reírnos—. ¿En qué curso estás?

—En décimo.

—Yo también. ¿Juegas al fútbol americano?

—No.

—¿Al béisbol?

—No

—¿Al baloncesto?

—No.

—¿Qué demonios haces, pelartel rabo?

—Vaya —dije—. ¿Y tú, tú a qué juegas?

—Al fútbol americano.

—¿En el primer equipo?

—En el segundo. Acércate por aquí.

Se levantó de la cama inferior y lo seguí hasta la ventana. Puso un pie en el radiador y dijo:

—¿Ves el edificio ese de allí?

Me señalaba un edificio de ladrillos a unos cincuenta metros del nuestro. Cuando respondí que sí, me dijo:

—Eses el edificio de ladministración. ¿Ves el questá detrás?

—No.

—No digo justo detrás. Mira por allí, a la izquierda. ¿Lo ves?

Apenas veía una esquina que se levantaba detrás de unos árboles.

—Esa es la residencia de las chicas. El gimnasio está justo enfrente, al otro lado de la calle, pero desde aquí no lo puedes ver. ¿Quieres salir a echar un vistazo?

—Me gustaría lavarme primero —dije—, y luego tengo que mandar un telegrama.

—Muy bien —dijo Geechie—. Te acompaño a la ciudad. El baño del otro extremo del pasillo está más limpio quel deste lado.

—Gracias. —Luego lo pensé un momento y dije—: Quiero decir: gracias, amorcito.

Geechie sonrió.

Más tarde recorrimos a pie la pista de tierra por la que me había llevado el taxista desde la estación. Giramos a la derecha en la intersección y recorrimos la carretera que formaba la calle principal de la ciudad. Era casi tan pequeña como en la que yo vivía en Alabama, y se parecía mucho también. Había casas de madera blancas a ambos lados de la calle y conforme pasábamos restaurantes y cafés podíamos ver carteles en las ventanas que decían: SOLO PARA BLANCOS O EXCLUSIVO PARA DAMAS Y CABALLEROS. En el centro de la ciudad, en la plaza principal, había una

estatua de un soldado confederado sobre un pedestal, igual que en la ciudad en la que vivía yo. La principal diferencia entre las dos, pensé según la recorría con la mirada, era que en esta todos los coches tenían matrícula de Carolina del Norte.

Mandé el telegrama (Llegué bien Besos Aaron) y volví con Geechie al internado. Geechie no me llevó a los barrios negros de la ciudad porque decía que ya los vería bastante antes de que acabara el curso. El internado estaba en la sección blanca de la ciudad, igual que la iglesia del instituto. Fuimos al edificio de actividades prácticas, al gimnasio y al taller, en el que se enseñaba carpintería. Me gustaba aquello. Me gustaba muchísimo, más incluso de lo que había pensado que me gustaría. Y me alegraba que Geechie fuera mi amorcito y no alguno de los chicos con los que me encontré nada más llegar.

II. Mañanas de sábado, el camión de la basura y cuando la vi por primera vez

No me gusta trabajar y lo evito siempre que tengo ocasión. La mayoría de los que estábamos en el internado teníamos que trabajar para pagar parte de nuestra educación, y uno de mis trabajos era ayudar al camión de la basura los sábados por la mañana. Era un Ford viejo y desvencijado, con paredes laterales, pero no trasera, y cuando se encendía el motor, sonaba como un avión. Lo llamábamos el «Ganso negro» porque el autobús en el que el equipo de fútbol iba a los partidos era el «Ganso azul».

Aquel sábado concreto estábamos cinco en el camión. Íbamos, además de yo mismo, Geechie, Squirt Thompson, Jimmy Clark y un chico alto de Virginia, de Fredericksburg, que se llamaba Anderson Trayford. Lo llamábamos «Rayo». El camión estaba aparcado justo delante de la residencia de los chicos. Los que no andaban trabajando esa mañana estaban todos en las ventanas gritándonos, y nosotros aludíamos a sus madres en términos nada confusos. Cuando el señor Jefferson salió de la residencia, dejamos de gritar. El señor Jefferson era el que conducía el camión. Se metió en la cabina y giró el contacto. El motor ni se movió. Volvió a intentarlo. Sonaba como una sirena que se ha quedado atascada y no puede subir más de tono. El señor Jefferson sacó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Que se me venga uno de vosotros y le dé a la manivela.

—Venga, amorcito —dijo Geechie.

—Porras. ¿Y por qué no vas tú?

—Mandamos a Rayo —dijo Clark, que empujó a Rayo, que a su vez hizo como si le pegara, todo de broma.

—Meteros prisa por ahí detrás —dijo el señor Jefferson—, que no tenemos toda la mañana.

Squirt saltó del camión, el señor Jefferson le dio la manivela y Squirt arrancó el motor, que empezó a petardear. Squirt le devolvió la manivela al señor Jefferson y volvió a subirse al camión. Los chicos de las ventanas aplaudían y gritaban, y Squirt les devolvió una pedorreta. Jimmy Clark empezó a silbar una melodía de Jimmie Lunceford y los demás nos sumamos. Cuando el camión se echó a andar, íbamos todos cantando y gritando:

Tain't what you do
it's the way how you do it,
That's what ge-ets results.

Agarrados a los laterales del camión y gritando como niñas, cuando volvió la esquina seguimos con la melodía:

You can try hard,
don't mean a thing.
Take it easy, GREEE*-sy,*
then the jive can swing…[19]

Gritábamos a todo pulmón cuando el camión se detuvo delante del edificio de la administración. Geechie, Rayo y yo nos bajamos y subimos tres barriles de basura llenos de papeles, luego volvimos a arrancar. La siguiente parada era el gimnasio, luego fuimos a la parte trasera de la residencia de las chicas. Era el edificio más grande del campus, porque había casi el doble de chicas que de chicos en el internado. Tenía tres plantas y un sótano amplio donde estaba el comedor.

Montones de chicas estaban apoyadas en sus ventanas al otro lado de los cristales. Algunas sonreían y otras se limitaban a mirarnos. Estaba a punto de ayudar a cargar los barriles de basura en el camión cuando la vi. Tenía una melena larga y negra que se rizaba al derredor de sus hombros, pero con el cristal y eso no podía verle la cara debidamente. Así que me acerqué

y me quedé debajo de su ventana, que estaba en la primera planta, justo encima de la cocina. Allí plantado, con la mirada levantada hacia ella, me pareció que me estaba diciendo «sí» con los ojos. No sabía sí a qué, solo que sí. Pensé que era la chica más guapa que había visto nunca; más guapa incluso que Maybelle, la primera chica de la que me enamoré. Me quedé simplemente allí abajo, mirándola del modo en el que un hombre hambriento miraría una naranja madura que está apenas más allá de donde alcanza saltando.

—Me voy a casar contigo —dije.

Ella se echó a reír como si la hubieran sorprendido con un azotazo.

—¿Tú y quién más? —dijo.

—Yo, mi persona y yo mismo. Me voy a casar contigo.

—Estás loco, chico.

—No estoy loco. ¿Cómo te llamas?

—¿No lo sabes?

—¿Debería?

—Sí, deberías.

—Ojalá lo supiera. ¿Por qué no me lo dices?

—Me llamo Del.

—¿Solo Del?

—Del Adams.

—¿En qué curso estás?

—En el mismo que tú. Vamos juntos a Química.

—¿De verdad? Nunca… —empecé a decir, pero entonces me acordé: aquel día en clase de Química en el que se me cayó el lápiz. Rodó detrás de mi silla, y cuando me agaché a recogerlo, me di cuenta de que podía ver por debajo del vestido de una chica que estaba sentada detrás de mí, una chica guapa. Miré por el vestido, recogí el lápiz y luego la miré a la cara. Sonreía con las comisuras apuntando hacia abajo, igual que hacía en la ventana—. No te visto nunca en clase —dije.

—¿Ah, no? —dijo, todavía sonriendo de esa forma curiosa.

—Venga, Peque, échanos una mano —gritó el señor Jefferson.

—No que yo recuerde —le dije a la chica.

—Peque, ¿vas a echarnos una mano? —dijo el señor Jefferson. Se estaba cabreando.

—Voy, voy —dije, y dirigiéndome a la chica—: Te veo por aquí.

—¿En Química? —dijo, y se echó a reír.

Yo intenté reírme también, pero me temblaban las comisuras de la boca, así que dije:

—Seee, me supongo que sí.

Y me acerqué a ayudar con los cubos de la basura.

Fue casi la primera persona que vi cuando fui a comer ese día. La puerta por la que entraban los chicos al comedor estaba en el extremo delantero del edificio, al final del camino que llevaba desde el gimnasio, situado en el otro lado de la calle. Cuando se entra por esta puerta, las dos primeras mesas son las mesas de entrenamiento, que es donde se sientan los deportistas. Muchos de ellos llevaban un suéter de cuello vuelto negro con una «T» naranja en el pecho. En las otras mesas, a ambos lados del pasillo central, había negros de todos los tonos de la humanidad, desde casi blancos a casi negros. Yo era el segundo chico que entraba al comedor ese día que os estoy contando. Smitty (el que me quiso meter en las docenas el día que llegué a la residencia —pensaría en él en estos términos cerca de un año—) iba delante de mí. Era una estrella del fútbol americano, así que se sentó en la primera mesa. Cuando pasé a su lado le di una ligera colleja, y cuando me volví a mirar, me amenazaba con un dedo sin dejar de reírse. Entonces vi a Del.

Estaba sentada en el lado contrario del pasillo, unas tres mesas más atrás de la mía. Cuando la miré, me sonrió y luego se volvió. ¡Ay, Dios, era preciosa!

Me sentaba en la misma mesa que mi madre de juegos. Era una chica guapa de Carolina del Norte, de Hillsboro, y tenía tres años más que yo. Se llamaba Dolly Simpson. Cuando me senté, dije:

—¿Cómo te va, mamaíta?

—Bien, Peque —dijo—. Hoy vienes pronto.

—Por variar. ¿Conoces a Del Adams?

—¿Te gusta?

—No se trata deso. ¿La conoces?

—Es bien linda.

—¿De dónde viene?

—Es de aquí, de la ciudad.

—¿Cómo es questá interna si viven la ciudad? —pregunté.

—Vive con su tío. No está casado, así que la internó. ¿Te gusta?

—Porras.

Dolly tomó una rebanada de pan de la fuente que tenía delante y arrancó un pedazo de miga del medio. Teníamos una broma entre nosotros con eso, y cuando me miraba por el agujero en el pan, nos reíamos.

—¿Te gusta Del? —preguntó otra vez.

—Es casi tan linda como tú —dije.

Dolly se echó a reír.

—Conmigo no signifiques, negrito —dijo—, soy tu madre de juegos.

La mayoría de la gente que se sentaba en nuestra mesa estaban ya en sus sitios entonces. Dolly dijo para que todo el mundo pudiera oírla:

—Mijo de juegos está enamorado.

—¿Está enamorado mi amorcito?, ¿seguro? —dijo Geechie.

—Seguro que sí —dijo Dolly.

—Caramba —dijo Rayo—. Un buen corte y un jarro de agua fría podrían matar a este chico más muerto quel que mató a Lincoln.

Nos echamos todos a reír ruidosamente. La supervisora del comedor dio unos golpes en su mesa y nos callamos. Cuando toda la sala estuvo en silencio, la chica encargada de guiar el canto empezó y todos nos unimos y bendecimos la mesa. Mientras cantábamos, con la cabeza gacha, yo no dejaba de pensar qué sucedería si me acercara y besara a Del. «Del, Del, Del», pensaba sin parar. «Del».

Cuando acabamos la bendición y las chicas a las que les tocaba servir la mesa empezaron a traer la comida, Rayo dijo:

—¿Quién val cine esta noche?

—¿Qué ponen? —preguntó Jimmy Clark.

«Del».

—Un pimpampum —dijo Rayo.

—Yo voy —dije—. Bueno, si mi amorcito me presta un dólar.

Todos soltamos una risita. Geechie era famoso por ser el más tacaño de todo el instituto. No le dejaría a su anciana madre ni un centavo, ni hablar de prestar a cualquier otro un dólar entero.

—Os podéis ir todos al infierno —dijo Geechie.

—¿Quién sale? —dijo Squirt.

—Paulette Goddard[20] y alguien más —dijo Rayo—. Se supone ques bastante buena.

«Del».

—No hay un wéstern que se pueda decir ques bueno —dijo Dolly.

—¿Quién sale además de Paulette Goddard? —preguntó Geechie.

—No hay un wéstern que se pueda decir ques bueno —repitió Dolly—. No me importa un pimiento quién salga. —Se volvió hacia mí—. Seguro que a Peque le gustaría ser una estrella del cine, ¿a que sí, Peque?

—Porras —dije.

—Peque anda enamorado —dijo Jimmy Clark—. Ni hablar de ser estrella del cine, ¿o qué, Peque?

—Os podéis ir todos al infierno —dije.

—¿Quién sale además de Paulette Goddard? —preguntó otra vez Geechie.

—¿Habéis visto estas pelis con todos los actores negros questán sacando en Hollywood? —dijo Squirt.

—Seee —dijo Dolly—. Parece que se van a caer todos muertos al suelo solo con que los mires con un poco de atención.

—¿Quién sale además de Paulette Goddard? —preguntó Geechie por tercera vez.

—Del Adams sale —dijo Dolly, y me miró—. Sale Del Adams.

«Del».

III. Cuando se apagaban las luces

La mayoría de las veces Geechie y yo no nos íbamos a dormir en cuanto las luces se apagaban. A veces charlábamos sobre chicas o sobre cómo era vivir en Rock Hill o en una pequeña ciudad de Alabama. Y que tuviéramos que apagar las luces no significaba que no pudiéramos poner la radio bajita si queríamos. Geechie tenía una radio en condiciones, pero a veces teníamos que darle un golpe bien dado para que funcionara. Así que algunas noches nos tumbábamos en la cama y escuchábamos la radio; y cuando se apagaba sola, nos turnábamos para levantarnos y darle un manotazo.

Los sábados por la noche, Squirt, Rayo, Bert McCleoud y Jimmy Clark venían a nuestra habitación después de que se apagaran las luces y escuchábamos la radio y bebíamos Pepsi-Cola. Si teníamos suerte, ponían a Glenn Miller, a Tommy Dorsey o a Artie Shaw, y si teníamos suerte de verdad ponían a Earl Hines, a Count Basie o a Erskine Hawkins.[21] Cuando las emisiones eran de Nueva York o de Nueva Jersey no podíamos sintonizarlas con mucha claridad, así que nos apiñábamos al derredor de la radio y, cuando saltaba, la maldecíamos y le sacudíamos. A veces la radio se iba en mitad de un solo bueno de verdad y todos gruñíamos como si nos hubieran herido de muerte. Siempre que sucedía esto, Geechie juraba que la llevaría a arreglar el lunes siguiente, pero nunca lo hacía.

Algunas noches no hablábamos nada. Geechie estaba cansado y se quedaba dormido de inmediato y yo bajaba de la litera y trataba de sintonizar a Count Basie o a Jimmie Lunceford; y cuando no podía, apagaba la radio y volvía a subirme a la cama. Cuando cerraba los ojos, me veía como director de una orquesta en el Teatro Apollo de Nueva York,[22] emperifollado con un traje blanco de chaqueta cruzada que cambiaba a rojo, verde o púrpura según lo iluminaban los focos. Llevaba una batuta, igual que Jimmie Lunceford, y el presentador decía: «Y ahora, damas y caballeros, la principal atracción de nuestro espectáculo: ¡Aaron Jessup y su orquesta!», y todo el mundo aplaudía y silbaba y yo marcaba el compás y la banda empezaba a tocar nuestra canción emblema, una con ritmo de verdad, y las cortinas transparentes se abrían y el escenario entero se desplazaba adelante como pasa en los grandes teatros de Nueva York. Otras veces me veía como un solista estrella, como, por ejemplo, Lester Young o Chu Berry, y cuando llegaba el momento de mi solo, me separaba despacio de verdad de la orquesta, como hace Lester Young, me acercaba al micrófono y sostenía el saxo a un lado, muy separado, y hacía: «¡Tut! ¡But! ¡Budel udel udel dit!», y la banda respondía: «Cha dat daada», y los jóvenes de la galería gritaban: «¡Seee!».

Luego me veía detrás del escenario, después del espectáculo, firmando autógrafos, y una chica guapa de verdad venía y me decía: «¿Qué haces luego, Aaron?», y yo respondía con toda la calma: «Lo siento, nena, pero

estoy ocupado», y ella sufría el lloro y el batimiento de dientes, como dicen en la Biblia.

Susan Weber Tillson era una abolicionista que vivía en Boston. Cuando murió dejó un montón de dinero al instituto, y había un gran cuadro de ella en el auditorio del edificio de la administración. A veces, cuando cerraba los ojos después de que apagaran las luces, intentaba pensar en Del, pero en lugar de a Del, veía a Susan Weber Tillson, que me sonreía con la raya del pelo justo en la mitad y peinado a cada lado de la frente, con una sonrisa blanca y hermosa, y yo me esforzaba por ver a Del, pero no podía, así que abría los ojos y me quedaba mirando la oscuridad. Cuando los cerraba otra vez, me veía a mí mismo como el marido de Susan Weber, con el pelo ondulado y negro, patillas y vestido de gala, y cuando nos íbamos a la cama dormíamos en la misma habitación, no en dormitorios diferentes como he oído que hacen la mayoría de los blancos. Luego pensaba que lo mismo algún día podría irme a Hollywood y ser el chófer de una estrella del cine muy guapa (por favor, Dios), y ella diría: «Ay, Aaron, Aaron, Aaron, mi amor más querido», y se lo haría a ella también porque dicen que las mujeres te quieren el resto de tu vida entera una vez que se lo haces, y más tarde conduciría por la avenida con ella en el asiento de atrás y pararía el coche, saldría y le abriría la puerta, y diría: «Señora», y ni un alma sabría lo que pasaba. Entonces miraba a ver si Geechie estaba despierto, y si estaba dormido, Del entraba en mi habitación y decía: «Aaron, Aaron, Aaron, ay, Aaron, ¡te quiero!…».

Las noches de invierno, los pinos estaban tan cargados de nieve que parecían cucuruchos gigantes de helado y podías andar por el camino que sabías que era de tierra debajo, pero estaba cubierto de nieve helada. En una de aquellas noches de invierno, una vez, Geechie venía conmigo y estábamos intentando volver a la residencia antes de que se apagaran las luces y vimos a una chica blanca de dieciséis o diecisiete años que se desnudaba en una casa que había por el camino. Le dije:

—Mejor nos vamos de aquí antes de que pase algo.

—Venga, tonto, vamos acercarnos a mirar. No va pasar nada —dijo Geechie.

Así que cruzamos el pequeño jardín de césped, limpio de la nieve del día, con la hierba marrón bajo la luz de la luna, y nos asomamos por la ventana con la respiración inusualmente rápida conforme se desnudaba hasta quedarse como nació y luego empezó a hacerse algo raro y a Geechie le dio la risa tonta y corrimos como si nos persiguiera una manada de sabuesos, y cuando recuperamos la respiración lo bastante para hablar, Geechie dijo:

—¡Uaaah! —Y luego—: ¿Te gustan las mujeres blancas?

Y yo dije:

—Seee, porras, seee. Si son guapas…

—¿Te podría gustar una tanto como para morir por ella?

—No.

Llegamos a la residencia justo cuando se cerraban las puertas.

Solía pensar en eso también después de que apagaran las luces.

IV. Francis Drake, la flota de negracos y un puñado de rosas

Jimmy Clark y yo solíamos sentarnos juntos en la última fila en clase de Historia. El pupitre de Jimmy estaba pegado a la ventana y cuando nos aburríamos mirábamos a los hijos de los profesores jugar en los escalones del gimnasio, al otro lado de la calle. Luego, en la primavera de mi primer año en Tillson, nos inventamos un juego que llamamos «Blancuchos y Negracos». Funcionaba así: tomábamos una batalla —casi cualquier batalla — y la combatíamos de nuevo con una caja de cerillas. Jimmy sacaba la caja y me entregaba la mitad de las cerillas. Escondíamos las manos debajo de la silla y las partíamos por la mitad. Las que tenían la punta negra eran los Negracos y las que tenían el extremo limpio eran los Blancuchos. Alineábamos las cerillas en una página nueva de uno de nuestros cuadernos, que abríamos en la pala del pupitre de Jimmy. Entonces empezaba la batalla.

Aquel día en concreto —era un jueves de abril, si no lo recuerdo mal—, Jimmy me miró y yo le devolví la mirada. Sin pronunciar palabra, sacó una caja de cerillas, me entregó la mitad y empezamos a partirlas en dos. Cuando terminamos, Jimmy sacó una con el extremo negro y otra sin fósforo, las mezcló y se metió una en cada puño. Elegí el puño izquierdo y me tocó un Blancucho. Luego nos acomodamos y pensamos un rato.

—¿Trafalgar? —susurró Jimmy.

—Ya la peleamos la semana pasada.

Pensamos un rato más y luego Jimmy, tapándose la boca con la mano, propuso la Armada española:

—¿Qué te parece?

Asentí.

—Los españoles son los Negracos, ¿te parece?

—Bien —dije.

—De acuerdo —dijo Jimmy—. Yo soy el duque de Medina Sidonia.

—Yo seré Francis Drake.

Alineamos las cerillas en el cuaderno, los Blancuchos arriba y los Negracos abajo.

—Ojo —dijo Jimmy—. Aquí vienen los Negracos.

Empezó a avanzar su primera línea de cerillas por el papel, de a una a una. Yo me quedé quieto y lo observe sin mover ninguna de las mías. Seguía moviendo sus piezas hacia arriba, de a una a una, mirándome cada cierto tiempo. Después, como seguía sin moverme, me dio un codazo.

—¿Qué demonios pasa?

—Hora del té. Sir Francis y los chicos están dándole interés a esto.

—¿Ah, sí? —dijo Jimmy—. ¡BUM!

Los dos nos reímos en voz baja.

—Señor Clark, señor Jessup —dijo el profesor—, si no están interesados en lo que estoy diciendo, pueden salir del aula.

Los dos expresamos cuánto lo sentíamos y luego seguimos jugando a hurtadillas. Empecé a mover mis cerillas hacia las suyas y Jimmy se puso a mover las piezas de su última línea. Cuando las dos avanzadillas se enfrentaron una a otra, con las puntas negras frente a las blancas, los dos nos detuvimos. No miré a Jimmy porque sabía que si lo hacía, los dos nos echaríamos a reír (siempre que llegábamos a este punto, con las cabezas negras frente a las puntas blancas, nos resultaba difícil no reírnos). Entonces Jimmy dijo:

—¿Listo?

Y los dos mezclamos las cerillas a toda velocidad diciendo: «¡Bum, bum, bum, bum!».

El cuaderno cayó al suelo y los dos pusimos cara de inocentes.

—Señor Clark, señor Jessup —dijo el profesor—, salgan los dos del aula.

Recogimos nuestros libros y salimos.

Cuando logramos dejar de reírnos, Jimmy sugirió que fuéramos a Haití —que es como se llamaba la sección negra de la ciudad— a escuchar discos en una de las gramolas. A mí no me apetecía, así que le llevé sus libros a la habitación y luego me fui a la mía y cogí un libro de texto de latín. Estuve estudiando un rato, luego dejé el libro a un lado y saqué una carta que llevaba en el bolsillo. Estaba escrita en papel de cuaderno y doblada de tal modo que cuando la abrías de una determinada forma se convertía en un barco. La desplegué y la leí. Debía de ser la décima vez que lo hacía.

Querido Aaron:

He recibido tu carta de ayer y también la del día anterior. Te escribo en la cama. El sol brilla luminoso y me gustaría poder salir a dar un paseo por la ciudad yo sola como sí que podéis hacer los chicos.

La respuesta a la pregunta de tu última carta: no te miraba en clase de Química porque era la novia de Thomas McC. Henderson y no habría sido justo para él ni para mí. Siempre soy justa con quien estoy saliendo en el momento, como creo que puedes ver por mis acciones.

Pero siempre he pensado que eres un chico lindo. Y ahora que el señor Thomas McC. Henderson y yo ya no somos amigos íntimos, acepto encantada tu invitación al encuentro social de este viernes por la noche.

Servidora de usted,

DEL ADAMS

P. D.: No veo porque no me entregas tus cartas a mí directamente en lugar de dárselas a Dolly para que me las dé ella. Después de todo (sonrisa), no eres un tipo tímido.

D. A.

Doblé la carta, me la guardé otra vez en el bolsillo y bajé. Las clases habían terminado ya y había unas tres partidas de lanzamiento de herraduras simultáneas en la parte trasera de la residencia. Bert McCleoud y Rayo estaban jugando en el tercer campo, así que me acerqué a ellos.

—¿Quién gana? —pregunté.

—Dos a uno para mí —dijo Bert.

—El que gane contra mí —propuse.

—Y una porra —dijo Rayo—. Estamos jugando al mejor de siete, el primero que gane cuatro, al estilo de la Series Mundiales de béisbol.

Abrí el pañuelo sobre una piedra y me senté en él. Luego saqué la carta del bolsillo y la leí otra vez. Pensé si debería advertirle el error en el «porque» en lugar de «por qué», pero decidí que no. Me senté y vi a Bert y

a Rayo jugar un rato, luego me levanté y volví a subir a la habitación. Cuando entré, Geechie estaba leyendo en la cama.

—¿Dónde demonios has estado?

—En casa de tu madre —respondió Geechie—. Me han dicho que te han echado de clase.

—*Parvam puellam accusatis…* —dije—. Acábala.

—*Quod rosas portant.*

—*Portant*… menudo cabezapañal —lo corregí—. *Portat.*

—Me han dicho que te han echado de clase.

—Seee. A Jimmy Clark y a mí.

—¿En qué andabais?

—Haciendo el ganso —dije—. Tengo carta de Del.

—¿Sí, en serio?

—En serio.

—Vamos a verla.

—¡Anda ya!

—Venga, amorcito, vamos a echar un miraver.

—¡Anda ya!

—¿Qué dice?

—Dice que soy un hijo de perra bien guapo y que me quiere más que Julieta quiere a Romeo.

—Maldito bastardo, ¿qués lo que dice? Venga, en serio.

—Dice que te apestan los pies y que no quieres al Señor.

Geechie me tiró un libro, lo cogí al vuelo.

—Dice que puedo verla en el encuentro social esta semana.

—¡Bravo! ¿Crees que podrás manejarte?

—¿Manejarme con qué?

—Tú ya sabes…

—Porras —dije—. Tengo más cama de la que tendrás tú aunque vivas ciento cinco años.

—Seee, y todas se llamaban Miss Dedos.

—¡Mentira negra!

Geechie salió de la cama de un salto.

—Solo hay tres cosas que no soporto en la vida —dijo apuntándome con un dedo acusador—: los negros, las moscas y la gente que me acusa de mentir. Solo tú ya tienes dos, así que venga, hijito, ¡vamos a solucionar esto!

Nos desnudamos los dos de cintura para arriba, empujamos el escritorio y las sillas a un lado y boxeamos en mitad de la habitación. Nos dedicamos sobre todo a dar vueltas, esquivar al otro y mover los pies, porque nunca nos pegábamos muy fuerte. Cuando paramos, Geechie dijo:

—Espero que te la friegues, amorcito. Es buena.

«Del».

Viernes por la noche: incliné el espejo de la cómoda hacia la luz para que no se viera más que mi cabeza. Luego me quité el pañuelo que me había atado con fuerza para que no se me levantara el pelo. Me miré. Estaba liso y me apreté con los dedos para formar tres ondas artificiales en el flequillo. Tenía una arruga en la frente, donde me había atado el pañuelo, y me la froté con la mano.

—Ay, cabezapañal —dijo Geechie—, ¿por qué no lo dejas?

—Vete al infierno.

Esperaba que no estuviera mirando. Puse el espejo recto y me senté en el sillón. Acababan de limpiarme y plancharme el traje, y metí las costuras de los pantalones por dentro de las rodillas para no estropearlo. Me temía que lo iba a estropear de todos modos si pasaba mucho tiempo sentado, así que me levanté y me quedé en la ventana. «Del». Las luces de las casas de los profesores, al otro lado de la calle, estaban encendidas, y el paisaje parecía lo que yo pensaba que serían los paisajes de los que escribía Charles Dickens: oscuros y con casas salpicadas por las colinas.

Había ido a algún encuentro social antes para ver a una chica que se llamaba Artelia Tennessee, pero se enamoró de otro. Sabía que si llegabas al encuentro lo bastante pronto podías quedarte el sofá de la esquina de la sala de visitas. Era el único que la supervisora no podía ver demasiado bien, pero desde el que veías todos los movimientos que hacía ella. Miré el reloj. Diez minutos más. Empecé a cruzar el pasillo para ver si Rayo estaba preparado, pero cuando llegué a la puerta cambié de opinión. Volví a la ventana y subí el pie al radiador.

—Pareces un padre de parto —dijo Geechie.

—Será que parezco el marido de una mujer de parto.

—Vete al infierno.

Quité el pie del radiador y volví al espejo. Me palpé la arruga de la frente. Seguía ahí, pero ya casi no se veía. Me miré el pelo y pensé: «Maldita sea, ¿por qué no podemos tener todos el mismo pelo que tienen los blancos? Con esta cosa en la cabeza tienes que tratarlo con mucho cuidado, desenredarlo y ponerle todo tipo de porquerías y sigue teniendo una pinta espantosa». Llamaron a golpes a la puerta. Rayo.

—Espera —dije, y me puse la chaqueta.

Cuando abrí la puerta, Rayo silbó y dijo:

—Más fino quel zurullo de una rata, hijito, y eso es fino por los dos lados.

—Tú también vas finísimo, chaval —dije.

—Buena suerte, amorcito —me deseó Geechie.

—Gracias. Te veo luego.

Ya en el pasillo, Rayo dijo:

—Lo que necesitamos es un trago de vino.

No respondí. Empecé a pensar en el Harlem Café de Haití. Geechie, Smitty, Jimmy Clark y yo solíamos ir allí a escuchar la gramola. Luego alguien se enteró de que uno de los camareros, un hombre llamado Tim Armour, te vendía vino en un vaso de Coca-Cola si el dueño no andaba por allí. Una noche me bebí tres vasos y me sentí bien, bien de verdad, pero cuando volví a la residencia vomité. Ya fuera, caminando hacia la residencia de las chicas, me volvió la misma sensación de mareo y deseé que Rayo no hubiera dicho nada del vino. Pero poco después se me había pasado y me sentía bien. Entonces me paré, como muy de pronto.

—¡Ay, Señor!

—¿Qué pasa? —preguntó Rayo.

—Se me han olvidado las flores.

Corrí de vuelta a la residencia y me hice con ellas —estaban en un vaso de agua en la ventana—, y cuando volví a salir, Rayo se había alejado un poco, así que eché a correr y llegué hasta él. Otros chicos habían salido ya, y estábamos igual que cuando íbamos a la iglesia los domingos: todos acicalados.

Rayo y yo subimos los escalones hacia la entrada principal de la residencia de las chicas. Como había tenido que volver corriendo a por las flores, no fuimos los primeros. Cuando entramos me acerqué a la supervisora y le dije:

—Me gustaría ver a la señorita Adams, si es posible, señora.

Teníamos que hablar debidamente al personal del internado.

—¿A la señorita Del Adams?

—Sí, señora.

Se me había olvidado que había otras dos chicas que se apellidaban Adams. La supervisora llamó a Del (un timbrazo largo para indicar la planta y uno, dos, tres y cuatro para la habitación: 104). En algo así como medio minuto apareció Del por el pasillo. Estaba preciosa.

—Hola —dije.

—Hola.

—Te traído esto.

Le entregué las flores. Las olió y sonrió. Yo me volví y le guiñé un ojo a Rayo, que todavía estaba esperando a su chica, y tomé del brazo a Del. Cuando entramos en la sala de visitas, lo primero que hice fue dirigirme a ese sofá de la esquina, pero ya estaba ocupado. Maldije entre dientes y miré al derredor. Había un pequeño sofá de dos plazas que no estaba lejos de la esquina, así que nos acercamos y nos sentamos. Estuvimos mucho rato sin que ninguno dijera ni bla. Yo me quedé, sencillamente, allí sentado mirándola oler las rosas. ¡Señor, qué guapa era!

—¿Hoy qué has hecho? —dije pasado un rato.

—Bueno, he jugado al voleibol un poco… —Se detuvo.

Intenté imaginármela jugando al voleibol en pantalones cortos. Lo conseguí. Esperaba que siguiera hablando, pero no lo hizo, así que insistí:

—¿Y qué más has hecho?

—He planchado por la tarde. He planchado este vestido.

—¿Sí?

—Sí.

—Es bonito.

—Gracias.

—Quiero decir que tú estás bonita, tú. Estás preciosa.

Del me miró, sonrió y volvió a oler las flores. No se me ocurría qué decir, así que me dediqué a observar la habitación. Había otros chicos que se estaban dejando la garganta de tanto hablar, y yo pensaba dónde demonios encontraban tanto que decir. Seguí así un rato, con la sensación de ser un imbécil, y luego dije:

—Yo he ido a pescar.

Era mentira, pero sentía la necesidad de decir algo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Solo?

—No. Con Geechie y con Squirt. Hemos ido a un arroyo que hay más allá de la carretera 201. ¿Sabes el que te digo?

—No.

—Bueno, es un arroyo grande de verdad, casi como un río.

—¿Sí?

—Seee.

—¿Has pescado algo?

—Claro que sí. He pescado más que ninguno.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Vaya si sí. He pescado siete, y el más grande pesaba más de medio kilo. La próxima vez que vayamos, te traeré alguno.

—¿Y qué voy hacer yo con eso?

—¡Lo cocinas y te lo comes!

—¿Aquí?

—¡Claro!

—Sabes que no puedo cocinar aquí.

No lo había pensado. Intenté sonreír, pero se me movían nerviosas las comisuras. Me eché a reír en voz alta de verdad porque pensé que así no se daría cuenta de lo de la boca.

—¿De qué te ríes?

—Me acabo de acordar de una cosa muy divertida —dije—, pero no es para contársela las damas.

Parecía decepcionada. Porras, pensé. Miré a la supervisora. Estaba leyendo el periódico. Miré a Del. Olía otra vez las rosas, con los labios muy

pegados a ellas. Le pasé un brazo por el hombro.

—No —dijo, pero no se movió.

Su brazo era cálido, suave y redondo. Miré a la supervisora, pero no estaba mirando.

—Del —dije, y la atraje hacia mí—. Del.

—No —dijo—. No, Aaron. Aquí no.

—Del. Solo uno.

—Aaron no.

Le volví la cara hacia mí y la besé. Sus labios estaban calientes y muy húmedos, y pude sentir su respiración contra mi mejilla.

—Aaron —dijo—. Para.

La volví a besar, esta vez rodeándola con los dos brazos. Después nos tomamos de la mano y noté sus palmas húmedas. Estuvimos charlando el resto de la hora (la mayor parte era no hablar de nada, pero no le conté más mentiras), y luego la supervisora se levantó y nos dijo que se había acabado el tiempo.

—Gracias por las flores —dijo Del—. Son bonitas de verdad. —Tenía los ojos húmedos.

—Me alegra que te hayan gustado. Te buscaré mañana en el desayuno.

—Vale —dijo—. Yo te buscaré también.

Sentía una gran calidez por dentro.

—Muy bien —dije—. Hasta pronto.

Nos apretamos las manos y salí. Rayo me estaba esperando abajo de los escalones.

—¿Cómo te ha ido, galán? —preguntó.

—Bastante bien.

Nos unimos a la descuidada hilera de chicos que salían a la calle. Cuando las luces empezaron a encenderse en las habitaciones de las chicas, nos dimos la vuelta para mirar. Se encendían una detrás de otra, plin, plin, plin, en diferentes partes de la residencia y en las distintas plantas. Era hermoso verlo. Las chicas se quedaban enmarcadas en sus ventanas mirándonos y nosotros movíamos los brazos para saludarlas. Algunas respondían ondeando sus pañuelos.

—¡Ayyyaaa! —saltó Smitty—. Daría un millón de dólares por pasar solo una noche dentro desa residencia.

—Rácano hijo de perra… —dijo Jimmy Clark.

La risa serpenteó arriba y abajo de la hilera de chicos.

—¿Habéis visto Aaron besando a su chica? —dijo Smitty.

—¿El Peque ha besado a Del?, ¿seguro? —dijo alguien.

—¿Que si la besado? —respondió Smitty—. Este negrito habría podido matar a la pobre chica.

Alguien empezó a silbar un solo de Erskine Hawkins y la mayoría lo acompañamos. Rayo desentonó y Smitty soltó:

—Es cuadrado. Este tipo es cuadrado.

La risa volvió a serpentear por la hilera otra vez. Pronto estuvimos cerca de la residencia masculina y luego dentro. Cuando llegué a mi habitación, Geechie no estaba. Asomado a la ventana, apenas podía ver una esquina de la residencia de las chicas detrás de los oscuros árboles.

«Del. Delite. Delitequiero».

V. Al maelstrom de la vida

Como dije al principio, no me gusta trabajar. Pero tengo que aclarar eso, porque a lo que me refería era al trabajo manual. Como consecuencia de esto, a un pelo estuve de no graduarme jamás de la Academia Susan Weber Tillson. Uno de los requisitos para obtener el título (para los chicos) era que había que aprobar un curso de formación en trabajo manual. Necesité dos años para terminar un par de sujetalibros de quince centímetros que un niño de diez años de cualquier rincón del mundo habría acabado en dos horas exactas. Solo conseguí aprobar gracias a la bondad del corazón del instructor de trabajos manuales. Os digo yo que ese taller fue un infierno para el protagonista de esta historia.

Entonces había crecido ya mucho, de manera que era ya un par de centímetros más alto que mi amorcito y casi tan alto como Rayo. Nuestro equipo de fútbol americano lo hizo realmente bien ese año (algo inusual para Tillson: habitualmente perdíamos hasta el último partido que jugábamos), y el equipo de baloncesto terminó en cabeza en nuestra conferencia. Todo el mundo hablaba de la universidad. Rayo iba a ir el

otoño siguiente a la Universidad Fisk de Nashville (Tennessee), y Squirt Thompson y Bert McCleoud irían a Howard.[23]

Del y yo estábamos muy unidos por entonces. Yo sabía que tenía a la chica más guapa del internado y estaba orgullosísimo. El año anterior intentamos organizarlo para tener todas las clases juntos. Nos apuntamos al coro escolar también para estar juntos en los ensayos y en los largos viajes por carretera. Fue un año bueno de verdad de principio a fin.

Un día o así antes de la graduación empezaron a llegar los padres. La mayoría vivían en el mismo estado de Carolina del Norte, pero unos pocos venían de sitios tan lejanos como Virginia Occidental o Nueva Jersey. Mi padre no fue porque no se lo podía permitir y los padres de Geechie no estaban porque tenían que trabajar. Los padres de Rayo vinieron de Fredericksburg. Algo extraño que pasó fue que una vez que llegaron los padres, dejamos de jugar a las docenas. Incluso cuando estábamos solos.

Éramos sesenta en el grupo que se graduó, de los que veinticinco éramos chicos. En la ceremonia de graduación parecía que los discursos preliminares no se iban a acabar nunca, y cuando llegó el momento de presentar al orador principal, yo apenas conseguía ya mantener los ojos abiertos. El orador principal era un hombre muy negro que hablaba con acento inglés. Se me ha olvidado ahora cómo se llamaba. Dio las gracias a todos por ser tan amables de permitirle hablar en una ocasión tan relevante, y luego dijo (esto es lo que mejor recuerdo): «En este día memorable en el que estos hombres y mujeres jóvenes se trasladan a instituciones de educación superior, o, como puede ser el caso, al maelstrom de la vida...».

«El maelstrom de la vida». Me encantó aquello. Cuando todo terminó y nos entregaron nuestros diplomas, busqué a Del y bajamos juntos las escaleras.

—Enhorabuena —le dije.

—Lo mismo te digo.

Nos tomamos de la mano, apretándolas. Intenté besarla en la mejilla, pero Del se volvió.

—Aquí no.

Vimos a Rayo hablando con sus padres, así que nos acercamos.

—Eh, galán —dijo Rayo—. Hola, Del.

Los saludamos.

—¿Y a qué universidad irás, jovencito? —preguntó la señora Trayford (la madre de Rayo).

—No lo sé, señora —dije.

—¿Por qué no te vienes a Fisk, galán? —dijo Rayo—. Nos lo íbamos a pasar de… quiero decir que lo pasaríamos bien.

—Lo pensaré.

—Tú no vas hacer nada deso —reprendió la señora Trayford a Rayo—. Mejor será que metas un poco de conocimiento en esa cabezota que tienes.

Se echó a reír, parecía encantada de verdad consigo misma y con el mundo en general. El señor Trayford no había abierto la boca, así que me volví hacia él. Le estaba mirando los pechos a Del. Por la expresión de ella, parecía que se había dado cuenta y que se estaba poniendo nerviosa.

—Bueno —dije—, supongo que nos vamos a ir marchando.

Nos despedimos del señor y la señora Trayford y luego de Rayo. Cuando nos habíamos alejado un poco, Rayo dijo:

—¡Nos vemos, galán! ¡No te olvides describir!

—Lo haré —le dije.

Tomé a Del de la mano y recorrimos el césped hacia la residencia de las chicas.

—¿A qué hora se va tu tren?

—No es hasta las diez de la noche —dije—. ¿Te vas a casa ya?

—En un rato.

—Ahora podemos casarnos.

—No hasta que me den el título en Hampton.

—Porras —dije—. Ahora.

—Tenemos tiempo.

—De acuerdo. Entonces tendremos una boda por todo lo alto y montones de negritos.

—No los llames negritos.

—De acuerdo. Niños.

—¿Cuántos tendremos?

—Todos los que quieras. Cuatro, cinco… cien.

Del se echó a reír.

—Te quiero —dijo.

Nos apretamos las manos una vez más con fuerza y me paré en mitad del césped.

—No hagas el tonto, Aaron —dijo Del.

—No hago el tonto. Ven aquí.

La volví con suavidad hacia mí y la rodeé con mis brazos.

—Aaron, cariño, no. Hay demasiada gente por aquí.

—Que se vayan a tomar viento. Nos hemos graduado, ¿o qué? No puedes pas…

Noté su boca fundirse con la mía y por un breve segundo pareció que Del era parte de mí y yo de ella.

—No, cariño —dijo Del, le faltaba la respiración—. No, no.

Cubrió mis labios con sus dedos.

—Vamos a vernos en tu casa —propuse.

—No.

—Por favor.

—Mi tío…

—Decías que no estaría. Eso me dijiste.

La solté y volvimos a caminar. Por un momento ninguno dijo nada. Había demasiada confusión al derredor, eso recuerdo, con chicos y chicas y padres y profesores por todas partes, pero Del y yo estábamos en un pequeño mundo que era solo nuestro.

—Me dijiste que no estaría —volví a decir—. Ni siquiera no ha venido. ¿Está fuera de la ciudad?

—Sí.

Entre las cosas de Geechie y las mías dispersas por todas partes, nuestra habitación era un desastre. Cuando llegué, Geechie estaba separando sus cosas de las mías; nos habíamos puesto el uno la ropa del otro muchas veces. Todavía llevaba el birrete y la toga y tiraba cosas a un baúl abierto.

—Pareces un cura —dije.

—Porras —dijo Geechie. Luego, sosteniendo una corbata, preguntó—: ¿Es tuya o es mía?

—Tuya.

Tiró la corbata al baúl.

—¿Has terminado de recoger?

—Casi —dije—. Todavía tengo un montón de tiempo.

Me senté en su cama y lo observé hacer su maleta, pensando en todos los buenos momentos que habíamos vivido juntos. Quería decirle todo lo que había disfrutado siendo su compañero de habitación, pero era incapaz de poner palabras a lo que sentía. Y entonces, justo en ese momento, me miró y sonrió. Y supe que él sentía lo mismo. Daba un poco de vergüenza, en cierto modo: como intentar decirle a tu hermano lo mucho que lo quieres.

—Dios —dijo Geechie—, hace calor, ¿verdad?

—Seee. Vaya si sí.

Me quité la toga, la tiré encima de mi cama y me puse la chaqueta.

—¿Vas algún sitio? —preguntó Geechie.

—Sí. Voy a la ciudad.

—¿A qué?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No sé. Un par de horas, supongo.

—¿Un par de horas?

—Sí.

—Cuando vuelvas me habré ido.

Sostenía un par de pantalones que acababa de doblar para guardarlos. Nos quedamos ahí, Geechie con los pantalones contra la toga gris y yo en la misma puerta.

—Bueno —dijo él—, supongo questo es todo, amorcito.

—Supongo que sí.

Notaba una bola que me subía por la garganta. Me acerqué a él y nos dimos la mano con fuerza.

—Hasta la vista, amorcito —dijo Geechie—. Buena suerte.

Dije adiós y salí.

No había estado nunca en casa de Del. Era una casa cuidada con solo una planta. Me recordaba mucho a la casa del viejo Maypeck porque parecía el tipo de sitio en el que vive un hombre soltero. El camino que cruzaba el pequeño patio delantero estaba recién barrido.

Subí los escalones del porche y llamé. Del vino a la puerta con un vestido que no le había visto nunca. Tenía el pelo completamente liso y echado hacia atrás, algo que tampoco no la había visto hacer antes. Hacía que pareciera que tenía más bien veintiún años, no dieciocho. Abrió la mosquitera y me dejó pasar, luego cerró la puerta y la mosquitera.

—Hola —dijo.

—Hola.

La tomé en mis brazos y la besé en los labios, en los ojos y en las orejas. Notaba su corazón latir con fuerza contra mi pecho y por un breve momento parecía que mi corazón se hubiera cambiado al lado derecho del cuerpo. Cuando la solté, dijo:

—¿Te traigo algo? ¿Té? ¿Café? ¿Algo?

—¿Tienes un refresco?

—Sí.

—Pues eso.

Trajo dos Pepsi-Colas de la cocina y volvió a la sala de estar. Me entregó una y se sentó en un sillón en el extremo contrario de la habitación. Era raro. Era como estar sentado en una habitación con un gato extraño que mira todo lo que haces desde un rincón en silencio. Quise tener veintiún años, o veinticinco, o tal vez setenta y cinco. Cualquier cosa menos tener dieciocho raspados.

—¿Por qué no te vienes aquí? —dijo Del.

Me acerqué y me senté en el brazo de su sillón, pero no parecía lo más adecuado. Me incorporé, la levanté por los brazos y nos besamos.

—Abrázame, cariño —me dijo—. Abrázame fuerte.

La abracé con toda la fuerza que pude y otra vez sentí que tenía el corazón en el lado derecho del cuerpo en lugar del izquierdo. Deseé entonces que nos pudiéramos quedar allí por siempre y para siempre, simplemente como estábamos, enlazados en los brazos del otro.

—¿Y tu dormitorio? —pregunté.

—Por ahí. —Lo señaló.

La tomé en brazos y entramos. Luego la solté y la besé en los labios, en los ojos y en la frente.

Nos desnudamos y nos metimos en la cama. ¡Diosss, era preciosa!

No pasó nada.

—¿Cariño? —dijo Del.

—¿Eh?

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Cariño mío, cariño mío —dijo Del.

Notaba sus lágrimas contra mi mejilla. Pasado un tiempo me vestí, salí y me senté en los escalones, al sol.

«¡Del! ¡Ay, Del!».

PIÉNSATELO

—¡Mira, mira, mira!
—¿Dónde?
—Allí. Mira, ¡rápido!, antes que vuelva la esquina.
—Ummm, ¡puf!
—Estaba buena, ¿o qué?
—Porras, vaya si sí. Mira esta.
—No está tan buena.
—Seee, está buena también. Espera verla por detrás.
—Seee, ya veo lo que dices, bribón.
—Por aquí viene otra.
—Las mujeres vaya si están buenas, ¿o qué?
—Porras, vaya si sí.
—Pim pim pimpim pim… Vaya si saben andar, ¿o qué?
—Yo tengo una pavita en la calle Lee ques mejor quesa.
—¿Quesa? ¿Mejor quesa?
—Te digo yo que sí.
—Eso te lo habías callado.
—No tengo que contártelo todo, ¿o qué?
—¿Cómo se llama?
—No te lo voy a decir.
—¿Cómo está?
—Buena.
—Ya cavilo. Pero ¿cómo es? ¿Cómo?

—Grande. No está gorda; solo es grande y está bien sana.
—Vamos a pasarnos.

—¿Por la calle Lee?

—Seee.

—A rezar, al infierno.

—Va, porras, eres el gorrión más egoísta que me cruzado. No me dices el nombre de la pava, no me dices cómo es… ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—¡Agüita!

—Te digo yo que sí.

—Venga, macho, vamos acercarnos por allí.

—¿Vamos? ¿Los dos?

—¡Qué demonios! ¿Estás enamorado de la pava o qué?

—Naaa, no estoy enamorado della.

—Pues, venga. Vamos.

—Ummm, naaa.

—¿¡Cómo!?

—Lo mismo no le gusta.

—Eso no lo sabes si no lo intentas, ¿o qué?

—Me supongo que no. Por aquí viene otra. Mira, mira, mira.

—Ummm, ¡puf! En la calle dormía yo te-ren-ta días y te-ren-ta noches… Venga, macho, vamos acercarnos a la calle Lee.

—A rezar, al infierno. Si me acerco, voy yo solo.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Para seis años.

—¿Y no hemos salido con las mismas pavas a veces?

—Sí, pero no a la vez.

—Eso no tiene nada de malo, ¿o qué?

—Yo no estoy pensando por mí. Estoy pensando por la pava. Lo mismo no le gusta.

—Los libros no dicen que no le vaya gustar.

—Ya lo sé, pero con las mujeres nunca sabes. ¿Te acuerdas de Dora?

—Seee.

—¿Te lo he contado?

—No.

—¿Te recuerdas que yo trabajaba entonces mezclando cemento? Bueno, pues como te cuento, esta Dora era la que solía entregar los cheques de la paga todas las semanas. Una niña guapa de piel oscura era. Llevaba flequillo. Se sentaba detrás de una reja y lo único que le veías era la cabeza. Un día me la veo cruzando la calle. Iba delante de mí y la vi por detrás y me pareció quel bueno del Señor le había dado de todo para bendecir el futuro de la raza humana.

—¿Te la llevaste?

—Deja que te cuente. Esa vez ni pensaba en ponerle la zancadilla ni nada, ¿mentiendes? Yo ya tenía una pava y, además, qué demonios. No hay hombre vivo que se acerque a una de cada cien mil de las pavas que le gustaría poder acercarse. Así que me dije: "Bueno, bribón, aquí tienes una más que no te vas a llevar".

»Entonces una vez la vi en un baile. Estaba con un gorrión alto con traje de pana. Los espié de cerca de verdad y vi quel gorrión no lo tenía hecho. Eso siempre se ve cuando un hombre lo lleva hecho con una pava. Va suave y la pava se le tira encima. Cuando no lo lleva hecho es al revés. Así que cuando vi lo que había meché adelante.

—¿Te la llevaste?

—Calla y deja que acabe. Conseguí una cita con ella para la noche siguiente a las nueve y aparecí a la hora en punto. Estaba tan guapa que pensé ponerle la zancadilla, ahí mismo, pero no. Solo nos sentamos y hablamos y luego me fui a casa. Mira, como yo me lo figuraba es que si a la primera le ponía la zancadilla, se pondría toda orgullososa y diría que no. Así que fui suave. La vi otra vez como una semana más tarde, en mi casa. Le puse la zancadilla. Se portó como si fuera la pava más sorprendida del mundo, ¿me cavilas? «¡Si yo hubiera sabido que lo questabas pensado era esto ni se me ocurre venir!», me dice. Salté con la sal. Le dije que se fuera tomar viento. No quería verla más. Se puso a llorar y a seguir con lo suyo. Yo era el negro más malvado y malencarado que se había encontrado en su vida entera. No, no era eso. Todos, to-dos los hombres eran como yo. No saldría con otro mientras siguiera viva: y venga y venga y venga. Tú sabes cuál fuel resultado dese caligatías, ¿o qué? Terminó quedándose a pasar la noche. No, señor. Es lo que yo digo. Con las mujeres nunca sabes.

—¡Eso es lo que testoy diciendo! Venga, macho, vamos a ver a la pava.

—Naaa, macho. ¿Te supones que la pava salta con la sal?

—¿Y qué?

—«Y qué» tu culo negro. Si se cabrea ¡a mí me cierra la persiana también!

—No es la única pava que tienes, ¿o qué? Macho, eres el gorrión más rácano… aquí estás con todas estas pavas haciendo cola y yo no tengo más que recuerdos bonitos. ¡Vamos, macho, vamos a por ella!

—Bueno… vale, qué demonios. Vamos.

—Así se habla.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Se me ha dormido el pie destar sentado en el escalón.

—Aplástalo. Así no, idiota. A zapatazos. Seee, así. ¿Ok ya?

—Seee. No lo veo todavía.

—¿El pie?

—No. La pava.

—Va, maaacho… no tienes lat-titud correcta. Tienes que tener lat-titud correcta, macho, si no estás ensartado, ens-artado: anillos de compromiso y campanas y demás.

—¿Y tú cómo sabes tanto? Tú nunca te has casado. Puede ser divertido, ¿qué sabemos nosotros? Una buena mujer, una casa, niños…

—Yo no me casado, pero mi padre vaya si sí. Y te digo yo que fue de lo más infeliz.

—Imagínate queres una.

—¿Que me imagine que soy una qué?

—Una mujer.

—Entonces sería una mujer, ya está.

—Seee, pero ¿cómo te sentirías?

—¿Sentirme? ¡Me sentiría fenomenal!

—¿Cómo te sentirías con ocho millones de gorriones muertos de hambre que te buscan todo el rato?

—No lo sabría, ¿o qué?

—¡Ja! Que no te la pegue Julia, papi. Lo saben, ellas lo saben.

—Esos árabes lo han pensado bien. Ves una que te gusta, lagarras y la metes en un harén.

—No hablarías así si fueras mujer.

—Seee, me supongo que algo de razón tienes. ¿Y tú? ¿Cómo te sentirías tú si fueras una mujer?

—No me gustaría ni un poquito de un pedazo de zurullo, así es como me sentiría.

—Me juego algo a que serías bien rácano con la cosa también.

—¿Si fuera mujer?

—Seee.

—No, nada.

—Seee, serías rácano también. Serías igualito que alguna destas pavitas de por aquí. Que se portan como si fuera de diamantes o de oro o algo.

—Con gorriones como tú por aquí me supongo que algo de razón tienen. Ahí está la casa.

—¿Esa de ahí?

—Seee. La de las cortinas al aire.

—¿De dónde viene la luz?

—Eses su dormitorio.

—¿Vive sola?

—Seee.

—Vamos a colarnos por la ventana del dormitorio y le damos una sorpresa.

—No seas imbécil.

—Estaba de bromas.

—No, no estabas de bromas. Eres lo bastante imbécil para intentar un truco como ese. Cuidado con el escalón, está destrozado.

—Gracias.

—Venga. Llama.

—Llama tú. Es tu pava.

—Uf. O lo era.

—Por aquí viene. Está bien montada, desde luego.

—¿No te lo he dicho? ¡Chis! Aquí está.

—¿Quién es?

—Soy yo, cariño. James.

—Ah. Un momento. ¡Hola!

—Hola, cariño. He venido con un amigo. Henry Baker, Catherine Howard.

—Hola, señor Baker.

—En-cantado de conocerla, señorita Howard.

—¿Por qué no entráis?

—Gracias, cariño.

—Tendrá que disculparme las pintas. No pensaba que James fuera traer a nadie.

—Me parece questá muy guapa, señorita Howard.

—Ah… ja, ja… solo lo dice para ser simpático.

—No, no. Está usted guapa de verdad.

—Qué bien que diga eso, pero si hubiera sabido que James iba venir con alguien me habría retocado un poco.

—Henry acaba de salir del trabajo, cariño. Me lo encontrado por la calle y he pensado invitarlo a tomar una copa.

—Estás contando un cuento, James, y lo sabes. Solo está intentando evitarme la vergüenza, señorita Howard.

—Llámame Catherine.

—Solo está intentando evitarme la vergüenza, Catherine. Lo que ha pasado es que nos hemos encontrado, como dice, y como me ha contado lo buena… quiero decir lo guapa queres y demás, yo como que insistido en que me suba. Espero que no te importe.

—¡Ay, ni mucho menos! ¿Qué os gustaría beber? No tengo mucho alcohol en casa, pero tengo algo de cerveza…

—A mí me va bien la cerveza, cariño.

—Nada como una cerveza en una noche caliente, señorita Catherine.

—Muy bien. Voy a por cerveza. ¡Ahora vengo!

—Desde luego questá bien hecha.

—¡Te lo he dicho!

—Sí, sí, pero no pensaba que fuera tan tan guapa.

—¡Chis! Aquí viene.

—Como si estuvierais en vuestra casa. Os podéis quitar las chaquetas si queréis.

—Gracias.

—Muy amable, cariño.

—Vaya si tiene una buena casa, señorita Catherine.

—Catherine a secas. No es lo más moderno, pero por lo menos es cómoda.

—No hace falta, señorita Catherine, la cuelgo aquí mismo, en el respaldo de la silla.

—Muy bien. Es una chaqueta bonita.

—Gracias.

—Espero que la cerveza esté lo bastante fría. Esa nevera no funciona muy bien.

—¡Aaah! Nada como una cerveza en una noche caliente.

—Y sin cerveza.

—¿Cómo, Henry?

—Nada, nada. Solo decía que me parece que la informalidad es lo mejor, siempre.

—Ponte cómoda, cariño, estás en tu casa, no importa questé Henry. Es un amigo de siempre. ¿O qué, Henry?

—Así es, sacto, amigo.

—Claro, que si estuviéramos en el Norte no tendríamos que preocuparnos por el calor. Lo único que tendríamos que hacer es ir al cine. Fui a un cinen Pittsburgh el verano pasado y hacía tanto frío que por poco no me pillo una neumonía.

—Por aquí tenemos nuestro propio sistema de aire acondicionado, señorita Catherine.

—¿Lo dices en serio? Cómo está la cerveza, James… ¿lo dices en serio?

—Vaya si sí.

—¿Y cómo es?

—Un poquito más, cariño. ¡Uuuh! Suficiente.

—¿Y cómo es, Henry?

—*Strip* póquer.

—¿*Strip* póquer?

—Seee.

—¿Has jugado alguna vez al *strip* póquer, cariño?

—He oído hablar, pero no he jugado nunca.

—James y yo estaremos en-cantados, señorita Catherine, denseñarte.

—Seguro que sí.

—No pasa nada, cariño. Lo único que tienes que hacer es…

—Sí, claro, ¿y qué pasa cuando nos hayamos desnudado?

—Entonces dejas que la naturaleza siga su curso.

—Claro, cariño. No hay de qué preocuparse.

—James, ¿me vas a decir que me vas hacer que me desnude delante deste desconocido?

—No es un desconocido, cariño. Nos conocemos para dieciséis años ya. ¿Verdad, Henry?

—Es la pura verdad, amigo.

—Por mí como si lo conoces desde cuando Eartha Kitt era pobre.[24] Yo no lo conozco y antes muerta que deshonrarme delante de un extraño. Vamos… ¿Qué os traéis entre manos, a ver?

—No nos traemos nada entre manos, cariño.

—De verdad que no, señorita Catherine.

—No es más que un jueguecito simple.

—Un jueguecito simple ¡y un pie! ¡Quítame las manos dencima, Henry Taylor! Pero ¿quién os habéis pensado que soy, a ver, algún tipo de puta? Ya estáis saliendo los dos de aquí ¡antes que llame a la po-li-cía!

—¿Que llames a la poli-cía?…

—Ya me has oído.

—Va, venga, cariño, seguro que tú no harías algo así, ¿o qué?

—¿Que no, eh? ¡Qué pares, James!

—Un momento, un momento, un mo-mento. No hace falta que nos alteremos todos solo porque yo haya sugerido un jueguecito inocente. Lo único que tenemos que hacer es verlo con calma y pensar todo esto. ¿Verdad, James?

—Estoy contigo, amigo.

—Seee, ya me conozco yo los jueguecitos inocentes.

—Va, venga, cariño, no seas así.

—El juego no tiene nada, señorita Catherine. ¡Y si ganas no tienes que quitarte nada!

—¿Y si pierdo?

—Bueno, entonces como es natural…

—Ajá… «Entonces como es natural». Jugando contra vosotros tendría casi las mismas posibilidades de salir viva que un boniato asado un domingo. Acabaos la cerveza y vamos, saliendo de aquí.

—Venga, cariño, no seas así.

—Vamos, saliendo de aquí. Los dos.

—¿Me puedo acabar la cerveza?

—¡Traga y lárgate!

—¿Te veo mañana, cariño?

—¿Tienes un telescopio?

—Bueno, sea como sea, un placer conocerla, señorita Catherine.

—Lo siento, pero no puedo decir lo mismo de ti.

—Buenas noches, cariño. Te llamo mañana.

—Uuuf. Que sea una llamada de larga distancia. De muy muy larga distancia.

—Tú primero, James.

—Tú primero, amigo.

¡PLAM!

—¡Guau! No hacía falta que cerrara taaan fuerte.

—Macho, vaya si las liado.

—¿Qué yo la he liado?… ¿Cómo que yo la he liado? Ha sido idea tuya, ¿o qué?

—¡Au!

—¿Y ahora qué pasa?

—Por poco me rompo el tobillo en ese puñetero escalón.

—Te avisado cuando llegábamos.

—Vaya si las liado. Lo que hay que hacer es con-vencerlas.

—La hemos convencido, desde luego.

—¿Para dónde vas?

—Me supongo que me voy a casa.

—Ok. Nos vemos.

—Nos vemos, viejo.

PLATO ESPECIAL DEL DÍA

Los blancos no pueden comer mucho. Sé lo que me digo porque yo estuve de camarero solo con blancos un verano entero en Nueva York; o un verano casi entero, pero a eso ya iremos después. Era en un restaurante grande de Sheepshead Bay, en Brooklyn, y había como cien trabajadores de color contando los cocineros.

Ese fue un verano fácil de verdad. Estábamos en 1943 y la mayoría de los hombres capaces del país habían sido reclutados. Antes, en esos tiempos, un hombre solo con un poco de sentido (como yo) podía ganarse una pila de dinero sin ningún problema y con menos esfuerzo todavía. Estaba punto de que me llamaran a filas en el Ejército Estadounidense (hay mucha gente todavía que no saben ques imposible que ningún estadounidense de toda raza, religión o color de piel sea llamado a filas por el Ejército de los Estados Unidos),[25] por lo que solo estaba esperando. Andaba de lo más animado esos días, antes de quel ejército me destrozara los pies, y por la situación con la mano de obra que te contado, tenía lo que llaman carta blanca.

Trabajaba con tres mesas para dos («tres dobles») justo al lado de la entrada este del local, y era uno de los mejores puestos de la casa. Nunca tenías que trabajar duro y tus ventas eran tan rápidas que te hacías con una pila. Si no salía dese sitio con quince pavos toda noche de Dios, me daba la llorera, papi, una cosa terrible. Mientras los otros gorriones andaban llorando por no tener negocio y dejándose la garganta gritando para intentar que se sentara un grupo en sus mesas, yo siempre, ¡siempre!, tenía una

parejita suave arreglando una peleíta y otra pareja rumiando y haciéndose arrumacos. Lo tenía hecho. Y entonces, de repente, ¡PAM! El jefe de los camareros se me acerca una tarde y me dice:

—Mira ver, Jones, ya lo siento, papi, pero tengo que cambiarte de puesto. Mira, lo que pasa…

—Eh, machooo —le digo—, no me vengas con este paño a mí. Tú sabes desto.

—¡No, no, macho, cavila!

—¡Chis!… Me voy y me busco un trabajo de los de la guerra. Yo no tengo que trabajar aquí.

—No me saltes con sal, Jones, ¡cavila lo que te voy a decir! Macho, ¡no dejas ni que te hable!

—Son cuentos, chaval —le digo—. Vete a contárselos a otro gorrión.

Me cavilas: podía ir y hablarle así al jefe por esta falta de mano de obra que teníamos. Pero no podía enlazarlo. Él era un *hepster* desde bieeen pronto. Un gorrión bien fino que parecía mexicano y conducía un Cadillac. Si no se ordeñaba tres de cien a la semana era el más infeliz. Así que me dice:

—Vente.

Y yo lo sigo por atrás, por atrás de atrás, a la parte de atrás del restaurante. Mientras tanto, mestá soltando un paño tan gordo que no lo atraviesas ni con un taladro:

—Esto no tiene historia, Jones, lo único que tienes que hacer es ser suave. La rasca que te vas a sacar aquí vacer que las tres dobles esas te parezcan pienso de los pollos, macho, te digo yo que sí. Yo trabajaba en este puesto antes de hacerme jefe de camareros y lo único que tienes que hacer es questos blancuchos no te arrollen.

—Ajá… —digo.

—Solo tienes que ser suave, macho, eso es todo. No le permitas ni una mierda nadie porque tú no estás aquí para eso, ¿me cavilas? Solo tienes que dejarles la comida bien bonita y fácil y si alguien te da un mal rato, te vienes y me buscas, ¿mentiendes? Luego todo será bien cómodo.

—Una locura —le digo.

—¿Hecho?

—Hecho.

Yo no tenía por qué hacerlo, no tenía por qué, ¿sabes?, pero mientras llegábamos me había soltado una historia de llorar de cinco camareros que habían llamado a filas la semana de antes y dos hombres que lo habían dejado esa semana, así que pensé que pondría mi grano de arroz por el país antes incluso de ponermel uniforme, ¿me cavilas? Guau, macho, qué imbécil fui. Mira lo que pasó:

Me pongo allí una hora: no se mueve nada. Dos horas. Nada. ¡Tres horas! Para entonces ya estoy pensando en este gorrión del jefe de camareros, ¿me cavilas? ¿Qués lo que se saca este verraco? Con guerra ¡o sin guerra!, ¿me cavilas? ¿Qué hacel verraco este poniéndose tan chulo? Bueno, estoy que salto con la sal de verdad ya. Cuento el dinero que llevo en el bolsillo y veo que tengo siete pavos. Así que bajo las escaleras y voy al vestuario, me meto en una partida de dados para intentar levantarlo un poquito y tres rondas más tarde ahí estoy yo, con un dólar setenta y cinco. Así que vuelvo a mi puesto.

¿Qué demonios es esto, macho, mentiendes? Y mientras tanto… ¡mientras tanto todas las demás posiciones están quechan chispas, papi! Los negracos sestán levantando rasca de todas las formas y ahí estoy yo sin nada, menos los manteles y los menús. Al derredor dese momento empecé a pensar en todos esos trabajos de la guerra, ¡en la industria, macho! Acero, ruedas, aviones, todas compañías grandes de verdad que pagan toda esa rasca y yo ahí, atrapado en los suburbios de Brooklyn con un dólar setenta y cinco. Coooncha s, macho, ¿me cavilas? Estaba punto de hacer el petate y largarme a casa cuando me oigo lo que parecía un EJÉRCITO llegando por el pasillo. Me puse bien contento. Empecé a estirar los manteles, a pulir los cuchillos y los tenedores que tenían pequeñas marcas de agua y cosas así. Entonces me di la vuelta y conté cabezas: uno, dos, cuatro, ocho, diez, catorce. Dios bendito. ¡Yo lo único que quería eran cuatro! Un grupito pequeño que no me lo hiciera pasar mal y me dejara por lo menos un billete de cinco, ¿mentiendes? Tres así y lo tendría hecho. Pero no. ¡CATORCE!

Y tendrías que haberlos visto. ¿De pueblerinos cuadrados me vas hablar tú? Macho, tú no has visto cuadrados hasta que no ves los típicos de Brooklyn: ruidosos, polos con el cuello abierto, pantalones de gabardina en azul claro, pechos peludos… la leche. Pero bueno, me quedé suave. Les enseñé los marfiles blancos, junté las mesas bien rápido para que tuvieran una mesa grande, les retiré las sillas a las pavas y pasé los menús. Entonces

meché atrás y los miré. ¡Guau! ¡Menuda tropa! John Huston se hubiera puesto a tirar cohetes de contento con un reparto como ese.

Bueno, lo que haces en una situación como esa es que miras a ver quién es el Verraco Jefe. Así que repasé la tropa y decidí quese gorrión que presidía la mesa era El Hombre. Un gorrión alto y grandullón era, se parecía Bela Lugosi.[26] Me acerco a él con la libreta en la mano y digo con mi mejor acento de Virginia:

—¿Qué le sirvo, señor?

—Eh…

Yo no dejaba de agacharme por encima dél con la libreta en la mano, pero cuando no dice nada, me cavilo que tengo questar incordiándolo o lo que sea, así que dejo caer las manos y me quedó atrás.

—¿Tú qués lo que quieres, nena? —le dice a la pava de su izquierda, que tenía un pañuelo en la nariz y estaba muy ocupada con él.

—Tovianosequeero —dice la nena.

—¿Lo qué? —dicel Verraco Jefe.

—Digo quer todavía no ser quér lo que quiero. ¿Qué te pasa, noscuchas?

Después que la pava se pusiera tan brava el Verraco Jefe se declaró culpable:

—¿Por qué no pides un bistec, nena?

Pero la pava lo ignora pletamente. El gorrión se vuelve a su carta como si le hubieran arreado en la cabeza con algo. Entonces, de repente, se abrel infierno:

—Bistec, poco hecho.

—Bistec, muy hecho.

—Langosta la brasa.

—Almejas al vapor.

—Plato especial del día.

—Chirlas mercenarias.

—Crema de almejas.

—Que sean dos bistecs poco hechos.

—Potaje de almejas.

—Langosta gratinada.

—Que sean dos almejas al vapor.

—Que sean cuatro bistecs poco hechos.

—Un momento —digo—. Un momento, un momento, UN MOMENTO… damas y caballeros. ¿Qué quiere tomar con ese bistec poco hecho, señor?

—¿Yo? Yo no he pedido bistec poco hecho. He pedido un bistec muy hecho.

—Muy bien, caballero. ¿Qué quiere tomar de acompañamiento?

—¿Qué tienes?

—Bueno, tenemos judías verdes, guisantes, coliflor, maíz en mazorca, puré de patatas, patatas fritas, zanahorias…

—¿Algo más?

—Eh… lechuga…

—Tomaré lechuga. Y puré de patatas. Mucho.

—Muy bien, señor. ¿Y qué querrá usted con el bistec poco hecho, señora?

—¿Qué tienes?

—Bueno, tenemos judías verdes, guisantes, coliflor, maíz en mazorca, puré de patatas, patatas fritas, zanahorias, lechuga…

—¿Tienes boniatos?

—No, señora.

—Muy bien, ponme puré. Y zanahorias.

—Sí, señora. ¿Y qué le gustaría tomar después desas chirlas mercenarias, señora?

—Tomaré fletán al horno.

—Muy bien. ¿Y qué querrá de acompañamiento?

—Judías verdes y patatas fritas.

—Muy bien, señora. ¿Qué pidió usted, caballero?

—Eh…

—Vamos, Loco —dicel Verraco Jefe—, tómate un bistec.

—¡Eeemmm! —dice Loco.

—Vamos, Loco, sé bueno.

—¡Eeemmm!

—Sí, Loco —dice la del pañuelo—. ¡Te da sangre!

—Dacuerdo, camarero —dice Loco—. Tráeme bistec también.

—¡Bien hecho, Loco!

—¿Y qué tomará de acompañamiento, caballero?

—¿Qué tienes?

—Bueno, tenemos judías verdes, guisantes, coliflor, maíz en mazorca, puré de patatas, patatas fritas, zanahorias… lechuga…

—¿Boniator nor tienen, eh?

—No, caballero.

—Dacuerdo, ponme puré.

—¡Bien hecho, Loco!

—¿Algo más, señor?

—Sí, sí, guisanter.

—Muy bien, caballero. ¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, caballero.

—¿Yo qué?

—Ha pedido almejas al vapor, ¿o qué?

—Claro que he pedido almejas al vapor.

—¿Querrá algo más después?

—¡Ah! Ay, sí, eh… dime qué tienes bueno bueno.

—Los bistecs con excelentes, caballero.

—¿Seguro? ¿No me engañarás, verdad?

—No, desde luego que no.

—Ok, ponme un bistec también.

—Muy bien, señor. ¿Y qué querrá de acompañamiento?

—¿Qué tienes?

¡Va, macho, va! Tuve que hacer todo lo de las judías verdes otra vez, ¿me cavilas? Y siguió y siguió así media hora, macho, ¡te lo juro! Yo admiro a los otros camareros que son capaces de aguantarlo, pero yo no podía. Así que bajé las escaleras a los vestuarios, me puse la ropa de calle, salí y me subí al Brisamarina Deluxe de vuelta Nueva York. A tomar viento, macho, ¿me cavilas? Me fui por Harlem y me coloqué, y el resto del verano me quedén la cama y haciéndomel loco. Luego me llamaron a filas.

Pero sigo diciendo que los blancos no pueden comer mucho. Los estuve viendo casi todo un verano, así que sé de lo que hablo.

CAMARADA

Incluso ahora, cuando pienso en un alemán, pienso en un «camarada». Es así porque cuando mi unidad llegó a Wurzburgo en la primavera de 1945, casi todos los alemanes que veíamos gritaban *«Kamerad!»*, y durante mucho tiempo pensamos questaban diciendo «Camarada», hasta quel jefe de nuestro pelotón —un teniente de pelo blanco de Dakota del Norte, de Sioux Falls, que se llamaba teniente Dodkins— nos dijo que no era eso.[27] Pero incluso después de aquello, un alemán para nosotros era un camarada.

Yo estaba en una unidad de intendencia entonces y estábamos acampados un poco lejos de la ciudad, en un cuartel que llamaban Flak Kaserne. Estaban buscando minas antes de instalarnos, pues el Flak Kaserne lo había ocupado antes un batallón antiaéreo alemán. Consistía en tres barracones. Eran edificios largos y bajos con pintura marrón, verde y negra en los laterales. A veces cuando miraba el que daba nuestras tiendas, me parecía ver a un hombre que corría pegado a la pared, pero luego volvía mirar y veía quera el patrón disparatado que hacía la pintura.

Los combates se habían trasladado por delante de nosotros y los rumores decían que sentendía que nos estableceríamos en Wurzburgo como parte de un almacén de suministros. Salvo por las minas, no había de qué preocuparse. De día y de noche se oían los aviones sobrevolándonos, así que la mayoría de las veces tenían que gritarte para que oyeras algo, pero eso era todo.

Pasó una semana antes de que nos instaláramos en el Kaserne, pero lo que os voy a contar pasó la noche después de que llegáramos a Wurzburgo. Me tocaba guardia esa noche. Mi posición era delante de un pequeño edificio cuadrado que tenía una central eléctrica dentro. Por lo menos yo pensaba quera una central. Había un murmullo dentro como si estuviera en

funcionamiento un generador eléctrico. Cuando el OG se fue, intenté abrir la puerta y mirar dentro, pero estaba cerrado. El OG es el oficial de guardia.

Los combates se habían trasladado, comos decía, así que todos nos relajamos un poco. Cuando el OG se perdió de vista, me senté, apoyel M1 en la pared y mencendí un cigarrillo, ahuecando la mano sobre la llama. Pensé quitarmel casco (era pesado y nunca me acostumbré a que la cabeza se te bamboleara cuando lo habías llevado ya un rato), pero luego pensé que mejor que no. En lugar deso, eché la cabeza un poco atrás y moví el casco paratrás: hizo un ruido de rascar la pared de ladrillos. Estaba cansado. Habíamos estado cargando munición en camiones la mayor parte del día y me dolía la espalda. Había salido la luna esa noche y en la distancia estaban bombardeando alguna ciudad lejana. Apenas se oía. Sonaba parecido a si alguien estuviera bajando un baúl a trompicones por las escaleras del edificio de al lado. Desdel ángulo que yo tenía parecía que alguien estuviera dándole fuego con cerillas a la luna. Luego paró y no quedó más quel fuego continuo y el sonido de los aviones como violines bajos questuvieran afinando.

Mestaba entrando sueño. Me acordé de la legislación militar sobre las guardias que nos enseñaron en el campamento de instrucción básica, así que me levanté y empecé a pasear de un lado para otro al modo militar. Luego se me ocurrió que podía oír al OG viniendo mucho antes que me pudiera ver, así que dije a tomar viento y me senté otra vez.

Primero pensé que me había despertado él. Casi me salgo del pellejo del susto. Atrapel fusil bien rápido, en un reflejo, y miré al derredor. No había nadie a la vista. Pero estaba ya totalmente despierto. Presté atención y cuando no escuché pasos, me volví apoyar en la pared, como muy despacio. Luego volví a oír el ruido. Tenía el M1 agarrado fuerte de verdad y noté que mempezaban a sudar las manos. Pensén dar el alto, pero me figuré que si era un camarada bien podría ser mi último alto, así que dejé la boquita cerrada.

Había un puñado de arbustos a veinte o treinta metros de donde yo estaba sentado, y era de ahí de donde venía el ruido. Habíamos revisado la zona el

OG y yo bien de verdad, así que no podía figurarme cómo quien fuera (o lo que fuera) podía estar ahí. Tanto no había dormido, tanto no, vaya si no, pensé. Y ahí estaba otra vez. Bueno, camarada, pensé, o tú o yo no vamos a ver más a nuestras *Chatze,* y por pelotas que me voy asegurar queres tú.

Me tumbé bocabajo, con el hombro izquierdo bien adelantado para tener un buen apoyo firme y con la mano del gatillo cerca de la nariz, y apunté al arbusto. Mestaban dando ganas de disparar. Quería disparar al arbusto, entonces lo mismo se dejaba ver y acababa con él. Todavía estaba dándole vueltas a esto cuando vi lo quera: un perro.

Un perro grande. Pastor alemán. Se acercaba despacio de verdad. Estaba punto de disparar cuando vi que arrastraba las patas de atrás. Me levanté. Entonces me vio y gruñó, un gruñido grave y malvado de verdad.

—¡Ven acá, chico! —dije.

Empezó a gruñir otra vez, con la garganta, un sonido grave de verdad. Chasqueé los dedos.

—¡Ven acá, chico!

Sechó y se quedó quieto mirándome, enseñando los dientes. Yo llevaba dos latas de raciones en la mochila, así que dejel fusil contra la pared, saqué una y empecé abrirla. El perro estaba mirándome todo el rato, con los ojos brillantes y amarillos como los de un gato. Cuando quité la tapa, saqué lo de dentro (hacía frío, así que salió duro) y se lo tiré. Saltó paratrás y gruñó mirándome con los colmillos fuera.

—Pedazo cabrón —dijen voz alta— sintentas morderme te vuelo la cabeza.

Estiré la mano y me hice con el fusil. Me quedé mirándolo desde arriba. Después de un rato empezó a olfatear. Se paraba y gruñía cada vez que yo me movía. Yo seguía quieto, con el rifle apuntando a su cabeza. El perro debió de olisquear la comida unos buenos quince minutos antes de tocarla. Luego se la zampó como en tres bocados y me miró.

—¡Ven acá, chico! ¡Vente!…

Le silbé. Me agaché, abrí la otra lata y se la tiré. Volvió a dar un salto paratrás, pero esta vez se lo comió después de olfatearlo solo un poco.

—¡Venga, chico!

Empezó acercarse a mí despacio de verdad, arrastrando las patas de atrás. Hacía como que se quería levantar, pero no podía, así que volvía echarse. El fuego de la ciudad que había sido bombardeada en la distancia a poco a

poco se apagaba y los aviones se habían ido. Estaba ya todo en silencio y cuando me levanté oí mis botas arrastrarsen la gravilla. Pensé acercarme al perro, pero me figuré que sería mejor si él venía mí. Seguí chasqueando los dedos y llamándolo y él se acercaba poco a poco. Podía ya verle bien la cabeza: grande y peluda y con pinta de malo, pero ya no me gruñía más. Cuando estaba unos cuantos centímetros de mí estiré la mano. Gruñó y sechó atrás. Tenía el fusil en el regazo y de pronto se me ocurrió queso podía ser lo que le daba miedo. Así que lo dején el suelo y otra vez estiré la mano.

—¡Vamos, chico!

Se acercaba de a centímetro a centímetro, cada vez más, olisqueándome la mano. Cuando le toqué la cabeza, sencogió, pero no hizo ni un ruido. Le acaricié la cabeza y me puse hablarle suave de verdad.

—Soy Frank DeVoe —dije—. Soy un soldado estadounidense. Sé que te criaron para que no te gusten los soldados estadounidenses, y, sinceramente, tampoco no me importas ni un plomo, pero si te portas conseguiré que te arreglen esas patas que tienes para que puedas andar. ¿Te vas a portar bien?

Ese perro loco empezó a gruñir otra vez, pero yo seguí acariciándole la cabeza. Luego se volvió, como muy de pronto, y ladró. El OG venía por el lateral del edificio.

—Tranquilo, chico —dije—. Tranquilito ahora.

Me levanté y me cuadré.

—¿Qué demonios tienes ahí, DeVoe?

—Un perro, señor.

—¿De dónde demonios lo has sacado?

—No lo he sacado de ningún sitio, señor. Ha venido él a mí.

—Así, tal cual, ¿eh? Bueno, pues líbrate dél. ¿Todo lo demás bien?

—Sí, señor.

—Tu relevo estará aquí en media hora. Líbrate de ese chucho.

—Sí, señor.

Se cuadró y se fue. Cuando ya se había ido, me agaché otra vez y le acaricié la cabezal perro. Ya no estaba malencarado, pero se notaba questaba todavía tenso.

—Vamos a ver esas patas, chavalote —dije.

Soltel fusil y le levanté una de las patas de atrás. Gruñó. Le dije que cerrara el pico y miré la pata. Tenía un tajo largo, pero con la medialuz no podía ver si era el corte de una navaja o qué. La otra pata tenía también un corte, pero no tan grande.

—Vaya si te has metido en una buena, chico.

Me levanté. Empecé a pensar qué hacer. Podía llevarlo a la tienda del médico y quel Negrito Brown lo apañara. El Negrito lo haría. Pero ¿luego qué? Difícilmente iba poder quedármelo, aunque quisiera. Y no tenía claro que quisiera.

Cuando llegué a la tienda del médico, con los nueve mil kilos de perro en los hombros, el Negrito Brown estaba sentado en una silla plegable con los pies encima de una mesa y leyendo una revista.

—¡Nas noches, cabo! —dije, y dejel perro en el suelo.

El Negrito se dio la vuelta.

—¡¿Qué demonios has traído?! —dijo—. Saca ese puñetero perro de mi tienda.

—Está herido, Negrito. Quiero que lo cures.

—Puto negraco ignorante, saca ese puñetero perro chucrut de mi tienda, ¡sácalo!

—Cural puñetero perro, Negrito, y déjate de maldades.

—Antes que toque yo a este, se vuelve Betty Grable más negra quel as de picas[28] —dijo el Negrito, pero ya estaba sobrel perro, que gruñía.

—Tranquilo, chico —dije—. Estarás ok en un minuto.

—Lo único que puedo hacer es limpiarle las heridas y vendarlo —dijo el Negrito—, y luego espero quel hijo de perra caiga muerto.

Sostuve la cabeza del perro y lestuve hablando mientras el Negrito le lavaba las heridas y se las vendaba. Tenía que dolerle, pero no hizo ni un ruido. Puse un poco de agua en una palangana y se la di. Se la bebió a lengüetazos y le di un poco más. El Negrito se había vuelto a sentar con su revista otra vez, como si no estuviéramos allí.

—¿Cómo te sientes, chico? ¿Mejor ya?

—Saca ese perro de mi tienda, DeVoe.

—¿Estás mejor, chico, eh? —Le acaricié la cabezal perro.

—DeVoe, como no saques ese perro de aquí te pego un tiro, te lo juro por Dios. Y tu madre tampoco no va cobrar ningún seguro.

—Cabrón cabezapañal —dije—, me juego algo a que si fuera una mujer no me hablabas así.

El Negrito sechó a reír.

—¡Vamos, chico! ¡Levántate, chico! —dije.

El perro se puso de pie despacio de verdad. Apenas era capaz de andar, pero meneaba el rabo como un ventilador.

—Ahora fuera los dos —dijo el Negrito.

Recogí el fusil y salí de la tienda con el perro cojeando detrás.

Antes incluso de que nos mudáramos al Kaserne no había ya duda de si el perro se quedaba conmigo. Es que no me dejaba. Y si alguien que no fuera yo se acercaba siquiera, gruñía con tanta fiereza que lo dejaban en paz. Era mío. Solo que a veces me parecía que yo era suyo. Se tumbaba pegado a mi catre. Y cuando nos fuimos al Kaserne se tumbaba pegado a mi litera. Cuando yo me levantaba, él se levantaba. Si salía de servicio, te podías jugar el último as a que allí estaría también, mirándome trabajar. Lo llamé Fritz.

Un día iba por la ciudad (o más bien por lo que quedaba de la ciudad, porque no había mucho más que montañas descombros) con Fritz trotando detrás de mí. Estaba ya bien, aunque todavía se podían ver las cicatrices. Iba de camino a una pequeña *Gasthaus* que acababa de abrir. Era la primera en abrir desde que llegamos a Wurzburgo.

Estaba casi allí, caracoleando entre los ladrillos sueltos y los agujeros, cuando vi a una chica que venía en la otra dirección, caracoleando igual que yo. Cuando estaba ya cerca de mí, vio al perro y se paró.

—*Ach, du lieber Gott* —dijo—, ¡César!

Solo que no lo dijo así. Dijo: «Zsaizar». El perro empezó a menear el rabo, pero no se iba con ella.

—*Ach, du liebes Kind* —dijo la chica, que rodeó al perro con sus brazos.

Fritz no parecía entusiasmado de verla, pero me figuré que posiblemente pertenecía sus amigos o a la familia porque se dejó acariciar.

—¿Es tu perro? —dije.

—*Wie, bitte?*

—Este —señalé al perro y luego a ella—, ¿tuyo?

—*Ja!* —afirmó asintiendo como una loca y sonriendo.

Llevaba un mantón azul marino sobre la cabeza y un abrigo azul con hombreras como los que se ven en los uniformes alemanes. Tendría quince años, dieciséis quizás.

—Llévatelo —dije—. ¡Vete a casa, Fritz!

Pero Fritz no se movía. Se quedó allí, meneando el rabo, con la lengua fuera y mirándome.

—¡Vete a casa, chico!

La chica dijo algo en alemán que no entendí. Le dije adiós a ella y a Fritz y entrén la *Gasthaus*. No llevaba ni cinco minutos cuando entró Fritz empujando la puerta y abriéndola como un hombre. Se tumbó al lado de mi mesa.

—No me lo puedo creer —dije—, es que no me lo puedo creer.

Aquella noche senteró todo el barracón. Cuando apagaron las luces todo el mundo se puso a darme fuerte.

—Este negraco no va detrás de los perros de los camaradas —dijo alguien—. Va detrás de las hijas de los camaradas.

Secharon todos a reír.

—Sí, yo conozco a Frank DeVoe hace muuucho tiempo. Ese negraco se te roba una cuna en un minuto.

—Es un galán el bueno de Frank DeVoe, un galán es lo ques.

—¿Qué vas hacer ahora Frank Galán?

—Yo sí sé lo que tiene que hacer. Mejor que dejen paz a los perros de los camaradas y a las hijas de los camaradas, porque los camaradas son un bom-bón…

Todos secharon a reír otra vez.

Al siguiente día estaba jugando al póquer con algunos de los chicos (era sábado) cuando llegó un mensajero de la oficina. Yo tenía un par de reinas, una bocabajo, cuando vino y me dijo:

—Tienes visita, DeVoe.

—Dame un minuto —dije—. Reparte.

—Será mejor que vengas ya.

—Reparte, macho.

—El teniente Dodkins dijo que tenías…

—Da las cartas.

Perdí la mano de todas formas, contra dos parejas. Cuando llegué a la oficina, había un alemán, un hombre que se acercaba los sesenta y con el pelo que llevan los de la música clásica. Me podría jugar algo a que llevaba el mismo abrigo que le vi a la chica el día de antes. Era un hombrecillo con los ojos de un azul brillante.

—DeVoe, este es herr Schaub —dijo el teniente Dodkins— y dice que tienes su perro.

Herr Schaub sonreía y asentía desa forma tiesa que tienen los camaradas.

—Intenté devolvérselo ayer —dije—. ¿Esa era su hija?

—¿Por favor?

—Digo que si era su hija la que vi ayer.

—¡Ssí, ssí! —dijo herr Schaub, que siguió asintiendo.

Tenía los dientes amarillos, pero por algún motivo le daban a la cara un toque agradable.

—¿Dónde está el perro? —preguntó el teniente Dodkins.

—Es posible questé ahí mismo, afuera —dije.

—Éntralo.

El ordenanza le abrió la puerta y el perro entró meneando el rabo. Herr Schaub hizo toda una celebración, pero no parecía que fuera el mejor amigo del perro, que bajó la cabeza y dejó a herr Schaub que lo acariciara, pero luego me miró a mí y empezó a menear otra vez el rabo.

—¿Me lo puedo llevar ahora, sí? —dijo herr Schaub.

—Es todo suyo —respondió el teniente Dodkins.

—Claro —dije—. Vete a casa, Fritz. —Le acaricié la cabeza—. Vete a casa como un buen chico.

Salimos todos y nos quedamos en el patio. A la luz del sol herr Schaub parecía más pequeño quen la oficina y tenía los hombros caídos. Se quitó el sombrero, nos sonrió a todos, dijo *«Vielen Dank!»*, se volvió a poner el sombrero y se dirigió a la carretera. Fritz echó andar detrás dél, luego se paró y empezó a buscarme. Herr Schaub se paró y se dio también la vuelta. Llamó al perro, pero el perro no se movió. Lo volvió a llamar. Herr Schaub volvió hasta nosotros y dijo:

—Esto es muy extraño.

Dijo «ezsto» en lugar de «esto» y pronunciaba las erres muy atrás de la garganta. Se volvió hacia mí y dijo:

—*Vielleicht*... quizás si viene usted conmigo, él vendrá a casa, ¿sí?

Me volví hacia el teniente Dodkins.

—Adelante —dijo.

Entré al barracón, me puse una corbata, me quitel uniforme, me puse una chaqueta y pantalones de calle, me até la pistolera y volví a salir. Fritz estaba pegado a herr Schaub, pero mirabal barracón cuando salí. Herr Schaub y yo echamos andar por la carretera con el perro pegado a mí.

—Casi no puede hablar bien inglés, ¿o qué? —dije.

—¿Por favor?

—Digo que su inglés no es muy fetén.

—¿Fetén?

—Sí, bueno. Tu inglés no bueno.

—Ah. Ha pasado mucho tiempo.

—¿De dónde se lo sacó?

—¿Por favor?

—¿Dónde aprendió inglés?

—Ha pasado mucho tiempo. En el gimnasio.

—¿En un gimnasio?

—Sí. ¿Cómo se dice?… Instituto.

Parecía orgulloso de verdad de su inglés.

—¿Estaba en el ejército?

—*Ach!*... No, no. Soy muy viejo para ezsto.

—Diga «esto».

—Ezsto

—Esto. ¡Esss! ¡Esss!

—¡Zzz! ¡Zzz!

Nos habíamos parado en mitad de la carretera y los dos nos echamos a reír. Veíamos que nos habíamos caído bien y era una buena sensación.

—¿Dónde vive de América?

—Soy de Alabama.

—*Ach*, sí. Alabama. Yo no conozco Alabama.

—¿Ha estado en Estados Unidos?

—¿Por favor?

—Usted sabe… América. ¿Ha estado en América?

—¡*Ach*, eso! Sí, sí he estado en América.

—¿Cuándo fue?

—Ha pasado mucho tiempo. Estuve en Nueva York.

—¿Subió por Harlem?

—¿Por favor?

—Digo que si fue a Harlem. ¿Sabe? ¡Harlem!

—¡Ah! ¡Haaarlem! No, no, no, no fui.

—Tiene que ir. Sopla.

—¿Por favor?

—Digo que Harlem sopla. Ya sabe… ¡da-ti-da-da-dada-taa! Así.

Los dos nos reímos otra vez. Tenía una forma de mover la cabeza de un lado para otro cuando decía «no», como si sestremeciera; y cuando decía «¿Por favor?», se paraba y se llevaba una mano a la oreja y los ojos se le iluminaban azules de verdad. Nos miramos el uno al otro y nos reímos otra vez, sin ningún motivo, y seguimos andando.

La calle principal que atravesaba la ciudad estaba ya casi limpia descombros. Los ladrillos se apilaban hasta laltura de las ventanas bombardeadas y encima de uno de los montones había unos niños jugando. Desde muy al norte llegaba el ruido de las bombas o de lartillería pesada. Al principio no sabía qué sactamente, luego reconocí queran cañones. Pensé qué sentiría con aquel ruido herr Schaub. Lo miré, pero no tenía mucha expresión en la cara. Hablaba con los hombros caídos y la cabeza gacha, y cada cierto tiempo resollaba bien fuerte y se aclaraba la garganta. Pensé preguntarle cómo se había herido el perro, pero decidí dejarlo que me lo contara si le apetecía.

—¿Sabe usted alemán?

—Solo un poco —dije—, lo saqué de un librito que nos dieron cuando estábamos en Francia.

—Ah, sí. Francia. ¿Aprendió francés?

—Solo una frase. *Voulez-vous…*

—Sí, sí, sí —dijo bien rápido—, esa me la sé también.

Parecía como avergonzado, pero me sonreía.

Cuando llegamos a lo que tenía que ser la pila descombros número novecientos, herr Schaub se paró y se quitó el sombrero. Lo sostuvo contra

el costado un momento y luego se lo volvió a poner y dijo:

—Por aquí, por favor.

Lo seguí atrás por un caminito y había parte de una casa de ladrillos de dos plantas que todavía se mantenía de pie. Las ventanas estaban arrancadas y las marcas de las explosiones en el lateral hacían que pareciera que tenía un caso enorme de viruela, pero estaba bastante bien comparada con las demás casas de la ciudad. Dentro de la sala de la planta de abajo había restos de yeso en polvo en los rincones, pero por lo demás estaba limpia y olía fresca como a cemento nuevo. Me di cuenta de que habían rescatado lo que habían podido de la parte de delante de la casa y lo habían metido en ese cuarto. Había libros y cuadros y ropa de casa en pilas por todas partes.

—¡Anna! —dijo herr Schaub—. *Ich habe einen Neger mit mir!*

—Si vuelves a decir eso te llevas un puñetazo en la boca.[29]

—¿Por favor?

—Ya me has oído.

—Por favor, disculpe. No entiendo.

Tenía la cara seria de verdad ya y sus ojos parecían entonces como ahora sé que parecieron mucho tiempo: tristes de verdad.

—No diga eso más —dije.

Levantó las manos al aire y gritó como si alguien le hubiera pegado; luego se sentó a una mesa, retiró algunas sábanas con los codos y apoyo la cabeza en las manos. Sacudía la cabeza de un lado a otro.

—*Nein, nein, nein, nein, nein* —decía, todavía sacudiendo la cabeza—. Usted no… no ha… me ha malentendido.

Se levantó entonces y empezó a pasear un poco con la mano en la barbilla, como pensando. Luego dijo:

—¿Sabe latín?

—No.

—Por favor, escuche. La palabra en latín para el color «negro» es *niger*. La palabra en alemán para «un hombre negro» es *Neger*, pero proviene de la palabra en latín. ¿Lo entiende? No quería yo… yo… yo…

—Entiendo —dije.

Me sentí bien imbécil. Llegó una mujer por las escaleras justo entonces; una mujer rellenita con el pelo rubio y una cara redonda con unas venas bonitas que se le veían por la piel.

—Lo siento, pero no sé su nombre —me dijo herr Schaub. Tenía todavía la mirada triste.

—DeVoe —dije—. Soldado DeVoe.

—Mi mujer, frau Schaub.

—*Guten Tag* —dijo ella, que me tendió la mano.

—Encantado de conocerla.

—*Er hat unseren Hund mitgebracht* —dijo herr Schaub.

Luego dijo algo más que no entendí. Frau Schaub se acercó al perro y lo acarició. El perro no se levantó, pero meneó el rabo. Frau Schaub vio las cicatrices y dijo algo a herr Schaub que no entendí.

—Me supongo que me voy —dije.

—¿Por favor?

—Tengo que volver al Kaserne.

—Ah, sí. ¿Se puede quedar no un momento?

—Me figuro que sí. Pero no mucho.

—Siéntese, por favor —dijo herr Schaub.

Me trajo una silla.

—¿Cómo…? ¿Cómo fue herido?

Señalabal perro. Le conté lo que había pasado, pero no todo. No le dije questuve a punto de pegarle un tiro y le dije que fui yo el que lo vendó. Cuando terminé, se lo contó a frau Schaub en alemán y los dos me dieron las gracias.

—Por favor, ¿quiere un poco de café? También tengo un poco *Weinbrand*. El café no es café de verdad, pero el *Weinbrand* es bueno. —Herr Schaub sonreía ya.

—Tomaré un poco dese *Weinbrand* —dije.

Después de brindar el uno con el otro (con herr Schaub levantando la copa y mirándome a los ojos y luego dando un sorbo y sosteniéndola otra vez) empezamos hablar. Me dijo que había sido catedrático de filología en la Universidad de Darmstadt, y cuando le pregunté quera filología, me lo explicó. La hija llegó mientras hablábamos y dijo *Guten Tag* y acarició al perro (hizo una reverencia cuando dijo *Guten Tag* y me hizo como gracia, pero me gustó), luego la madre y la hija se subieron. Herr Schaub me dijo que la compañía de los alemanes questuvo en el Kaserne antes que nosotros

se llevó el perro como un año antes y no lo había visto desdese día. Pensaba questaba muerto.

Cuando me levanté para irme, frau Schaub y la hija bajaron las escaleras y todos nos dimos la mano, luego herr Schaub salió conmigo.

—Hay una cosa que le tengo que decir —me dijo cuando volvíamos a la carretera, yo no tenía ni idea de lo que podía ser, pero desde luego que no esperaba lo que vino—: La palabra que su gente no les gusta —me dijo—, ya sabe… esa que yo… me refiero.

—Sí, ya sé.

—Bueno, bien. Esa palabra es una… una pronunciación mala de la palabra alemana *Neger* por los marineros londinenses del siglo diecisiete. —Sacudió la cabeza de un lado a otro, como si estuviera impaciente, y dijo —: ¡Fff! Solo una pronunciación mala londinense. Así que no debería… no tendría que ofenderse ni siquiera cuando se utiliza esa palabra. ¿Me comprende?

—Lo pensaré —dije.

—Bueno, bien. Adiós y gracias otra vez.

—Adiós, caballero.

Nuestra unidad se trasladó a Fráncfort la semana siguiente, de modo que no volví a ver a herr Schaub ni al perro. Pero si herr Schaub leyera esto alguna vez, me gustaría que sepa que los camaradas para mí ok y espero que nunca tengamos que combatir unos contra otros nunca más.

LA DANZA DE LOS INFIELES

Solía escuchar jazz todo el día y gran parte de la noche. El jazz me llevaba a la cama y me despertaba con jazz. Parecía que no había nadie más en la ciudad tan loco por el jazz como yo; todos me decían que estaba «feliz de música». Pero para mí no era un problema. Ellos viven su vida y yo la mía.

Solía ir sin parar a un pequeño café de la calle Davis. Había allí una vieja gramola y yo me agachaba y ponía la oreja contra el altavoz y escuchaba. Así lo único que oía del mundo entero era la música, y a mí me gustaba así. De manera que esa noche, cuando entré en el café y me vi a un hombre haciendo lo mismo —agachado con la oreja contra el altavoz—, me acerqué y le toqué en el hombro.

Levantó los ojos. No lo había visto antes.

—Tengo ese disco en casa —dije.

—Ah, ¿seee?

—Seee.

—Vaya, qué locura —dijo, y pegó la oreja al altavoz otra vez.

Incluso allí encorvado se notaba que era más alto que yo. Cuando se acabó el disco y se estiró, me di cuenta de que sus ojos tenían una mirada remota de verdad, como si estuviera muy acostumbrado a mirar las montañas en la distancia.

—¿Te quieres venir a mi casa y escuchamos discos?

No hizo más que mirarme, sin expresión de verdad. Luego dijo:

—Qué locura.

Salimos a la calle.

Andaba como si tuviera muelles en la punta de los zapatos; como que cada paso que daba iba a ser largo, de modo que te sorprendían siempre lo cortos que eran. En todo el camino a mi casa no dijo ni una palabra. Casi todo el tiempo anduvimos con sitio suficiente entre los dos para que pasara una mujer madura. Luego pasó un hombre y tuvimos que juntarnos para dejarle sitio. Las mangas de los abrigos se tocaron y dio un salto como si se hubiera quemado. «¿Esto qué demonios es?», me dije. Empecé a pensar cómo quitármelo de encima sin herir sus sentimientos.

Cuando llegamos a mi casa le ofrecí asiento, pero no se sentó. No quiero decir nada despectivo de él, pero se portaba como se porta un perro cuando llega a un sitio donde no ha estado antes nunca: daba vueltas por todas partes y olisqueaba las cosas. Casi se le oía olisquear.

—¿Quieres una copa? —dije.

—¿Tienes vino?

—No tengo más que whisky.

—No, gracias.

—Puedo ir a por vino si quieres.

—Voy yo —dijo.

—No, ya voy yo. Estás en tu casa.

Salí y compré el vino, y cuando volví estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas. Todavía no me lo figuraba. Parecía que estaba en un mundo que era solo suyo.

—¿Soplas? —dijo.

—¿Que si soplo?

—Seee. ¿Tocas algo?

—No. No, no toco nada. ¿Tú?

—Yo soplo caja.

—¿Que soplas qué?

—El piano.

Sonaba como irritado por que yo no entendiera todo lo que decía.

—¿Eres de por aquí?

—Soy de La Manzana. —Supo de inmediato que no lo había pillado, así que dijo—: Nueva York. Estoy aquí visitando a mi gente.

Me serví una copa y encendí el tocadiscos. Luego me acordé de que no había abierto la botella de vino, así que la abrí y le serví una copa. Mientras se calentaba el tocadiscos me puse a rebuscar entre los discos. Se acercó a mi lado, así que empecé a sostener los discos de manera que pudiera leer los títulos. Las mangas de nuestros abrigos se tocaron otra vez y se alejó un poco. Le di los discos y le dije:

—Toma. ¿Por qué no pones lo que quieras?

Lo dije suave de verdad, no fuera a ser que se ofendiera, y me senté en el sofá.

Se puso a mirar los discos y a cada rato decía:

—¡Recio!

Luego se echó a reír. No de mí ni de nada en particular, solo se reía.

—¿Dónde has pescado todo esto, macho?

—Los compro de una tienda de Nueva York.

Quería haber dicho La Manzana en lugar de Nueva York, y sentí no haberlo hecho. Se dio la vuelta entonces y me miró con media sonrisa, como si fuera él el que estaba intentando figurarme a mí.

Puso un disco. Era *Salt Peanuts*, de Dizzie Gillespie, con Don Byas al saxo tenor. Pensé decirle que era el primero que había comprado, que lo compré cuando estaba en el ejército en Nueva Orleans, pero no dije nada. Subió el volumen alto de verdad y se sentó. Yo me levanté y lo bajé un poco. Sabía que su reacción sería de frustración, así que dije:

—Vecinos.

Respondió asintiendo.

Nos quedamos escuchando un rato, sin hablar ninguno de los dos. Luego se puso a soplar el solo de Dizzie en voz alta. «¡Vaya, sorpresa!», pensé. Yo me sabía el solo bien de verdad, así que me puse a soplarlo con él. Estaba pendiente de si cometía algún error. Ni uno. Cuando se acabó el solo, nos miramos, los dos con una sonrisa. Era como mirar a alguien y pensar por un segundo que te estás viendo a ti mismo. Los dos nos echamos a reír. Se levantó, se acercó y me tendió la mano.

—Choca —dijo.

Le choqué la mano suave de verdad y dijo:

—Recio.

Luego nos dimos la mano y se volvió a sentar. Me sentía ya mucho más cómodo con él. De hecho, en ese momento sentí que se podía quedar en mi

casa el resto de su vida entera. Amén.

Estuvimos allí como una hora, soplando y escuchando: Bird, Miles Davis, Dizzie, Bud Powell… solo lo mejor. Él ponía sobre todo discos en los que estuviera Bud para poder escuchar el piano.[30] Estábamos teniendo una buena juerga.

Luego se volvió hacia mí y dijo:

—¿Le tiras?

—¿Que qué?

—Uf, macho —dijo.

Parecía disgustado de verdad. Había oído lo que había dicho, claro que sí, pero no había tenido tiempo para figurarme qué quería decir. Luego lo pillé.

—¿Quieres decir que si fumo?

—Seee, macho. Seee.

—No —respondí—, pero dale tú si quieres.

No había visto a nadie nunca fumar marihuana. Había oído que era mala y por eso no la había probado. Pero me suponía que si él quería fumar, era cosa suya, no mía. Me serví otra copa y empecé a darle sorbos. Cuando se acabó el disco me levanté y lo quité.

—¿Qué quieres escuchar?

—Pon un poco de J. J. —dijo.

Le había cambiado el ánimo. Y a mí también. «Puñetero vicioso», pensé. Pero me caía bien —después de todo, era la primera persona que conocía que le gustaba el jazz tanto como a mí—, así que lamenté haberlo pensado. Encontré un disco de J. J. Johnson y lo puse. Seguía sin moverse, solo estaba allí sentado mirando el suelo, como si estuviera pensando. Luego soltó un taco —suave de verdad, pero lo oí— y se metió una mano en el bolsillo del abrigo y sacó un porro. Estiró las puntas y se lo encendió.

Me quedé allí mirándolo fumar —daba caladas profundas y luego aguantaba la respiración para que no se le escapara nada de humo— y pensé: qué demonios, una vez no va a hacerme daño, ¿o qué?

—Dame una calada —dije.

Me lo entregó sin decir ni bla. Fumé igual que él, aguantando la respiración para que el humo se quedara dentro. Nos lo fumamos juntos,

pasándolo hasta que quedó solo un poco. Entonces lo apagó y se lo guardó en el bolsillo.

—Hay que ahorrar en colillas —dijo sonriendo.

Por un rato no sentí nada, solo el whisky. Luego me levanté a cambiar el disco (es decir: empecé a levantarme, porque parecía que nunca iba a terminar de alejarme de ese sofá) y supe que me había dado fuerte. Quité el disco y puse *Scrapple from the Apple*, de Charlie Parker, y me senté otra vez. Mientras lo hacía, me percaté de que en la habitación parecía como si todo se hubiera movido un poco, solo un poco, como si alguien hubiera entrado y lo hubiera desplazado todo un poco hacia arriba y a la izquierda.

Pero fue sentado allí, escuchando a Bird y a Miles tocando al unísono, cuando lo sentí de verdad. Me levanté y subí el volumen un poco, luego me senté otra vez. Me levanté y lo subí un poco más. Era como si los estuviera escuchando por primera vez. Quiero decir como si los escuchara de verdad. Subí el volumen del tocadiscos a todo lo que se podía. Gime, Bird. Intenté subirlo un poco más, pero la puñetera máquina no dejaba. Gime, Bird. A tomar viento los vecinos. A tomar viento todo el mundo. ¡GIME, Bird!

Nos quedamos allí sentados y nos fumamos un par de palos más y volamos como una cometa. Después se acostumbró a venir a mi casa casi todas las noches, y cuando se le acabó la hierba nos dio igual. Nos cocíamos y nos montábamos una fiesta de primera, escuchando música y soplando.

Me gustó la hierba. Me gustó mucho. Cuando Ronnie (se llamaba Ronald Johnston) se volvió a Nueva York, me prometió que me escribiría y me mandaría una poca. Vaya si sí, como una semana después de que se fuera me llegó un periódico a mi nombre completamente enrollado. Lo desenrollé despacio de verdad y ahí estaba, un paquetito de hierba pegado a las hojas de dentro. Delante del paquete había escrito una palabra: «Gime».

No supe nada de él después de aquello. Le escribí y le di las gracias por la hierba, y cuando no me respondió, le escribí otra vez: nada. Así que al derredor de marzo del año siguiente me subí a Nueva York.

Me bajé del tren en la estación Pensilvania, salí a la calle 34 y me subí a un taxi. Era la primera vez que estaba en Nueva York. Le dije al taxista dónde quería ir (una casa de la calle 127, cerca de la avenida Lenox) y me llevó por la ciudad, atravesando Central Park, y luego subió a Harlem. Me gustó mucho Nueva York, sobre todo cruzar el parque en coche. Harlem no

era nada parecido a lo que pensaba que sería. Siempre me imaginé que habría montones de casas hechas pedazos y demás, pero estaba todo construido, igual que el resto de Nueva York. Y hasta hoy todavía no lo he superado.

Bueno, como sea, el taxi sube conmigo a la calle 127 y le pago al conductor y subo las escaleras. Había dejado mi bolsa en la consigna de la estación de tren, así que no cargaba nada. El edificio era viejo, estaba sucio y hasta durante el día era oscuro. Llegué al apartamento de Ronnie y toqué el timbre. No pasó nada. En lugar de tocarlo otra vez, que fue lo que pensé hacer, me quedé allí y esperé. Había un círculo en la parte de arriba de la puerta y después de un rato pareció como que se movía, así que intenté mirar por él. No pude.

—¿Qué quieres? —dijo una voz de hombre.

—¿Vive Ronald Johnston aquí?

—¿Qués lo que quieres? —dijo la voz otra vez.

—¿Vive Ronald Johnston…?

Se abrió la puerta y un hombre con el pelo que parecía que se lo hubieran repegado con lubricante de motores asomó la cabeza. Parpadeó y dijo:

—¿Tú quién eres?

—Soy Benevolence Delaney —dije.

—¿Queres quién?

Lo repetí. Sonrió como con suficiencia y me miró de arriba abajo, de la cabeza a los zapatos. Luego dijo:

—No está. Si quieres verlo puedes… —Me volvió a mirar de arriba abajo —. Está en el Y-Bar. ¿Sabes cuál es?

—No…

Me dijo dónde estaba y lo encontré. Dentro había casi tan poca luz como en el edificio de apartamentos. Fui a la barra y pedí un trago, luego miré al derredor. Nos vimos casi al mismo tiempo. Él estaba en el extremo más alejado de la barra. Se levantó del taburete despacio de verdad, mirando como si no se creyera lo que veían sus ojos.

—Bueno, bueno, ¡no me lo puedo creer! —dijo—. Mi chico.

Nos dimos la mano y nos miramos.

—¿Cómo te va? —dije.

—Ay, macho.

Me miró de arriba abajo igual que había hecho su amigo en el apartamento. Me dio la sensación de que le daba vergüenza verme; como si yo fuera un primo tercero nacido en el lado equivocado del río.

—Tienes buena pinta —dije.

Pero no la tenía. Había perdido peso y la ropa le colgaba casi como en un perchero. Cuando hablaba, los ojos no dejaban de moverse hacia todas partes, como si esperara que en cualquier momento alguien fuera a intentar pegarle.

—No se mueve nada, bribón —dijo—. Nada más que facturas, ¿me cavilas? Los gorriones no dejan vivir a nadie. Tuve tablas en la Vía un tiempo… banda de la casa, ¿me cavilas?… luego el vicio me pilló y tuve que salirme, pero le di la patada y me conseguí otras tablas en el Bronx. Pero esos cuadrados hijos de su fruta me daban tanta medicina que tuve que dejarlo. Antillanos, ¿me cavilas? Yo cavilo lo que dicen, macho, pero no puedo seguir ese ritmo. ¿Y tú, macho? ¿Cómo te va? ¿Cuándo te has tirado a la ciudad?

Hablaba rápido de verdad y, como decía, mirando a todas partes. Yo no entendía casi nada de lo que estaba hablando. Le pregunté qué era «la Vía» y me dijo que era el apodo de la sala Savoy;[31] pero esta vez no se irritó cuando le pregunté. Se alegraba de verme y lo dijo. Le conté que acababa de llegar a la ciudad y me preguntó:

—¿Tienes pesebre?

—No.

—Te puedes quedar en mi pesebre, pero lo comparto con un verraco.

—Lo he visto. Me supongo que me buscaré una cama en un hotel.

—Recio —dijo—. Vamos a dejarnos caer por el Dewey Square Hotel[32] y te buscamos pesebre.

Caminamos por la ciudad y nos subimos a un autobús de la Séptima Avenida y nos fuimos al Dewey Square. Me registré y luego fuimos a una placita justo al lado de la calle 116 y nos sentamos en un banco a hablar. Le pregunté si le habían llegado mis cartas y dijo que sí. Le di las gracias otra vez por la hierba y dije:

—¿Sabes dónde puedo conseguir una poca?

—¿Una poca de hierba?

—Seee.

—No se mueve mucho. El Jefe les ha plantado el dedo a los gorriones y todo el mundo está sin levantarse mucho. A mi chico lo arrestaron.

Lo miré y sacudí la cabeza. Apenas entendía una palabra de lo que me decía, pero aprendí a figurármelo. Pensó un rato y luego dijo:

—Venga, vamos a rajarnos.

Nos levantamos y caminamos a la calle 116 con la Octava Avenida y nos subimos al metro. Subimos a la calle 145, nos bajamos y entramos en unos billares cerca de la esquina.

Los billares eran mucho más grandes que los de mi ciudad, con unas doce mesas. Estaban a reventar de negracos. Seguí a Ronnie a la parte de atrás de la sala, empujando a la gente, y cuando se paró, me paré yo también. Parecía que se había interesado realmente por una de las partidas. El tipo que jugaba era bueno de verdad. Parecía que iba a colarlas todas juntas, la negra y todo. Me figuré que Ronnie y yo entraríamos pronto, y tenía como ganas de jugar. Me di cuenta de que allí nadie miraba a nadie, solo a las mesas de billar. Entonces el hombre que estaba jugando falló. Maldijo, se encendió un cigarrillo y se fue a la pared. Estaba al lado de Ronnie. Nada más verlo, lo juro, lo vi pasarle un par de porros a Ronnie y Ronnie le pasó algo de dinero. No se miraron en todo el rato ni una vez y no dijeron ni bla. Luego Ronnie dijo: «Vamos», y nos abrimos paso hacia la calle.

—Eso ha sido suave de verdad —dije.

—Tiene que serlo, macho. El Jefe ha puesto a negracos en la policía para que puedan señalar con el dedo a otros negracos. Y los cuadrados están todos que les va explotar la cabeza de contentos solo porque tienen polis de color. ¿No es una guarrada?

—Seee —dije.

—Los únicos galones que me cavilo son los de whisky, macho. Los de los uniformes no me interesan. Venga, vamos a bajarnos a mi pesebre y nos ponemos felices.

Nos subimos al autobús de la calle 145 que atraviesa la ciudad y fuimos a la Octava Avenida, y allí nos subimos al autobús de la Octava Avenida y bajamos a la calle 127 y cruzamos hacia su pesebre. Su compañero de piso no estaba. Era el apartamento más curioso que había visto nunca. Según

entrabas por la puerta lo primero que veías es un cuadro de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo con una corona de espinas en la cabeza. Tenía una cara tan triste que casi me asustó. Debajo había un sofá cubierto con una piel de leopardo. Había un piano contra la pared, y solo con mirarlo se veía que no tendría un tono muy bueno, era viejo. Por una puerta abierta se veía una hornilla con una cacerola encima.

—Siéntate —dijo Ronnie.

Empecé a sentarme en el sofá, pero esa piel de leopardo era un poco demasiado para mí, así que me senté en un sillón que tenía una funda de un verde desvaído. Hice cuanto pude para no mirar esa piel de leopardo.

Ronnie entró en la cocina y se puso a revolver cosas. Yo busqué algo con lo que pasar el rato y cogí un libro. Era *Hijo de esta tierra*, de Richard Wright.[33] Leí la primera página y de pronto había un ruido salvaje por encima de mi cabeza: ruido de trompetas. Me hizo dar un brinco, y cuando levanté la cabeza, Ronnie estaba en la puerta y se dejaba la mandíbula de tanto reírse.

—¡Despierta y vive, Bennie! —dijo—. ¡Vienen cosas, macho, vienen cosas!

Me eché a reír y dejé el libro. Entonces vi que Ronnie había montado un altavoz en la sala de estar. El tocadiscos estaba en la cocina. Entró y encendió un palo o un «trozo», como decía él, y me lo entregó. Le di unas cuantas caladas fuertes y se lo devolví, con el sonido de las trompetas resonando como un tambor en mis oídos.

—Ay, enano negro hijo de perra —dijo Ronnie, y se echó a reír.

Se alegraba de verme, vaya si sí. Lo veía en sus ojos.

Así que allí nos quedamos, nos volamos con la hierba y escuchamos discos. Luego dijo que su compañero volvería pronto y, como yo no quería verlo, me fui. Bajé a la estación de Pensilvania y saqué la bolsa de la consigna, luego fui al Dewey Square. Era bueno estar en Nueva York, y estar volando otra vez. Era bueno de verdad.

Estuve al derredor de una semana sin verlo después de aquello. Iba a su casa (no tenía teléfono) y o no había nadie o su compañero, el de la cabeza llena de grasa, me decía que no sabía dónde estaba Ronnie. Fui al Y-Bar

varias veces, pero no lo vi nunca. Así que me dediqué a ir echando un vistazo por la ciudad yo solo. Bajé a Broadway unas cuantas veces y vi todas las luces brillantes y el anuncio gigante de Camel con un hombre al que le salían anillos de humo de la boca.[34] Me metí a ver unas cuantas pelis, y fue sentado en un cine una noche cuando me figuré dónde podía encontrarlo. El Dewey Square está en la calle 117 y justo al volver la esquina hay un club nocturno que se llama Minton's Playhouse.[35] Ronnie me lo había enseñado cuando me llevó al hotel el primer día. Así que cuando terminó la película me subí a Harlem.

La corazonada funcionó. El Minton estaba dividido en dos secciones. Había un bar con una gramola, como un bar normal. Y luego había una puerta batiente que cuando se abría se oía música en directo que venía de la sala interior. Ronnie no estaba en el bar, así que me fui a la sala de atrás. Alguien me dijo en la puerta que tendría que pagar más por las bebidas, pero le dije que no me importaba y entré. Había una hilera de mesas a cada lado de una larga sala, y cerca de la banda había una pista de baile del tamaño más o menos de un parque infantil grande. Estaba oscuro dentro, pero la mayoría de la gente llevaban gafas de sol. No conocía a ninguno de los músicos que tocaban, pero eran buenos. Me senté en una mesa y pedí una copa. No reconocí a Ronnie al principio porque no lo había visto nunca con gafas de sol. Tomé mi copa y me senté a su lado. Mientras la banda tocaba, no hablamos. Cuando pararon, me dijo:

—Qué golpe verte, macho.

Nos dimos la mano.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—Ay, macho. Hestado haciendo el tonto.

—¿Sí?

—Seee, macho. Facturas, ¿me cavilas? Hay que pagarlas.

—Testado buscando —le dije.

—Estoy al tanto.

La banda empezó otra vez, así que dejamos de hablar y escuchamos. Me di cuenta de que Ronnie se estaba tomando una cola, le toqué y le pregunté con gestos si quería una copa. Frunció el ceño y negó con la cabeza. Después de un buen rato se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Tienes pasta?

—No tengo mucha —dije—. ¿Cuánta necesitas?

—Tres centavos.

—¿Centavos? ¿Tres centavos?

—Tres pavos, macho.

—Ah. Claro, eso sí tengo.

Empecé a buscar el dinero, pero me paró.

—Vamos a rajarnos —me dijo.

Pagué al camarero y salimos.

Paró un taxi y fuimos como quince manzanas hacia el norte. Nos bajamos y entramos en un bar. Ronnie se quedó al lado de la puerta y empezó a mirar por el bar. No vio a quien estuviera buscando, o lo que fuera que buscara, así que fuimos andando a otro bar. Lo mismo. Anduvimos como dos manzanas y cruzamos la calle: lo mismo. Después de tres bares más (yo estaba ya más bien cansado de esto porque quería una copa) vio al que estaba buscando. Se notó en el momento en el que entró por la puerta. Parecía que le acabaran de quitar un saco grande y pesado de los hombros.

—Espérame aquí un minuto —me dijo.

A tomar viento, pensé. Entré en el bar y pedí un doble. Ronnie se había ido a un reservado y hablaba con un hombre con chaqueta de cuero y pantalones del azul del cielo. Los dos se levantaron después de un tiempo y Ronnie me hizo una señal (lo único que hizo fue levantar la cabeza un poco), así que me terminé la copa y los tres salimos.

El otro hombre andaba igual que Ronnie: con esos pasos elásticos, como dando saltos, que parecía que iba a despegar y a salir volando. Recorrimos la manzana —sin que ninguno dijéramos ni bla— y al volver una esquina entramos en un edificio.

Subimos las escaleras, yo el último, y cuando pasamos por la quinta planta oí lo que primero pensé que era el arrullo de una paloma y luego un bebé llorando. Pero no era un bebé ni una paloma. Era una mujer. Y no estaba llorando. Subimos a la séptima planta y Ronnie y el hombre se pararon. Estábamos los tres en las escaleras, Ronnie en lo alto y luego el hombre y luego yo. Pensé que iban al apartamento de alguien porque había una puerta justo detrás de Ronnie. Pero no.

—¿Tienes la pasta, Bennie? —dijo Ronnie.

—¡Ah! —Entonces me acordé de que me había gastado todos los billetes pequeños que tenía—. No tengo más que una roncha de diez.

—No llevo cambio para eso —dijo el hombre.

—Podemos cambiar más tarde —dijo Ronnie.

Le di al hombre la roncha de diez.

Ronnie se quitó la chaqueta y la colgó del pomo de la puerta. Luego se quitó el cinturón y se remangó el brazo izquierdo de la camisa. Su piel era gris bajo aquella luz. El hombre sacó una cuchara y una botella pequeña de agua del bolsillo de la chaqueta. La parte de abajo de la cuchara estaba negra. Luego sacó un paquetito marrón de otro bolsillo y echó en la cuchara lo que parecía sal de ajo. Luego puso un poco de agua de la botella en la cuchara, estrujó el paquete vacío, lo tiró por las escaleras y dijo:

—Dame fuego.

Encendí una cerilla y se la di. Ronnie se había enrollado el cinturón con fuerza al derredor del brazo justo encima del codo. Doblaba el brazo arriba y abajo y las venas las tenía marcadas como las de una hoja seca. El hombre sostenía la llama contra la base de la cuchara y la movía para que se calentara todo por igual. Luego tiró la cerilla y sacó una aguja hipodérmica de la chaqueta. Chupó todo el líquido fundido con la jeringa y se la dio a Ronnie. Se oía respirar fuerte a Ronnie. Parecía que estuviera buscando la vena adecuada. Movió el brazo para que la luz le diera bien sin dejar de apretar el puño. Oí a la mujer de la quinta planta medio gritar y medio chillar y decir el nombre de un hombre dos veces. Luego la voz de la mujer sonó como si la amortiguara una almohada y la aguja estaba en el brazo de Ronnie. Cuando la aguja se clavó, Ronnie se movió hacia atrás, contra la pared. Pero fue tan lento que juro delante de Dios que parecía como que la pared se movía hacia él y Ronnie la sostenía. Cuando terminó se sacó la aguja del brazo y se la entregó al hombre. Se deslió el cinturón y se volvió a poner la manga de la camisa bien. Respiraba con más dificultad ahora y empezaba a sudar. Se movía igual que un hombre en una película a cámara lenta. Se puso el cinturón y la chaqueta. Fue entonces a la puerta y la abrió de en par en par. Entonces vi que era la azotea y no el apartamento de nadie. El otro hombre en todo ese tiempo se había quitado la chaqueta y repetía la operación otra vez. Yo quería salir para ver si Ronnie estaba bien, pero el hombre se estaba pinchando, así que no lo molesté. Me quedé allí y miré. De repente hubo un golpetazo afuera. Sonó como un hombre que hubiera caído después de que lo golpearan con una porra. Quería salir y mirar porque no sabía si la azotea estaba inclinada y Ronnie se había caído o si le

había pegado alguien y estaba malherido y todo ese tiempo el hombre tenía la aguja en el brazo con la sangre rojo oscuro saliendo y luego entrando otra vez en el brazo despacio de verdad conforme le daba tap-tap-tap a la punta de la jeringa, y luego ya había terminado y el cinturón dio una vuelta y otra vuelta y el tipo se acercó a la puerta y se asomó.

—Macho —dijo—. Ese tontaina hijo de su fruta se ha caído.

Se puso la chaqueta, se abrochó la cremallera y empezó a bajar las escaleras. Yo me hice a un lado para dejarlo pasar.

Cuando salí a la azotea, Ronnie estaba tumbado bocarriba con las piernas levantadas como si estuviera a punto de dar a luz. Tenía la boca abierta y en la escasa luz la frente parecía exactamente igual que el cristal de una ventana después de una lluvia fuerte. Tenía los ojos abiertos de en par en par y miraba fijamente las estrellas. Me puse de rodillas a su lado.

—¿Qué pasa, Ronnie? ¿Estás ok, macho?

No se movió. Me acordé justo entonces de lo que oí una vez en el ejército: «Si un hombre toma drogas, no dejes que pierda el sentido o puede perderlo para siempre». Así que lo abofeteé. Con fuerza. No se movió. Volví a darle una bofetada. Estaba volviendo. Lo tomé por las solapas de la chaqueta y lo apoyé medio incorporado contra una chimenea.

—¡Ronnie! —le grité y lo sacudí—. ¡Ronnie!

Se le habían cerrado los ojos cuando le di la primera bofetada y ahora los abría. Parecía que le estuviera costando trabajo enfocar, como si me estuviera mirando a una distancia de cien kilómetros.

—¿Estás bien, macho?

—¿Eh?

—¿Estás ok?

—Estoy bien, cariño —dijo.

Era la primera vez que un hombre me había llamado «cariño» en toda mi vida entera. Qué demonios, pensé. Lo mismo se cree que soy su mujer o su novia o algo. A pesar de la situación, no pude evitar reírme un poquito.

De repente estaba bien; o casi bien. Se puso de pie él solo. Luego empezó a dejarse caer, así que lo agarré y lo ayudé a llegar a la puerta. Me quitó el brazo de un golpe.

—Voy derecho, cariño —dijo.

Me quité el pañuelo y le sequé la cara. Empezamos a bajar las escaleras y se derrumbó otra vez. Lo ayudé a bajar un par de tramos, luego me quitó el brazo otra vez. Bajó el resto de las escaleras él solo.

Cuando llegamos al nivel de la calle dijo:

—Para un taxi, cariño.

Se sentó en el último escalón y yo salí y paré un taxi. Cuando volví estaba escupiendo. Lo ayudé a levantarse y fue al taxi él solo. Cuando estábamos a punto de arrancar, se volvió hacia mí y dijo:

—¿Te han dado tu pasta, cariño?

—¡Oh!

Se me había olvidado el cambio de los diez dólares. Empecé a salir del taxi, pero Ronnie me paró.

—Déjame que lo haga yo —dijo—. Eses un cabrón hijo de su fruta.

Se bajó del taxi y volvió al bar. Yo vigilaba por la ventanilla de atrás para ver si estaba bien. Iba andando igual que un hombre que bebe mucho pero sabe aguantarlo. En un minuto volvió y me entregó siete dólares. Se lo agradecí mucho y fuimos a su casa.

Yo estaba sentado en una silla de respaldo duro (todavía no podía con ese sofá con la piel de leopardo) y él estaba sentado en el sillón. Su compañero no estaba y yo no quería dejar a Ronnie hasta no estar seguro de que estaba ok. Eran como las tres de la mañana ya y yo estaba cansado. Ronnie se había llevado una mano a la frente y había empezado a dar cabezadas. No quería abofetearlo más, por lo que decidí hablar para mantenerlo despierto. Así que me puse a hablar; hablando de nada en concreto. Cada cierto tiempo decía:

—¿Mestás escuchando, macho?

Si respondía, seguía hablando. Si no respondía, me acercaba, lo sacudía y él decía:

—Estoy bien, cariño, testoy escuchando.

Y yo seguía hablando.

Estuvimos así como media hora. Luego se levantó y se fue al piano. Se quedó sentado allí mucho rato solo mirando las teclas. Después tocó un acorde de séptima menor con la mano izquierda. No dio un golpetazo, pero lo tocó con fuerza y dejó ahí la mano. Lo oí resonar en eco hasta el infinito.

Volvió a tocarlo y giró la cabeza a un lado con la oreja izquierda cerca de las teclas. Escuchando. Lo tocó y lo tocó y lo tocó, agachándose cada vez más. Tenía los ojos guiñados de verdad, como si estuviera intentando ver la música además de oírla. Fue más o menos entonces cuando vi que lo que estaba mirando en realidad era el sofá de piel de leopardo.

Cuando habló, su voz era ronca de verdad y sonaba como si estuviera sorprendido.

—¿Sabes lo que veo, macho? —dijo—. Cuando miro ese sofá veo demonios bailando a la luz de la luna. Veo ángeles con cara desqueletos y brujas con cara como de perros. ¿Y sabes qué más veo, macho? Veo la cara de Dios sonriendo como un negraco feliz.

Se echó a reír de repente. Solo que no era una risa de verdad. Era algo así como medio llorar y medio reír, como si hubiera visto algo y no pudiera expresarlo del todo. Entonces, igual de rápido, paró y se levantó. Yo me levanté también.

—Tengo que irme —dije.

Me miró y parecía que se acabara de lavar los ojos con algún tipo de loción: eran grandes y brillantes.

—¿Te largas, eh? —dijo.

—Seee.

—Déjate caer mañana.

—Me pasaré.

Nos dimos la mano y bajé las escaleras.

Hacía calor fuera. Me quité la corbata y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta. Luego me quité la chaqueta y me la colgué del brazo, fui andando al Dewey Square y me metí a dormir.

TALISMÁN

Siempre habíamos pensado que el señor George Simpson era más bien peculiar. Salía de casa como a las cuatro de la mañana y nadie lo veía antes de las cinco de la tarde. Llevaba un gorro de mapache y un par de botas hasta la rodilla, y cuando hacía fresco se ponía un abrigo de leñador. No hay mucho más que pueda decir de él, si os digo la verdad, pero he pensado contaros lo que le pasó una vez a él y a un señor que se llama Thomas Love.

Un día fui a la tienda a por tabaco para pipa, y ahí estaba el señor George Simpson en el mostrador. El señor Thomas Love, el dueño de la tienda, hizo un gesto con la cabeza cuando entré.

—Hola, Lucas —dijo—. ¿Cómo van las cosas?

—Pues bien —dije—. ¿Qué tal usted?

—No muy bien. El negocio va como lento.

—Vaya, ya siento escuchar eso. Me supongo que las cosas se recuperarán cuando empiecel verano.

—Eso espero, vaya —dijo el señor Thomas Love—. Dios sabe queso espero.

El señor George Simpson levantó la vista de la lata de tabaco que tenía en las manos y dijo:

—¿Tienes Talismán? Este de aquí está bien, pero como que me gusta ese Talismán. No pica tanto como los otros.

Bueno, a mí me gusta el Talismán también. Llevo fumándolo para veinte años. Así que dije:

—Ahí sí que sí. Ese Talismán es un tabaco bueno de verdad.

El señor George Simpson se echó paratrás el gorro de cazador y levantó las cejas.

—Eso es lo questoy fumando ahora —dijo, y me miró como si fuera la primera vez que me veía en toda su vida entera. Luego, todavía mirándome así, dijo—: ¿Cómo le van las cosas? ¿Buena cosecha este año?

—Por ahora bien —dije—. Si a esos gorgojos no les da por intervenir y me saco mi parte justa de los beneficios, tendríamos que ir bien.

—No, no tengo Talismán —dijo el señor Thomas Love.

Los dos, el señor George Simpson y yo, nos volvimos y lo miramos. Nos habíamos olvidado del todo de él por unos segundos.

—¿No tienes ninguno, eh? —dijo el señor George Simpson—. ¿Cuándo esperas que tentre?

—El viajante viene mañana.

Thomas Love parecía mucho mayor de los treinta y ocho años que tenía. De hecho, parecía casi de la edad del señor George Simpson y se estaba quedando calvo de esa forma que hace como un triángulo por delante.

—¿Como a qué hora? —preguntó el señor George Simpson.

—Como a las seis. Suele llegar al derredor de las seis.

—Muy bien —dijo el señor George Simpson—. Mañana por la tarde vengo como a esa hora.

El señor George Simpson y yo nos despedimos del señor Thomas Love y nos fuimos cada uno por nuestro lado. La tarde siguiente aparecimos por la tienda a la misma hora (las seis) y nos saludamos.

—Hola —dijo el señor Thomas Love—. Me supongo questán los dos aquí por lo dese tabaco.

—Me supongo que sí —dijo el señor George Simpson—. ¿Es así, Lucas?

Era la primera vez que el señor George Simpson me había llamado nunca por mi nombre, y quedó clara mi sorpresa cuando dije:

—Seee, eso es.

El señor George Simpson se percató allí mismo y miró para otro lado. El señor Thomas Love tosió como si en verdad no le hiciera falta y se hizo con un periódico. Luego dijo, como si se hubiera acordado de repente:

—El viajante no ha venido todavía.

—¿No ha estado por aquí? —dijo el señor George Simpson.

—Naaa. A veces llega tarde.

—Nunca sabes con los vendedores.

—Naaa, vaya si no.

—¿Cómo de tarde te figuras que va llegar?

—Nunca se sabe —dijo el señor Thomas Love—. Lo mismo cinco, seis minutos. Nunca se sabe.

El señor George Simpson chupó su pipa de brezo y no dijo ni bla.

—Ay, ay —suspiró el señor Thomas Love—. Ay, ay, ay. —Se sentó y bostezó sin taparse la boca—. Vaya si me voy alegrar cuando lleguel verano.

—Esas chocolatinas que tienes ahí se ponen rancias cuando llega el verano —dijo el señor George Simpson.

—¿Sí?

—Seee.

—No se me ha quejado nunca nadie.

—Acabo de quejarme yo —dijo el señor George Simpson—. Ese chocolate se pone rancio bajo esa vitrina de cristal cuando el tiempo se pone caluroso.

—¿Quieres decir que se funde?

—No, no se funde. Se pone rancio y se hace capas.

—Ay, ay —dijo el señor Thomas Love.

Se metió los pulgares debajo de los tirantes y volvió a bostezar.

Al derredor de ese momento un coche llegó a la puerta y se paró. Era una furgoneta negra con la palabra Talismán pintada en letras amarillas y la cola de la «n» curvada debajo del resto. Salió un hombre de la furgoneta —un hombre blanco con uniforme gris y la palabra Talismán impresa en el pecho igual que en el coche— y entró en la tienda.

—Holita, Tom —dijo.

—Hola, señor Johnson —dijo el señor Thomas Love.

—¿Cómo va el negocio?

—Bastante pobre, señor Johnson, bastante pobre.

—¿Cuánto te figuras que vas a necesitar esta vez?

—Oh, me supongo que una caja será suficiente.

—¿Solo una?

—Seee.

—¡Guau! —dijo el señor Johnson—. Desde luego que hace calor, ¿o no? Antes que nos demos cuenta, ya es verano.

—Eso espero, vaya si sí —dijo el señor Thomas Love.

—Dame una cola, Tom —pidió el señor Johnson.

El señor Thomas Love fue a la nevera y sacó una botella de Coca-Cola. La abrió y la dejó en el mostrador delante del señor Thompson, que le dio un trago y dijo:

—¡Aaah! La pausa que refresca, Tom, la pausa que refresca.[36]

—¿Por qué no pides dos cajas, Tom? —dijo el señor George Simpson—. Lucas y yo seremos clientes asiduos, ¿o no, Lucas?

—Eso seremos —dije.

—No puedo pedir dos cajas —dijo el señor Thomas Love—. Solo puedo pedir una.

—¿Me estás diciendo que tengo que bajar hasta aquí desde Birmingham solo para venderte una caja de tabaco? —dijo el señor Johnson, solo que parecía que medio lo decía en serio y medio no, de esa forma curiosa que tienen los viajantes de mirarte de lleno en los ojos y no creerse ni una palabra de lo que están diciendo.

El señor Thomas Love forzó una risita.

—No soy el único cliente —dijo—. Tiene montones de clientes en el camino, señor Johnson. Montones.

—Sí, sí, pero tú eres uno de mis clientes principales, Tom. Lo sabes.

—Conchas —dijo el señor Thomas Love, y esta vez se echó a reír de verdad.

—¿Por qué no pide dos, señor Love? —dije—. Eso nos va durar aquí a George y a mí todo el verano y ya entrado el invierno. ¿Es así, George?

—Eso es lo questoy diciendo —dijo el señor George Simpson—. Eso es sactamente lo questoy diciendo.

Justo entonces la puerta interior se abrió de golpe y entró una mujer blanca. Los cuatro nos dimos la vuelta y la miramos como si fuéramos uno. Llevaba un par de bailarinas negras y una falda y un suéter ajustados, y se veía de inmediato que no llevaba sujetador. Tendría veinticuatro o veinticinco años, me supongo, y era guapa de verdad. En cuanto entró, el señor George Simpson dijo:

—Ummm, ¡puf!

Luego tosió para que no se notara. Montó tal escándalo que si lo hubierais oído juraríais que tenía tuberculosis.

—Ay, ay —suspiró el señor Thomas Love—. Ay, ay, ay.

—Pensaba que te había dicho que te quedaras en el coche —dijo el señor Johnson.

—Quiero una cola —dijo la chica, que se llevó el índice a los labios y se lo mordió. Luego, con la misma mano, se peinó la melena—. Cómprame una cola.

—Te vuelves al coche —dijo el señor Johnson.

—No —dijo la chica, que se acercó al mostrador y puso un pie en la barra que tenía debajo. Sus piernas parecían moldeadas por los sueños de un hombre—. Cómprame una cola primero. Me la bebo en el coche.

El señor Johnson parecía indeciso, luego como confundido. Dejó de mirar a la chica y nos miró a cada uno de nosotros, uno detrás de otro, como muy furtivo de verdad. Se llevó una mano al bolsillo del pantalón y la volvió a sacar.

—Te vuelves al coche —dijo.

La chica sacudió la cabeza y el pelo voló como la barba del maíz con un viento fuerte.

—Ay, ay, ay —suspiraba el señor Thomas Love.

—Dame otra cola, Tom —dijo el señor Johnson, que empezaba a tener la cara colorada.

El señor Thomas Love se dio la vuelta de esa forma a cámara lenta que tenía y sacó otra cola de la nevera. Abrió la botella y se la entregó a la chica.

—Y ahora te vuelves al coche —dijo el señor Johnson.

La chica se dirigió a la puerta con la botella en la mano. Se quedó un minuto con el cuerpo apretado contra la mosquitera, luego abrió la puerta despacio de verdad y salió.

—Ay, ay, ay —suspiraba el señor Thomas Love—. Ay, ay, ay.

El señor Johnson se apuró la botella de Coca-Cola, pagó al señor Thomas y dijo:

—Nos vemos.

Nosotros dijimos:

—Hasta la próxima.

Cuando el ruido del coche se apagó en la distancia, de pronto dije:

—Maldita sea, señor Love, ¡se le ha olvidado el Talismán!

—No importa. Volverá el año que viene.

EL QUE AMA

Llevo fuera de casa cuatro años. No os contaré por qué me fui porque no creo que sea de vuestra incumbencia, pero esto es lo que me encontré cuando volví: las cosas no eran lo que solían ser. Para empezar, el viejo Maypeck no estaba tan activo como cuando me fui. Le había dado por quedarse mucho en casa y cuando lo veías era como ver al mismo presidente de Estados Unidos, así de difícil era. Para seguir, la barbería ya no estaba nunca llena de gente. A la poli (y cía.) le había dado por dejarse caer como con mucha frecuencia por una pelea a navajazos que hubo allí, y casi todo el mundo pensaba que era mejor no dejarse ver mucho. Pero, de lejos, el cambio más grande de todos fue que el hermano Jessup ya no era el diácono.

No es que fuera viejo ni nada así. El hermano Jessup era un negro grande y entonces, cuando os digo, tenía cuarenta y siete años. Solía llevar unas gafas sin montura. En la iglesia tenía la costumbre de levantar la cabeza hacia la luz cuando hablaba; siempre que hacía esto se veía un destello cuando la luz impactaba contra las gafas y parecía como un milagro completo y absoluto.

El hermano Jessup parecía banquero. Incluso durante la semana, cuando se ponía la ropa de trabajo, tenía la pinta de un banquero. Pero los domingos parecía más banquero que nunca. Los domingos se ponía unos pantalones listados que se compró en Londres, en Inglaterra, cuando trabajó allí de músico en 1929. Llevaba una camisa de cuello duro y faldones para acompañar a los pantalones, y tenía una pinta magnífica todo acicalado.

Lo único que tenía que decir de toda la historia de su marcha de la Iglesia eran dos palabras: «Lo dejo». Eso le dijo al pastor, que era el reverendo

Thomas J. Parker. El reverendo Parker se quedó muy sorprendido. Cuando le preguntó al hermano Jessup por qué abandonaba su puesto en la Iglesia, el hermano Jessup sacudió la cabeza y le ofreció una sonrisa triste, pero eso fue todo. Así que el reverendo Thos. J. Parker hizo correr la voz. En cuanto los responsables de la Iglesia se enteraron, intentaron convencer al hermano Jessup de que cambiara de idea. Pero él no quería ni oír hablar de eso. Así que juntaron todos sus cabezas y decidieron que si el hermano Jessup decía de verdad lo que decía, sería adecuado y correcto que diera un sermón de despedida. Al hermano Jessup no le gustó esta idea nada de nada. Pero siguieron metiéndole presión y dijo que lo pensaría.

Lo pensó y decidió que lo haría.

La noche del domingo siguiente, cuando iba de camino a la iglesia, me encontré con el viejo Maypeck. Se veía de lejos que le dolía una cosa terrible llevar la espalda recta como la llevaba. Se apoyaba en el bastón más que nunca.

—Buenas, James Turner —dijo.

—Buenas, señor.

—¿A la iglesia?

—Sí, señor. ¿Y usted?

—Por el mismo camino, me supongo.

A ver, del viejo Maypeck no se sabía que hubiera ido a la iglesia ni una vez para veinticinco años. Estaba como sorprendido y se lo dije. El viejo Maypeck no respondió nada en un rato, luego, tan bajo que apenas lo oía, dijo:

—Tengo la sensación de que va ser algo especial.

Vaya si sí. No sé cómo lo llamaríais vosotros, pero desde luego no fue lo que podríamos llamar propiamente un sermón. Durante todo aquello el hermano Jessup no levantó la voz ni una vez. Parecía que casi toda la ciudad estaba allí, pero cuando el hermano Jessup empezó a hablar se quedó todo tan mudo como una pelota de lana en una colcha de algodón. Esto es lo que dijo:

—Me gustaría dar las gracias a nuestro buen Dios por algo aquí y ahora. Me gustaría darle las gracias por los ojos con los que mirar y las manos y los brazos y los músculos con los que trabajar. Me gustaría darle las gracias

por el sueño, tanto la parte buena como la parte mala del sueño. Me gustaría darle las gracias por este país y por el hecho de que hubiera un hombre blanco para pensarlo y un hombre negro para ayudar a cultivarlo y construirlo.

Hizo una pausa y se secó la cara, luego siguió:

—Me gusta pensar que cuando muera, mi alma de negro va a ir al cielo y no al infierno; que cuando llegue derrumbándose sobre nosotros el Juicio Final estaré por allí para decirle al buen Dios que él tenía razón y yo estaba equivocado.

»Me gusta creer que llegará un día en el que los hombres no serán blancos ni negros ni azules, sino que yo seré yo y tú serás tú, un día en el que no haya ninguna guerra más porque no habrá ninguna necesidad de guerra: tú y yo seremos uno, tal y como dicen las Sagradas Escrituras. Entonces estará bien saludar a un desconocido como saludarías a un amigo, y dedicarte a sus asuntos también, en lugar de solo a los tuyos. Me gusta creer que un día los hombres no hablarán de nada, salvo de la verdad. Es decir, de qué estamos haciendo aquí y de qué va esto que llamamos vida. A veces sueño con tomar a un niño de la mano y contarle lo que se siente al ser un hombre. A veces sueño con hablar con una mujer o con un hombre y decirle exactamente lo que siento y lo que pienso.

»Me gusta pensar que vendrá un tiempo en el que no tendremos que comernos unos a otros para sobrevivir; que llegará un día en el que el hombre mirará al pollo como pollo y no como la cena del domingo; que llegará un día en el que el sueño de todas las criaturas vivas se cumplirá y un tiburón verá a un hombre ahogarse y lo empujará hacia la superficie en lugar de intentar comérselo; que habrá un día lejano, muy en la distancia, en el que una rana mirará a una mosca y le croará.

»Me gusta creer que el sol que brilla igual sobre lo bueno y sobre lo malo es el mismo que brilla sobre las cosas que no hacen ningún bien y no pueden hacer ningún mal; que el paraíso es un lugar en el que tú me puedes mirar a mí y saber que somos uno, tal y como dicen las Sagradas Escrituras. Me gusta imaginar que la misma mujer que envuelve a su hijo con sus brazos, envolverá esos brazos al derredor de los tuyos y los míos también; que la Vía Láctea, ahí arriba, está llena de ángeles que miran desde las alturas a esta tierra con amor.

»No quiero que os sintáis molestos ni tratados con crueldad porque no vaya a estar aquí nunca más con vosotros los domingos. Si lo que he dicho aquí esta noche hace por alguien solo un poco de bien, seré el hombre más feliz del mundo.

»Gracias por escucharme, hermanos y hermanas, y buenas noches.

1

«Las docenas» (*Dozens*) es un juego de carácter verbal propio de las comunidades afroamericanas en el que compiten dos participantes, normalmente en presencia de público. El objetivo es insultar al rival hasta dejarlo sin palabras, con especial tendencia a mentar a las madres. Con un origen discutido, ya en la primera mitad del siglo XX es objeto de estudios académicos. Entre sus claros descendientes encontramos las «batallas de gallos» del rap, elevadas ya a fenómeno internacional en la industria cultural. *(N. del T., como todas las demás).*

2 Las comunidades afroamericanas han mantenido tradicionalmente relaciones pseudofamiliares o electivas que amplían el marco familiar más allá de los vínculos sanguíneos. Estas relaciones pueden tener un origen más lúdico en la infancia, pero algunas se mantienen de por vida y sirven de verdadero sostén comunitario. De este modo, encontramos *play mother*, *play son*, *play sister* (madre, hijo, hermana de juegos), entre otras muchas acepciones para este tipo de relaciones..

3 Lena Horne (1917-2010), cantante, bailarina y actriz afroamericana de origen neoyorquino, especialmente implicada en el movimiento por los derechos civiles.

4 Anclado en las tradiciones orales afroamericanas y ligado a las *dozens*, la estrategia conocida como *signifying* (significar) supone la búsqueda de dobles sentidos en una serie de juegos ligados a la burla y el insulto, pero también a la manipulación, que comienzan con la propia denominación de este tipo de discurso.

5 Booker Taliaferro Washington (1856-1915) desempeñó un papel fundamental de liderazgo de la comunidad afroamericana en Estados Unidos. En su ideología, criticada posteriormente por su sumisión a la dominación blanca, la educación era el elemento central para el ascenso social.

6 El título original del relato, «A Fine Romance», coincide con el de la popular canción compuesta por Jerome Kern, con letra de Dorothy Fields, para el musical *En alas de la danza* (Swing Time, 1936), protagonizado por Fred Astaire y Ginger Rogers. Entre las versiones posteriores más conocidas están las de Billie Holiday y Ella Fitzgerald. La letra de la canción alude a un amor sin besos, sin peleas, sin pellizcos…, sin amor, en definitiva.

7 Talladega es la capital del condado del mismo nombre y se encuentra a unos ochenta kilómetros de Birmingham, principal centro económico de Alabama.

8 El pianista y director de orquesta de jazz Earl Hines (1903-1983), figura fundamental en la historia del piano en la música jazz, era apodado «Fatha» (*father*, ‘padre’).

9 San Luis Este (Illinois) se sitúa frente a San Luis (Misuri), al otro lado del Misisipi. Durante la primera mitad del siglo XX experimentó un gran crecimiento de población gracias a su desarrollo industrial. La llegada de mucha población negra desde el sur de Estados Unidos que huía de la segregación supuso competencia laboral para la población obrera blanca, un proceso que en 1917 estalló con la conocida como Masacre de San Luis Este, en la que perdieron la vida decenas de afroamericanos. La desindustrialización que sufrió la ciudad en la segunda mitad del siglo pasado la sumió en una grave crisis de la que nunca se ha recuperado.

10 Nótese que la calle rinde homenaje a uno de los grandes generales del Ejército Confederado en la Guerra de Secesión. Robert Edward Lee (1807-1870) lideró el principal ejército del Sur y, tras perder la guerra, se negó siempre a considerar igual a la población negra.

11 Los versos que entona Grande forman parte de la tradición afroamericana, muy posiblemente de origen africano. Con gran multiplicidad de versos y narrativas, alude de diversos modos a la relación de un mono embaucador y embustero con el león y el elefante *(The Signifying Monkey).*

12 El nombre propio del personaje alude a un paso de baile (conocido también como Suzy Q o Susy Q) que se popularizó en la década de 1930 y ha sido adaptado posteriormente a diversos bailes como la salsa.

13 Sugar Ray Robinson (Walker Smith, 1921-1989) es uno de los grandes boxeadores de la historia. A lo largo de su carrera deportiva, en las décadas de 1940 y 1950, marcó toda una época, puntuada

por su vistoso y extravagante estilo de vida, con gran impacto en la comunidad afroamericana.

[14] El abordaje de trenes se convirtió en toda una forma de vida para los más desfavorecidos en los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX, sobre todo tras la Gran Depresión. Con todo un lenguaje propio y diversas categorías entre temporeros, vagabundos y delincuentes, esta forma de vida ha inspirado posteriormente a varias generaciones de jóvenes transgresores.

[15] Se conoce como era de la Reconstrucción a los años posteriores al fin de la Guerra de Secesión (1861-1865). En ella, además de abordar la destrucción provocada por la guerra civil (esa Guerra Grande), fueron precisas toda una serie de medidas para la abolición efectiva de la esclavitud y para la reintegración de los derrotados estados confederados.

[16] La batalla de Bull Run (1861) supuso el primer gran enfrentamiento en la Guerra de Secesión estadounidense. Tuvo lugar en el estado de Virginia, ligeramente al norte de la actual ciudad de Manassas, unos cincuenta kilómetros al suroeste de la ciudad de Washington, desde donde acudieron muchas personas a observar el enfrentamiento, lo que le valió el sobrenombre de «batalla del pícnic».

[17] El apodo del personaje hace referencia a los pueblos del mismo nombre (se pueden encontrar diversas grafías, Geechee, Geechy, pero también Gullah) descendientes de esclavos de África Occidental que han logrado, gracias a su relativo aislamiento, conservar muchas características culturales y lingüísticas africanas. Se distribuyen a lo largo de las conocidas como Sea Islands, una sucesión de barras e islas mareales que recorre la costa de los estados de Carolina del Sur, Georgia y Florida.

[18] Rock Hill, sin embargo, no se encuentra en la costa, sino al norte de Carolina del Sur, vecina a Charlotte.

[19] «No es lo que haces, / es cómo lo haces. / Así es como se consiguen resultados. […] Puedes esforzarte, / que de nada sirve. / Tómatelo con calma, caramba, / así es como el cuerpo baila». Letra de la canción *Tain't what you do (it's the way that you do it)*, que tocaron por primera vez Jimmy Lunceford y James Young (voz) en 1939. Posteriormente se han grabado numerosísimas versiones, empezando por la que solo un mes después grabarían Chick Webb y Ella Fitzgerald. Los chicos montados en su camión de la basura enfatizan *GREEESY* (*greasy,* «grasiento», «sucio»), que solo sirve en la canción para conseguir una rima efectista, pero en su caso adquiere un sentido literal.

[20] La actriz Paulette Goddard (1940-1990) fue una de la más destacadas de la Edad de Oro de Hollywood. Es recordada especialmente por sus papeles en *Tiempos modernos* y *El gran dictador*, junto a Charles Chaplin, por entonces su marido. Murió en Suiza, adonde se había trasladado tras casarse con el escritor Erich Maria Remarque.

[21] Nótense los dos grupos que establecen los chicos. Si bien todos los artistas mencionados destacaron en el jazz, los tres primeros son blancos y los tres segundos negros.

[22] Situado en Harlem, es uno de los espacios más importantes en la historia de la música negra en Estados Unidos. En las décadas de 1930 y 1940, en la que la sala prestó especial atención al jazz, el Apollo era de los pocos escenarios con una presencia predominante de músicos negros, si bien su público tenía un carácter mixto.

[23] Se trata, tanto en el caso de Fisk como de Howard (ubicada en Washington), de universidades creadas en la era de la segregación y dirigidas a los estudiantes afroamericanos, que no tenían acceso a la mayoría de las instituciones educativas. Recordemos que la legislación estadounidense de derechos civiles que prohíbe toda discriminación racial no se aprueba hasta 1964.

[24] La actriz y cantante afroamericana Eartha Kitt (1927-2008) inició su carrera siendo niña. Suyas son algunas de las interpretaciones de jazz más conocidas de clásicos como *C'est si bon*.

[25] El comentario del personaje alude a la diferencia entre «Army of the United States» y «United States Army», dos denominaciones lingüísticamente homónimas pero diferentes en la realidad. La primera de ellas es parte de la segunda, pues se trata de la sección creada a través del reclutamiento obligatorio (inactiva desde 1973).

[26] El actor húngaro Bela Lugosi (1882-1956) fue durante más de dos décadas, tras encarnar al conde Drácula en 1931, la figura más reconocible del cine de terror de Hollywood. Solo coincidiría, sin embargo, con el laureadísimo director John Huston (1906-1987) en *El doble asesinato de la calle Morgue* (1932), que protagonizó el húngaro y en la que Huston participó como guionista.

[27] El término *Kamerad* fue utilizado principalmente en las guerras mundiales para indicar la rendición. No tiene relación ninguna con los matices comunistas que a veces se asocian al término.

[28] Blanquísima y rubia, la actriz Betty Grable (1916-1973) fue todo un símbolo de belleza, especialmente en la Segunda Guerra Mundial, en la que su imagen en bañador la convirtió en la *pin-up* más celebrada.

[29] Nuestro personaje reacciona ante la palabra «Neger», por cercanía con el término inglés «nigger», un término sumamente ofensivo desde que fuera acuñado, y que en esta edición hemos traducido según el caso como «negro» o «negraco», manteniendo la apropiación del término por parte de la propia comunidad afroamericana, si bien su uso solo es admisible dentro de la propia comunidad. En el caso del alemán, con independencia de su origen latino (aunque es probable que llegara desde el francés *nègre*), en la actualidad «Neger» es considerado un término racista y ofensivo.

[30] El título del relato «Dance of the Infidels» toma su nombre de una composición de Bud Powell (1924-1966), uno de los grandes pianistas de la historia del jazz, que sufrió una vida trágica a causa de las lesiones que le provocó una paliza a manos de la policía y posteriores adicciones e internamientos en instituciones psiquiátricas.

[31] Conocida como «la casa de los pies alegres» y situada en la principal vía de Harlem, la avenida Lenox, la sala Savoy estuvo en funcionamiento desde mediados de la década de 1920 hasta finales de la de 1950 y se convirtió en el alma de los bailarines y los entusiastas de la música negra.

[32] Uno de los hoteles más grandes de Harlem por entonces. En él se alojó Charlie Parker, que bautizó a una de sus composiciones *Dewey Square* por el hotel.

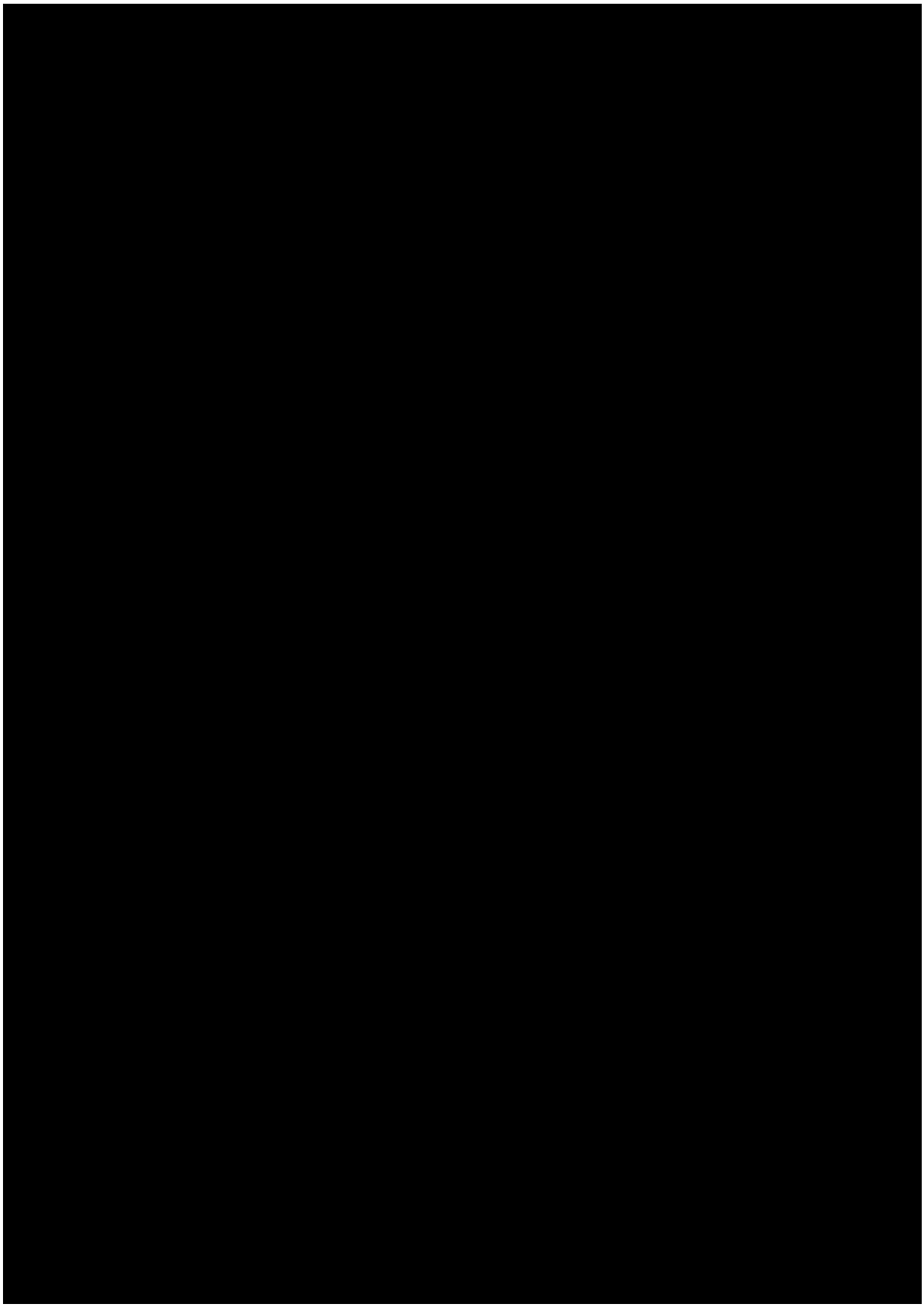
[33] *Hijo de esta tierra* (*Native Son*, 1940) relata la historia de Bigger Thomas, un joven negro pobre de solemnidad en el Chicago de la década de 1930, producto de una sociedad que lo condena desde el nacimiento. Se trata de una de las novelas fundacionales de la literatura afroamericana, obra cumbre del escritor Richard Wright (1908-1960).

[34] Uno de los carteles publicitarios más famosos de la historia. Durante veinticinco años, cada cuatro segundos un chorro de vapor que parecía humo salía de los labios del gigantesco retrato de un soldado, un piloto, una estrella de cine o la figura que correspondiera en cada momento.

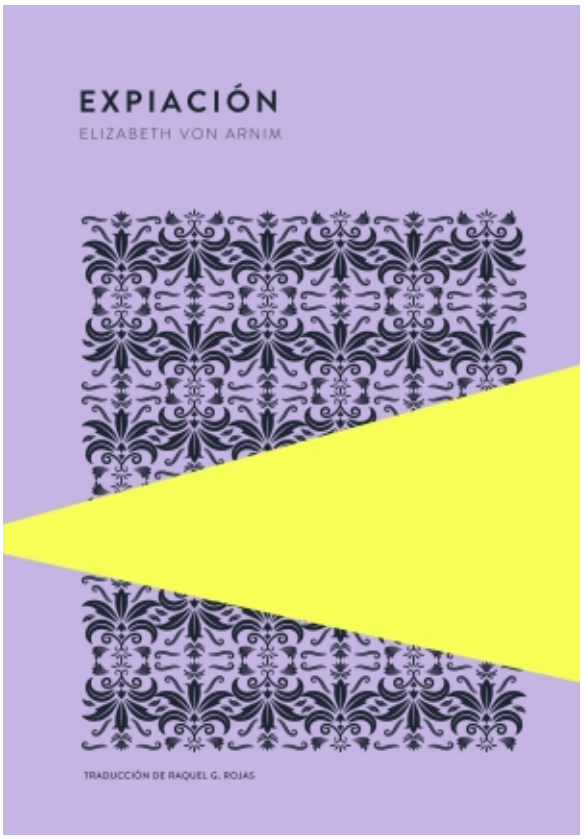
[35] Emblemático club de jazz de Harlem por el que pasaron músicos como Thelonious Monk, Charlie Parker y Dizzy Gillespie. Fue fundado por el saxofonista Henry Minton.

[36] El señor Johnson menciona uno de los eslóganes más conocidos de Coca-Cola, *The pause that refreshes*, lanzado en 1929 y con una larga presencia en la publicidad estadounidense. Se utilizó también ocasionalmente en la publicidad en español.









Expiación

von Arnim, Elizabeth
9789992076507
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

De la autora de *Vera*.

«¿Eran cálidos todos los comienzos? ¿Eran todos los finales sombríos y tristes?».

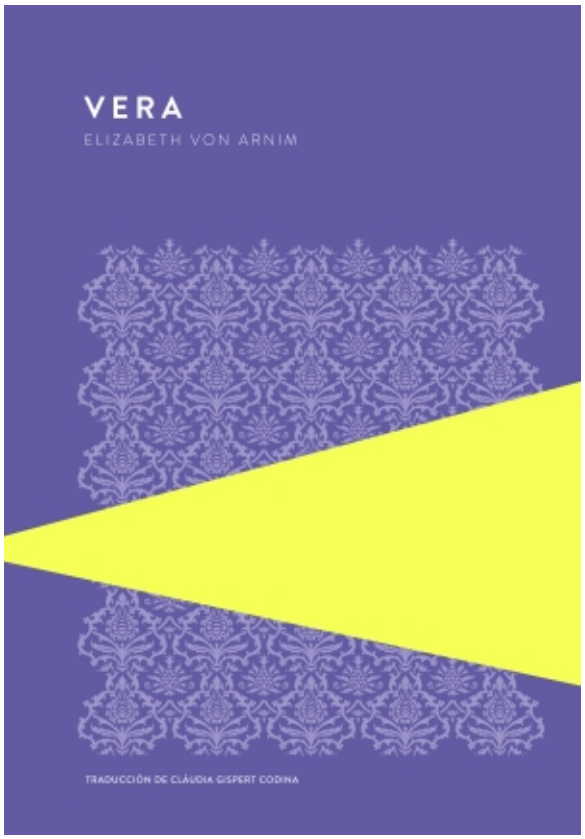
Todo el mundo adora a Milly, la mujer de Ernest Bott. Y es que es la esposa ideal: encantadora, amable, dulce y

complaciente, nunca ha dado ningún problema a su marido ni ha provocado ninguna habladuría. Para la admiración de sus cuñados y envidia de sus cuñadas, Milly es una pieza perfecta en la orgullosa familia Bott, que valora por encima de todo su buen nombre y su intachable respetabilidad. Sin embargo, cuando Ernest muere en un accidente de coche y se abre su testamento, llega la sorpresa seguida de las especulaciones y el temor al escándalo. Ernest desheredó a Milly. «Mi esposa sabrá por qué», dejó dicho.

Publicado en 1929, Elizabeth von Arnim despliega en *Expiación* una sátira —hilarante en algunos momentos, desgarradora en otros, y siempre irónica— sobre la hipocresía de la clase media londinense, el arrepentimiento, así como el desamparo y la soledad de las mujeres en esa época.

«Una novela muy ingeniosa, escrita en el encantador estilo de Elizabeth, llena de su delicada ironía y repleta de momentos magistrales». The New York Times

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Vera

von Arnim, Elizabeth

9789992076095

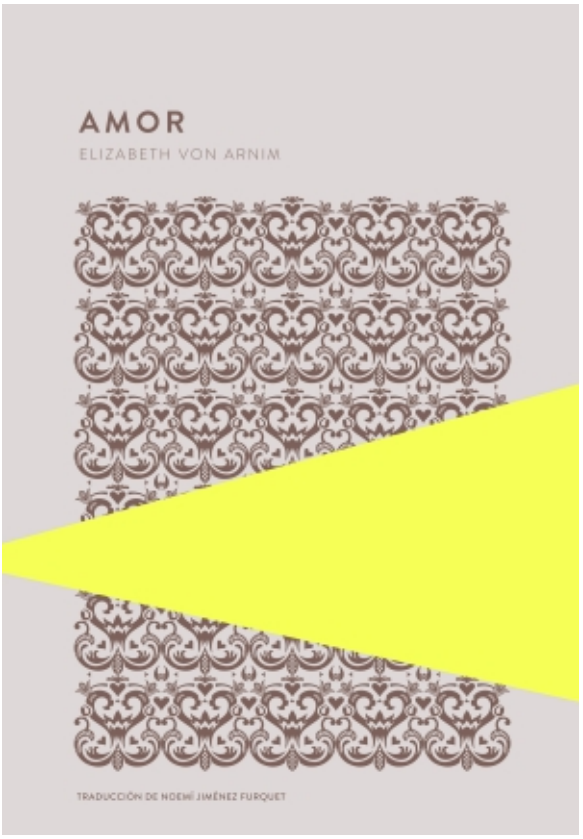
335

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La joven e inocente Lucy Entwhistle acaba de perder a su padre —hasta el momento, su única compañía— cuando conoce por casualidad al viudo Everard Wemyss. Maduro, atento y caballeroso, Wemyss la protege y la guía como solía hacerlo su padre. Cuando pasados unos días le pide matrimonio, Lucy, confundida

y desamparada, acepta. Sin embargo, una sombra creciente empaña su felicidad: el fantasma de Vera, la primera esposa de Wemyss, que falleció en extrañas circunstancias.
Inspirado en la propia experiencia de la autora y publicado anónimamente en 1921, este clásico del suspense psicológico, indiscutible precedente de Rebecca, de Daphne du Maurier, explora el lado más inquietante y tenebroso del matrimonio.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor

von Arnim, Elizabeth

9789992076729
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

De la autora de *Vera*, *Expiación* y *Todos los perros de mi vida*.

«El amor no es decente. El amor es glorioso y desvergonzado».

Una viuda y un joven se conocen en el Londres de principios del siglo XX al coincidir varias veces en la misma obra de teatro. De función en función empiezan a intercambiar alguna mirada furtiva, alguna sonrisa distraída, algún tímido saludo… hasta que se hace evidente que Christopher se ha enamorado de Catherine con el ardor apasionado de la juventud. Ella, más de veinte años mayor que él, siente por primera vez en su vida la intensa sacudida del amor, pero teme la condena de la sociedad, los desaprobatorios ceños fruncidos y las acusaciones de indecencia a los que sabe que se tendrán que enfrentar.

Publicada en 1925, Elizabeth von Arnim se inspiró en su propia experiencia para escribir *Amor*, una de sus novelas más admiradas. Cien años después, esta historia que, con la característica sutileza e ironía de su autora, retrata la hipocresía de la sociedad y el obstáculo de la diferencia de edad en una relación sentimental, es de una vigencia asombrosa.

«Tiene un increíble sentido de la comedia y la visión, aunque continuamente frustrada, de una felicidad

potencial». Penelope Mortimer

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós, señor Chips

Hilton, James

9789992076071

120

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El viejo señor Chipping ha sido el profesor de griego y latín en la escuela de secundaria Brookfield desde tiempos inmemoriales. Nadie recuerda cuándo llegó, ni

cómo era de joven, ni si alguna vez se casó, pero su sentido del humor, su talante convencional, su característica forma de hablar y las anécdotas que ha protagonizado lo han convertido en un emblema de la institución y en una figura muy querida por alumnos, exalumnos y profesores. Esta es la historia de su vida.

Desde su publicación en 1934, Adiós, señor Chips ha emocionado a generaciones de lectores y se ha convertido en un clásico literario sobre la vida académica y el amor por la enseñanza. Con una sensibilidad y una sutileza excepcionales, Hilton creó en esta pequeña gran historia un personaje entrañable, cautivador y absolutamente inolvidable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Precioso veneno

Webb, Mary
9789992076514
360

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En los tiempos de las guerras napoleónicas, la joven Prudence Sarn, rechazada por sus supersticiosos vecinos debido a su labio leporino, halla refugio en la cautivadora naturaleza de Shropshire. En la soledad de la campiña, las lagunas y los bosques de la región, la consume el anhelo de ser amada, pero su maldición hace imposible cualquier esperanza. Solo puede confiar en su hermano, Gideon, cuya avaricia provoca la ira del temible brujo Beguildy y desata terribles consecuencias.

A través de una historia inolvidable y unos personajes extraordinarios, ***Precioso veneno***, ganadora del Prix Femina–Vie Heureuse en 1926, se adentra en un paisaje repleto de magia y misterio en el que aún perviven algunas costumbres paganas. La obra maestra de Mary Webb, escritora que fue comparada con Thomas Hardy y Emily Brontë, posee la clarividencia atemporal y la sublime belleza que caracteriza a los mejores clásicos de la literatura.

«Maravillosa, brillante; Mary Webb supera a Thomas Hardy». The Guardian

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)